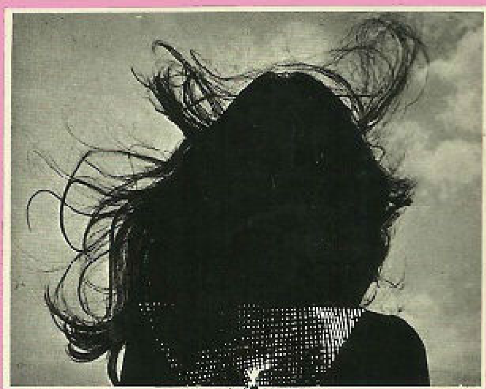
Arnaud Delacomté

Duende Nocturno



La sonrisa vertical



El narrador, Arnaud, se ve obligado a pasar largos meses internado en un sanatorio para tísicos de los Alpes franceses. Allí encuentra a una joven extraña, a la que llaman Noemia y que es enfermera auxiliar en el hospital. Se trata de una mujer de alta montaña, que ha permanecido prácticamente incontaminada del mundo llano y aún mucho más del de la ciudad, al estado casi bruto, por decirlo así, arraigada a los prejuicios y las tradiciones de sus antepasados. Arnaud se entrega, como todos los demás enfermos por cierto, a los paganos rituales que ese duende de los bosques ancestrales practica con gran seriedad y dedicación, pero también con la más sorprendente ingenuidad. Pero, poco a poco, las relaciones entre Arnaud y Noemia asumen rasgos francamente peculiares… y el amante gravemente enfermo emprende la transformación física, mental y sexual de Noemia.

Más allá del erotismo evidente, más allá de los fantasmas que puede suscitar en nosotros, este relato posee las virtudes sacrílegas de un ritual en el que Eros juega al peligroso juego de la pasión y la muerte.



Arnaud Delacomté

Duende Nocturno

La sonrisa vertical - 36

ePub r1.0
Titivillus 05.10.15

Título original: *Noémie-la-nuit*
Arnaud Delacomté, 1980
Traducción: Susana Constante

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Advertencia

Durante el invierno de 1950-51, hallándome enfermo, se me sugirió que llevara una especie de memorándum sobre los tratamientos a que me sometían y la evolución de mi estado. Como éste se agravaba poco a poco, las anotaciones se hicieron cotidianas y terminaron por transformarse en un diario. Una vez curado, las metí en un cajón y las olvidé casi por completo. No fue sino veinte años después cuando tuve ocasión de reabrir el diario para buscar una fecha. Alguien, a quien se lo hice leer, me sugirió que extrajera los pasajes concernientes a una muchacha llamada Noemia. Estos pasajes son los que se han reunido aquí, sin corregir o casi, con apenas unas alteraciones mínimas. Por supuesto, nombres y apellidos han sido cambiados.

A. D.

(…) 2 de abril. El doctor Collé (*director del sanatorio Jean-Mercier, en Plateau d'Ally*) elige de preferencia sus «enfermeras» entre antiguas enfermas crónicas, que ya no pueden vivir sino a esta altitud y, por lo tanto, que no irían a la ciudad en busca de un empleo mejor retribuido. Son casi todas campesinas, de las que no puede esperarse más que buena voluntad y a quienes, por otra parte, no se les exige sino realizar dócilmente las tareas más humildes.

Entre ellas, dos merecen mencionarse. (…) El nombre de la más simpática se me escapa en este momento, pero tiene tres sobrenombres: *Noemia*, la *Pajera* y la *Chica-de-los-dientes-de-conejo*. Este último se debe a sus incisivos y caninos superiores, tan largos y grandes que apenas puede cerrar la boca. Según los rumores que corren por los pasillos, Noemia, es una alusión bíblica que debe clasificarse por «Etimologías oscuras». En cuanto al segundo, nadie lo usa en su presencia.

Es una buena muchacha entre los treinta y los treinta y cinco años, nacida en una granja montañesa de donde ha heredado el acento cantarín, algo inculto, y el rostro poco agraciado; una solterona plácida, aunque de humor inestable, pero dulce y servicial. Ama a sus enfermos a su manera, lo cual quiere decir que entre los centenares de hombres y mujeres internados en el establecimiento, «tiene a sus preferidos». Si uno no le ha caído bien, es inútil que se insinué. Cuando ha dicho de alguien: «Es un buen muchacho», pasa a ser aceptado en el grupo de sus amigos y puede solicitarle pequeños servicios que ella realiza sin rechistar ni aceptar recompensa. No necesita nada. Pero se le hace un nudo en la garganta a la vista de una caja de

bombones o de un ramito de flores.

(…) Martes, 3. Observo a «la-chica-de-los-dientes-de-conejo» con mirada de escultor o artista plástico, sin tener en cuenta la naciente simpatía que se ha establecido entre nosotros. Va y viene por la habitación, del lavabo a la terraza, arregla cosillas a derecha e izquierda, quita un poco el polvo, mueve los libros, cambia el agua de las flores, se pone de rodillas para limpiar la ranura de la puerta corredera, se sube a una silla para echar una mirada encima del armario… Si bien la coquetería le resulta tan rara como la tabla de logaritmos, tengo la impresión de que el instinto femenino la empuja, inconscientemente, a evolucionar frente a mí, desde todos los ángulos. Sin embargo, lleva una bata, demasiado grande para ella, que le llega hasta las pantorrillas y cuyos pliegues disimulan sus formas. Todo lo que puedo decir es que es demasiado delgada para mi gusto y que tiene en los antebrazos y las piernas una pelusa rubia que sería escandalosa si fuera morena. Observo satisfecho que las uñas de las manos y de los pies son de una perfecta limpieza, cosa que aquí no sucede con todo el mundo.

La cara es más interesante. Dejemos de lado el horrible gorro reglamentario, colocado de cualquier manera. El conjunto es «ingrato», como suele decirse: sin gracia, sin encanto, mal proporcionado. Sin embargo, los ojos son admirables, de un castaño muy oscuro, casi negro. Bien dibujados, muy nítidos, inteligentes. Parece un Clouet. Hermosa nariz afilada, con una profunda cavidad entre el nacimiento y los arcos superciliares. El conjunto ojos-nariz es lo mejor. La frente, en cambio, es baja o, mejor dicho, está cubierta por una especie de musgo, moreno y rizado, que la oculta más de la mitad y que baja irregularmente de derecha a izquierda, con avances y retrocesos, y que cambia por completo las proporciones del conjunto. Las cejas son gruesas, negras, enmarañadas y forman como un puente. Los cabellos llegan demasiado abajo por delante de las orejas, hasta la altura de las aletas de la nariz, como patillas. Bajo las ventanas de la nariz y en las comisuras de los labios, hay una sombra de bigote muy fea. También tiene un poco de pelo en

el mentón. La gran boca no arregla nada, por supuesto, con esos labios siempre entreabiertos, aunque dibujados, carnosos sin exceso, firmes y frescos. Pero todos estos elementos se combinan mal. Algunos la juzgarían fea. El conjunto es simplemente poco afortunado, como ocurre con la mayoría de entre nosotros. Le harían falta serios cuidados en un instituto de belleza. Las supuestas enfermeras, quienes en realidad son sirvientas, ganan aquí, al parecer, menos de treinta mil francos al mes, más el almuerzo. Es comprensible que no tengan ni el deseo ni el tiempo ni los medios de «ponerse guapas».

(…) 5-4-51. Noemia (la Chica-de-los-dientes-de-conejo). A algunos, que están aquí desde hace diez años, no les concede siquiera un saludo; a otros les tutea, y también ellos tienen derecho a tutearla a partir del segundo mes. Pero ninguno la ha tocado, y los que han intentado darle coba han desaparecido de su lista. Y es que tiene a un amigo, un representante de vinos, que pasa con ella un domingo de cada dos. Habla de él con sus favoritos, les expone sus problemas (él no se decide a casarse), pero no acepta que se le hable de él. Ninguna de las enfermas es digna de sus favores, y ellas también la odian. Yo, que a veces cojo libros técnicos de la biblioteca, soy un sabio; se me puede preguntar sobre cualquier tema, y mis conocimientos enciclopédicos me permiten resolver sin esfuerzo los problemas más sutiles: controlar una nota de análisis o la factura de un fontanero, traducir al francés coloquial una circular de la Seguridad Social, redactar una carta de condolencias, elegir una plancha, disipar una duda ortográfica en la palabra *trementina o* acerca del año de nacimiento de Juana de Arco, etc. Un hombre como yo es un regalo de Dios en un servicio hospitalario. Además, no soy orgulloso. Entre los «buenos muchachos», ocupo la halagadora posición de Favorito Número uno.

(…) De vez en cuando, entra en una habitación con sus probetas en la mano y anuncia: «Muestra de orina». Entonces te levantas sin comentarios, pasas al cuarto de baño, te quitas ritualmente el pijama y la dejas hacer. Es ella quien efectúa

las operaciones, sola. Toda palabra sería considerada una insolencia. Se apodera del interesado, lo hace orinar uno o dos segundos en la taza del váter, después en el tubo de vidrio y una vez más en la taza, manejando el chorro con habilidad; espera a que hayas terminado, sacude con suavidad y, después, sin soltarte, te gira hacia el lavabo. Adora el contacto de los órganos masculinos, sabe manipularlos con firme delicadeza, con tan serenas competencia y autoridad que te abandonas desde el principio. Entonces, te la moja y empieza a enjabonártela con la ciencia de la masturbación, con una intuición de la sensibilidad masculina y una adivinación que jamás había conocido. En efecto, cualquier consejo sería inútil. De las diversas tareas del oficio de enfermera, ésta es, según ella, con mucho la más importante, la única revestida de una especie de carácter trascendente. Deposita en ella toda la imaginación y el esmero de los que es capaz. Al principio, la mano derecha manosea con bastante firmeza hasta obtener la consistencia deseada, dedos por encima, dedos por abajo, alisando o enroscando en toda la longitud, primero la base sola, luego el glande, por momentos con las uñas. A su vez, la mano izquierda se desliza entre los muslos, enjabona las *bolsitas*, palpa las almendras, las sostiene, las separa, las acaricia, las estira, se adentra por las entrepiernas, presiona con suavidad, introduce un dedo, lo mueve, mete otro… Se empieza a no ver claro. El movimiento de ambas manos está tan perfectamente coordinado que la intensidad de las sensaciones crece en vertiginosas oleadas, que ella percibe de inmediato, reduciendo o acelerando, cambiando de mano o de ritmo sin siquiera levantar los ojos, con misteriosa intuición. Sólo algunos favoritos están autorizados a acariciarle durante la acción el lomo o los hombros por encima del vestido. En calidad de Número uno, puedo permitirme levantarle silenciosamente la blusa, colocar una mano sobre la piel y acariciarle la espalda, desde la braga hasta el sostén.

Pero ¡ay de mí si tratara de franquear los límites tolerados! Hasta ahora, jamás había acordado tan excepcional

favor. Me muestro digno de él manteniéndolo en secreto, y la buena muchacha sabe que se lo agradezco más que un fastuoso regalo. Durante ese tiempo, con la palma y las uñas, al igual que una virtuosa, ha conducido al paciente al borde del Leteo, deteniéndose casi por momentos, retomando *pianissimo*, prolongando el placer más allá de toda medida. Cuando, por fin, lo ve vacilar, con los ojos cerrados, los labios llenos de saliva, las piernas tetanizadas y los dedos crispados, lo remata con largas y rítmicas presiones de las dos manos, sacando interminables chorros de la bolsa más modesta. Te deja recuperar el aliento, enjuaga y seca con delicadeza, te acompaña a la cama y te acuesta con maternales precauciones. Sólo entonces, al volver en ti, es cuando puedes por fin pronunciar palabras de agradecimiento o de felicitación. Aunque conviene no abusar; ella conoce su talento, y los cumplidos son innecesarios. Por otra parte, el placer que ella ha obtenido es de otro orden, casi místico. Su silencio, la gravedad, la concentración que dedica al cumplimiento de su ministerio, demuestran que no se trata de un juego, menos todavía de lubricidad. Ni siquiera se trata de consolar a un solitario. La potencia mágica del semen ha mantenido, en su inconsciente, el carácter sobrenatural que tenía para nuestros antepasados en la noche de los tiempos. Con estas cosas no se juega, como no se juega con los muertos ni con los lobos. ¡Un respeto por lo que hubiera podido pasar a estar vivo! El esperma no debe tirarse al váter, por ejemplo: se lo vierte en el lavabo o, mejor aún, en la tierra, si es posible debajo de un árbol.

(…) Sábado, 7 de abril. Pregunto a la vieja Deuze si conoce a la arrebatadora enfermerita de la *saldop* (sala de operaciones): cómo se llama, si tiene novio, qué edad puede tener, etc. Naturalmente, lo sabe todo: es hija de un médico, se llama Christine, tiene veinticuatro años, hace prácticas en microcirugía torácica, pero querría por encima de todo casarse con un ricachón de la región y *convertirse en una dama*. Aquí, nadie tiene la menor posibilidad. Y, menos que nadie, un enfermo. Noemia interviene en la conversación: Esa Christine tiene suerte de ser guapa. Se casará con quien

quiera y será libre. Mientras que hay… Cuando la vieja Deuze se ha ido, me toma como testigo: Mire mi jeta, mis manos, mis pantorrillas. El martes me pesé. Este mes he perdido 500 gramos más y tengo 38 todas las tardes. Cuando me sorprendo en un espejo, vuelvo la cabeza. Es verdad que no tiene *ni culo ni teta* y que su sistema piloso la desfigura, pero tiene hermosos ojos y una naricita deliciosa. Es evidente que ella no lo cree así y, tras inspeccionar un instante su reflejo en la ventana abierta, se va sacudiendo la cabeza, disgustada.

(…) Nuestra Noemia «tantea» a uno de sus favoritos «aquí y allá» entre las nueve y las once, y el turno que le toca a cada uno como promedio, con bastante irregularidad, es de dos veces al mes. Tiene tal vez a cinco o seis, finge no saber exactamente cuántos, pero les prohíbe hablarse entre sí. Eso despertaría los celos. Teme también que se entere el director, quien, al parecer, la detesta y no espera más que la ocasión para hacerle daño. Pero no se atreve, porque sabe que ella se vengaría en un modo salvaje. ¿Cómo, Noemia? No contesta. Con que le dirás a la policía que él… No necesita a la policía. ¿Te vengarás sola? Insistiendo no se obtendría de ella otra cosa que encolerizarla. Creo comprender que le echaría una maldición o que, mediante un maleficio, haría perecer a toda su familia. Lo cierto es que él también es extremadamente supersticioso. Dejemos esto.

Lo que Noemia ama por encima de todo es tocar a sus anchas, acariciar y manipular cuerpos de hombres jóvenes. Ni los demasiado jóvenes ni los demasiado viejos. Digamos, de los de 12 o 13 años a los de 45 o 50. Antes, son todavía niños; después, son ancianos. —Pero, Noemia, ¡si ahora hay chicos de 10 o 12 años que ya son hombrecitos y viejos de 55 o 60 que son todavía vigorosos!—. Aquí, no. Como ella es quien tiene la llave del cuarto de baño y debe rellenar una ficha para la contable, sabe quién va a la ducha. Si es uno de sus favoritos, habrá tenido por otra parte la delicadeza de advertírselo. Noemia es sensible a la consideración. Lo acompaña, lo desviste, controla la temperatura y lo enjabona de arriba abajo. Todo debe hacerse con las manos desnudas, sin manopla de baño y metódicamente. Primero, el rostro,

después el cuello y los brazos, bajando; termina por los dedos de los pies, uno a uno. Por lo general, se demora un poco en la zona comprendida entre la cintura y las rodillas. Las partes nobles son minuciosamente inspeccionadas, y el ojete del culo explorado en detalle. No obstante, no habrá masturbación, simplemente un enjabonamiento esmerado, siempre con las dos manos: una arriba, la otra abajo, después al revés, o una por delante y otra por detrás. Pero, cuando la congestión local ha alcanzado el grado conveniente, es decir cuando el tarugo se sostiene firme en la horizontal, pasa a las piernas, a disgusto, es cierto. No obstante, lo alisa un poco otra vez si amenaza con doblarse. Pero no estás allí para divertirte y hay que terminar. Si crees que no tengo otra cosa que hacer con uno nuevo y un operado. Levanta el pie. Se sienta en el ascón, mientras te enjuagas y supervisa el trabajo, con la frente sudorosa, las manos en el delantal de goma, los labios entreabiertos sobre los largos dientes. El secado no requiere su ayuda más que para la espalda, pero el agua de Colonia es cosa suya. Deja ese pijama y ponte la bata. Obedeces. Ella sigue con el material. En cuanto llegamos: Échate. Coge las tijeras y corta el vello del pecho y del vientre hasta dejarlo de un centímetro de largo, no más. El vello, explica, debe formar en un hombre un musgo ligero y transparente, no una crin como en la cabeza de un moro, sino una pelusa como la de la cabeza de un bebé. Del vientre pasa a las golosinas, y después a las entrenalgas. Ponte de cuclillas encima de la cama, de espaldas a la ventana; separa las cachas; no te muevas. ¡Es ésta una operación delicada la de cortar el pelo! Hace falta tanto tacto como sentido artístico. De modo que ella se toma su tiempo, de rodillas en una almohada. Permaneces inmóvil. Cuando ha terminado, recoge los pelos, los mete en un papel y lo pone en el bolsillo. Le pregunté qué hace con él: Nada. Estoy convencido de que se dedica a prácticas de brujería. Si dispone de cinco minutos, hace estirar al sujeto y le masajea suavemente brazos y piernas. Es cierto que casi todos tenemos tendencia a aflojar los músculos y a engordar. El peso es casi siempre el mismo, pero las fuerzas disminuyen. Los seis enfermos al otro

extremo de la planta están condenados al *bed-rest*, o sea que no tenemos derecho a levantarnos más que una hora al día como máximo: váter, aseo, biblioteca. Las comidas se toman en la cama. Noemia respeta la consigna, pero, a su parecer, un masaje moderado pospone la atrofia. Treinta segundos para cada brazo, del puño al hombro; después, treinta segundos para cada pierna, del tobillo a la ingle. Una vez allí, estima que tiene derecho a jugar un poco con lo que le ha caído en suerte entre los dedos. Después de todo, no es culpa suya si los hombres están hechos de tal manera que sus órganos se prestan exactamente a los juegos que aman las mujeres. Puede enroscarse el malvavisco en un dedo, crepar la pelambrera, arrugar la piel en la raíz o estirarla como una morcilla, tomar una ciruela en cada mano, palpar suavemente sus huesos, estirarlos, hacerles cosquillas. Por desgracia, nunca se puede juguetear por mucho tiempo: el tarugo recobra rápidamente altura y las bolsitas se hinchan como frutos maduros. En opinión de Noemia, la erección es el estado normal del hombre, el estado viril por excelencia, el que en principio no debería abandonar. Esta es la razón por la cual, en el fondo, no le interesan ni los jovencitos ni los «carrozas». Los carrozas son los viejos, pero esto también puede decirse de los zapatos usados, por ejemplo. Es carroza lo que ya no sirve. Con un suspiro, ella abandona por fin esos placeres ingenuos y regresa al ropero. Si está de buen humor, te ayuda a ponerte el pijama, te acuesta, te arropa, te pone la bata al alcance de la mano y te da un beso en la frente antes de salir. Pero debes haberlo merecido: estar siempre quieto, poco locuaz y cooperativo… es decir, dejar que haga lo que ha decidido hacer.

(…) Martes, 10. Me gusta la conversación de Noemia. No ha visto nada, no ha leído nada, no sabe nada del mundo urbano, jamás ha salido del cantón, no sabe qué es un razonamiento, no tiene la menor cultura científica ni técnica ni económica ni filosófica ni política ni literaria ni artística, pero puede hablar dos horas seguidas de su aldea, del bosque, del ganado; es decir, de los animales, de los espíritus, de los

sortilegios, de Dios, sin decir ni una sola tontería. Tiene un vocabulario pobre para las nociones abstractas, pero de una riqueza inaudita en lo que se refiere a lo concreto: por lo menos, dos o tres sinónimos para cada ser y para cada cosa. Sin hablar de las palabras que no deben repetirse, cuya alusión se le escapó un día en que hablaba con franqueza. Al comienzo, creí que se refería a palabras en la jerga local, que la gente de la ciudad no comprende, o de términos indecentes que los patanes dicen en voz alta cuando no deben pronunciarse más que entre amigos y a media voz. No, se trata de palabras en otra lengua, pero no sé nada más. ¿Habla otra lengua? ¿Dónde la habrá aprendido? ¿Qué lengua? Mejor será no preguntar nada; saldrá solo, cuando se sienta en confianza, en un día de sol.

(…) Noemia tiene problemas metafísicos. Abre mi puerta hacia las dos y media (*por lo tanto, durante las horas de cura, en las que no debo moverme*) y pregunta si no me molesta, pregunta insólita viniendo de ella, quien entra en todas partes sin golpear y sería capaz de cortarle la palabra al Papa, pero que manifiesta su turbación. Cuando le contesto que esperaba su visita, puesto que no la he visto por la mañana, esboza una bella sonrisa de niño y se sienta en la cama, en medio, en su lugar habitual, pero, esta vez, encima de la colcha. El gesto demuestra que no se encuentra en su estado normal. Pasan dos segundos. Observa que no tiene sus juguetes familiares al alcance de la mano, se levanta, baja las sábanas hasta medio muslo y vuelve a sentarse con una mano en mi vientre. Se está mejor para hablar cuando se está en verdadero contacto con la gente. Que el tarugo se levante enseguida, ni la sorprende ni la divierte; lo coge y lo mantiene calentito en la palma de la mano, como si sostuviera el puño de un niño, con esa naturalidad encantadora con que habla a un amigo. Le cuesta explicarse. Se trata del señor Miller, el pastor, ya sabes, cerca del ascensor. Tiene, al parecer, el mismo Dios que nosotros, pero no los mismos santos ni las mismas fórmulas. Tampoco la comunión se haría de la misma manera. Según él, sería mejor. Resumo y pulo un poco, porque sus palabras son

extremadamente confusas. Se interrumpe sin cesar, como si temiera aburrirme o decir más de lo necesario. Su religión es una amalgama del culto medieval de los santos, prácticas mágicas comunes entre los campesinos, cristianismo romano con elementos que me resultan desconocidos, totalmente extraños a mis conocimientos en este terreno. Haría falta un especialista en historia de las religiones. La devuelvo al tema. Ella, quien habla torrencialmente y sin la menor turbación cuando lo hace de su medio ambiente, no encuentra las palabras, retoca lo que acaba de decir y hasta se contradice. La invade una súbita emoción; se le humedecen los ojos, coge un pañuelo con la mano libre y se seca las lágrimas. La otra mano está más crispada de lo que convendría. Jamás la había visto en este estado. Hago lo posible por ayudarla con mis preguntas. En vano. Un largo silencio. Vuelve a llorar, turbada hasta el extremo de soltar su talismán. Una vez calmada, me mira intensamente: ¿Puedo confiar en ti? ¿Guardarás mi secreto? Si no tienes confianza en mí no digas nada. Silencio. Tengo confianza. Tiene dos religiones: la nueva, la cristiana, con bautismo, primera comunión, confirmación y todo, y la vieja, la verdadera, la de nuestros abuelos. La nueva viene simplemente a añadirse, mediante ciertos ritos, a la antigua. La verdadera es la de los árboles, del muérdago, de las piedras sagradas, de los sacrificios nocturnos, de los animales tabú, etc. Su abuelo materno era sacerdote. ¿Druida? No lo sabe. La religión antigua es ja de antes. ¿Antes de qué? Todo el mundo los perseguía: los soldados y los civiles. Ellos eran los Ancianos, los Verdaderos, los propietarios del suelo antes de la invasiones, antes de las gentes del Norte y del Mediodía. Se han refugiado en las montañas y se han quedado allí. Nadie ya quería verlos. Se casaban entre ellos. Abrevio: las gentes del Norte, creo comprender, eran los celtas, llegados hace tal vez tres mil o cuatro mil años; los del Mediodía son los romanos, las legiones de César. Me encuentro contemplando a una descendiente de los pueblos precélticos. Los del Norte se han apoderado de los campos, las buenas tierras y de las aguas; los del Mediodía han tomado las ciudades. Primero, estaban

en guerra; después, se han puesto de acuerdo para recluir a los Ancianos en las montañas, cerca de las fuentes. Los perseguían, los mataban incluso, si intentaban volver.

Ante todo, hay que serenarla. Explico que la comprendo tanto más cuanto que mis abuelos también eran de su raza, aunque se mezclaron con los del Norte. Escucha con apasionamiento, los ojos brillantes, la boca entreabierta en una sonrisa deslumbrada. Yo también me he iniciado, pero sólo en los libros, no en el bosque. Esbozo a grandes rasgos las migraciones, las guerras, las mezclas. Comprende perfectamente. Aprueba. La verdadera religión, los verdaderos dioses, las grandes fuerzas del universo, son el Sol y el viento, la Luna y los manantiales, la tierra y los animales, los hombres y su simiente. La descendiente de los pueblos precélticos juega con mis anexos mientras expongo mi metafísica, es decir la suya, pero es toda atención, asimila sin problemas, y se calma. Las otras religiones no son más que alteraciones, transformaciones, variantes de la verdadera. (…)

(…) Sábado, 14 de abril. Vuelve a hablar de nuestra conversación de ayer. Ha dormido mal, pero ha pensado mucho. Lo ha comprendido todo. Está claro. Su abuelo ya le había explicado todo eso, pero ella lo había olvidado, porque no hay que escribir nada. Lo que se escribe está muerto. ¿No tenía ningún libro, ningún documento, ninguna placa? Nada; hay que aprenderlo todo de memoria. (…) No ha podido decirme todo de golpe. El fondo del problema es que ya no hay casi Verdaderos Creyentes y ningún sacerdote. Su abuelo quería que ella lo sucediera, pero ella cometió una falta. En esto, él murió y ella enfermó. Hacía mucho tiempo que su padre se había ido. Su hermana está casada pero es malévola. Ahora, su madre está casi muerta. No tiene hermano ni tío ni primo. La aldea está deshecha y la comunidad disuelta. Se ha perdido el contacto con los otros. La atormentan los remordimientos. Dos faltas: la primera, la que la hizo indigna, te la contaré otro día; la segunda radica en que ella es la última de la comunidad y debería hacer algo, ¿pero qué? Veámoslo en detalle. Resumo: Ya que hay un sacerdote

en cada comunidad de la montaña, de momento ella no tiene por qué ocuparse de los otros grupos. Primero, debe recuperar totalmente la salud. Cuando esté buena, regresará allá arriba y se las arreglará para restablecer el contacto con los otros. Sin duda, mientras tanto, se habrán organizado y ya no necesitarán su ayuda. Lo que hace falta es que se cure por completo, que aprenda un verdadero oficio, que se case, que tenga hijos y que los eduque en el respeto a las cosas verdaderas. Es exactamente lo que, sin saberlo, deseaba escuchar. Es una espléndida noticia. Irradia felicidad. Sus grandes manos suaves están apoyadas en mis flancos y no puede evitar acariciarme el rostro, el pecho y el vientre. Es hora de volver al servicio. Se va llevando mis palabras como un tesoro. Y en la puerta, regresa y me besa una vez más el vientre y el tarugo, cosa que no había hecho nunca. Ésta noche dormirá mejor.

(…) Lunes, 16. Ayer no he visto a Noemia y me inquieté. Pero esta mañana, al llegar, ha venido a tranquilizarme: ha dormido como un lirón y está la mar de contenta. No ha podido venir ayer, tenía mucho que hacer, estaba «arriba» (¿*de servicio en la sala de operaciones*?) y, además, tenía que clasificar todo aquello y sopesarlo. Le he salvado la vida, ni más ni menos, porque se hubiera dejado morir de dolor, se habría maldecido y nunca más hubiera visto a su abuelo. Si quiero, vendrá esta tarde. Me la han cambiado.

(…) Tengo ante todo que volver a hacer mi discurso de punta a punta; quiere asegurarse de que lo ha comprendido todo muy bien. No sólo lo ha comprendido, sino que ya lo ha asimilado y adaptado a sus ideas. Se ha apropiado de mis explicaciones, las tiene por suyas, pero mantiene su reconocimiento. Si hubieras razonado bien sola, hubieras llegado a la misma conclusión; no me debes nada. Sin mí, no hubiera llegado nunca, etc. ¿Y qué es esa historia de una falta? La familia era muy pobre. Vivía allá arriba, cerca de un manantial, en una especie de caverna con un cobertizo de madera, pero sin cemento. Vivían allí desde hacía siglos, en el bosque y del bosque. Algo de pesca, algo de caza, algo de siembra. Había una «habitación» para el abuelo y una para

sus padres, su hermana mayor y ella. Otras cavernas de los alrededores estaban abandonadas. En caso de enfermedad o de accidente, consultaban al abuelo; él iba por la montaña, se ocupaba de los altares, elegía las plantas, hacía los sacrificios, curaba a las gentes y las bestias. Sus padres estaban los dos enfermos. De vez en cuando, había que sangrar al padre y hacerle una punción, como cuando ella «tantea» a sus favoritos. Debió tocarse con las manos mojadas y se encontró preñada. El abuelo la hizo abortar, pero fue castigada y debió jurar ante el altar que jamás tendría «relaciones» con un hombre antes de casarse. ¿Has estado casada? No. ¿Cómo hacéis entonces, Clovis y tú? ¿Violas tu juramento? Si hubiera faltado a mi palabra, ya hubiera muerto. ¿Cómo hacéis? Tan sólo lo tanteo, pero él nunca me ha tocado. Jamás. Ni siquiera como tú. Clovis es su prometido, el que, según ella, no se decide a casarse. ¿Por qué no os casáis? Empieza a embrollarse. No mientas, Noemia; no se miente a los amigos. Ya no quiere saber nada de él. Está podrido. No piensa más que en él, en sus vinos, en sus céntimos, en su coche. ¿Y por qué sigues? Hay que tener alguien en quien pensar. Tienes razón, pero una mujer como tú no se casa con un hombre de esa clase. ¿Qué ha sido de tu familia? El abuelo ha muerto. Papá se ha ido a América o a África. Mireille se ha casado con un viejo de Bellay, podrido también. Yo no terminaba de reponerme de mi aborto. Fui seis meses al hospital de Bellay, después regresé a casa (*a la caverna, en la Tarentaise*). Mamá se iba volviendo loca de a poco. La pusimos en el hospicio. Fui al sanatorio, después otra vez a la montaña, a casa de unos amigos del viejo de Mireille. Hacía de todo. Después, con las Hermanas. Y en seguida aquí, como enferma primero y después como ayudante. Ya está, lo sabes todo. ¿Nunca ves a tu madre ni a tu hermana? Una vez al año. ¿Y tu padre? Parece que ha muerto allá; de todos modos, ahora tendría setenta años. Cuando tanteas a tus favoritos, ¿es en él en quien piensas? Antes, sí; ahora no. Me gusta menearla a los hombres. Nunca había empleado la palabra. Me preguntaba si la conocía. ¿Qué haces con el semen que te llevas en la cubeta? Se sonroja, vuelve la cabeza, después me mira

valientemente a los ojos: El de los otros, lo tiro; con el tuyo, me curo. ¿Cómo? Respuesta confusa, reticente: su abuelo le había hablado mucho de los poderes sobrenaturales del semen, de todas las simientes. El esperma del hombre amado cura ciertas enfermedades, en particular la tuberculosis. Como fueron los romanos los que trajeron consigo esta medicina, hay que utilizarla con prudencia. Ha olvidado la receta, si es que la conoció alguna vez, ha ensayado con alcohol, con plantas, entera o filtrada, hervida o sin hervir, pero no puede acordarse. ¿Está señalada en los libros romanos? (Apenas sabe leer y escribir). Sí, te lo mostraré. Se le ilumina la cara. Una vez más, me besa apasionadamente la frente, el pecho y el vientre. Se está enamorando de mí; es lo que mejor le sienta. Es hora de que te vayas; hablaremos mañana. Se larga, ligera como un elfo. Hace quince días, se hubiera sentido ofendida y no hubiera vuelto a verla durante una semana.

Al día siguiente, cuando llega, Noemia viene a besarme con la misma ternura con la que acariciaría a un hermano reencontrado, y el ardor de una mujer enamorada. Vendré hacia las diez a hacerte un tanteo. Tengo algo mejor que mostrarte. ¿Qué? Ten un poco de paciencia. Me tienes sobre ascuas. Mejor. Desayuna bien, vendré hacia las diez para el aseo. Espérame. Hasta luego. Está desconocida. El pastor Miller se preguntará qué le pasa. Antes de las diez llega. ¿Me explicarás lo de la simiente? Primero, el aseo. La mantengo en vilo mientras me enjabona la espalda, después le explico. Lo que tu abuelo no sabía, u omitió decirte, o tú olvidaste, es que el semen del hombre contiene espíritus, formas que no viven más que unos minutos fuera de la tranca. Mueren al contacto con el aire. Para que surtan efecto, deben utilizarse de inmediato, antes de que hayan visto la luz, como cuando el hombre las proyecta dentro del vientre de la mujer. Sobre todo, no hay que cocerlas o matarlas en alcohol. Deja caer los brazos. Terminemos el baño. Voy a mostrártelo. ¿Se puede hacer enseguida? Claro. ¿Sin cubeta? Vas a ver. Pero ¿cómo?

Regreso a la habitación. Me siento en el sillón. Ponte de rodillas en la almohada. Ponía en forma; chúpala como un

pirulí. Me mira con incredulidad. ¿Como un pirulí? Jamás ha oído hablar de semejante cosa. Hazla gozar como con las manos. Ha entendido ya. Los labios y la lengua succionan, chupan, aspiran, mientras las manos se mueven. Más adentro. Métela hasta la garganta. Los ojos se le llenan de lágrimas, pero sigue con fervor. Cuando el placer se hace intenso, disminuye, después cesa un momento para desentumecer los labios y recuperar el aliento, y sigue delicadamente con las dos manos. Consigue hacerlo durar, pese a su impaciencia por beber. Tengo que gozar hasta la saciedad. Cuando adivina que se acerca el instante, la introduce hasta lo más profundo mediante sacudidas que coinciden con mi ritmo, traga ávidamente. Mucho tiempo después que salieran las últimas gotas, aún conserva el chupete en la mejilla, no lo deja salir más que cuando empieza a ponerse duro, chupa cuidadosamente los restos de esperma en la tranca y entre los pelos, me seca con esmero, silenciosa, los ojos húmedos, los labios apretados sobre nuestro secreto. Tomo su cabeza con las dos manos y la beso tiernamente en la frente, en los cabellos, en los párpados. Las lágrimas ruedan por sus mejillas. Gracias, querido. Soy yo quien te da las gracias. ¿Por qué? He gozado más que tú.

Vuelvo a acostarme. Ella se echa junto a mí, se apoya en los codos y me mira, feliz. Me duermo. Cuando vuelvo a abrir los ojos, sigue allí, inmóvil, en la misma posición. Querido. Me besa incesantemente. Nunca he llamado querido a nadie. ¿Me dejas?, ¿no te molesta? Al contrario, pero evita hacerlo en público… Ríe. Querría volver a beber. ¿Puedo volver a empezar en seguida? No, no más de una o dos veces por semana; estoy enfermo, todo mi organismo está deteriorado. Hay que dejar tiempo a las almendras de volver a fabricar su crema. ¿Entonces, no antes de tres días? Sí, por lo menos. Está tan decepcionada que los ojos se le llenan de lágrimas y le tiembla el mentón. No puede hablar, pero sonríe valientemente y descansa la cabeza junto a la mía. Valiente, generosa Noemia.

(…) El rubito del quinto, que tiene un aspecto tan tímido, ha subido a verme. Se llama Roland; fabrica modelos

reducidos de aviones durante todo el día. Tiene un plano equivocado que está numerado al revés. No se dio cuenta al principio, porque fue su mujer quien se lo envió. Le faltan muchas cotas. Además, no le queda suficiente madera balsa y, por lo tanto, tiene que reducirlo. Empezó, pero debió equivocarse, porque ya nada encaja; en resumen, hay que rehacer el plano en la escala correcta y no lo consigue. Hace una semana que está atascado. Noemia, la Chica-de-los-dientes-de-conejo, ¿la conoce?, le ha dicho que los planos de avión eran prácticamente mi especialidad, que no tenía más que venir a verme, aquí está, es lo que ha hecho, perdone, ¿qué le parece? Veré qué puedo hacer.

El honor de toda nuestra planta está en juego. Paso la siesta en la cama calculando las reducciones y, después de la comida, le dibujo el nuevo plano. A la mañana siguiente, Noemia empieza su jornada por mi habitación y se maravilla ante el modesto croquis a mano alzada. Llévaselo a las diez en punto, querido, yo llegaré cinco minutos después. Te vas a divertir.

Jueves, 26. A la hora indicada, llevo el plano al muchacho, que no puede creer lo que ven sus ojos. Paso de campeón a taumaturgo. No bien empieza a mostrarme un Spitfire terminado cuando entra Noemia, imperial: «Muestra de orina». Lo arrastra por el hombro antes de que haya tenido tiempo de decir ¡uf! Está hasta tal punto subyugado por la autoridad de Noemia y paralizado por su propia emotividad, que debe desvestirlo ella. La puerta del cuarto de baño queda abierta. Lo distingo, silueta pálida bajo la luz, a través de la mampara de vidrio. Lo hace orinar y, después, lo lleva al lavabo. El trata de librarse: está cansado, otra vez… Ella ni se digna a discutir. Cuando está en forma, me llama: Mire esto. Entro; él se agita, pero ella lo sujeta. «¡Las manos detrás de la espalda!». Capitula. «Aquí tenemos a un muchacho de veinte años, en plena forma, recién casado; esto debería moverse como un oso, y, ¡ya ven!». El pobre muchacho está tan turbado, en efecto, desnudo, tan rubio, tan rosado, delante de esos dos adultos vestidos, que la erección es incompleta. Pero el talento de Noemia pone remedio a todos los

desfallecimientos. Admiro. Cuando la situación se ha restablecido, me toma por testigo: «¡Palpe, se lo ruego!». Palpo doctamente el objeto, sopeso la bolsa enjabonada, hago deslizar la piel: todo parece normal. El pobre hombre levanta los ojos y me mira. Mueca indulgente. Esta vez, la clavija se ablanda. Buena chica, Noemia me hace señal de salir: no puede permitir que se humille a un recién casado. Vuelve a hincharlo y acaba. Después, me dice: «Se ha corrido, pero no ha gozado. Además, ya no me divierte esto. Cuando se sabe tocar la flauta, ya no se desea tocar el tambor». He olvidado anotar que, el día anterior ante su tierna insistencia, le había *concedido una mamada*, aunque no habían transcurrido más que dos días desde la precedente. Es imposible resistir al fervor, a la pasión, a la impetuosidad que ha despertado en ella la revelación del otro día…

(…) Lunes, 30. Noemia está enamorada. Es la primera vez en su vida y está trastornada. Su ternura, su alegría contenida, su emoción son tan conmovedoras que me desarman. Sabe que estoy casado, que tengo dos hijos, una familia, un oficio, que me iré dentro de unos meses. No sueña, no espera nada, no pide nada; nada más que estar a mi lado, tocarme, hablarme, acudir diez veces al día, acariciarme sin fin, comunicarme todo lo que le pasa por el espíritu. Cada noche, una vez terminado su trabajo, en lugar de regresar a su casa, viene a mi habitación después de cambiarse y se queda charlando en una especie de borrachera, con sus hermosos ojos expresivos siempre fijos en mí, sonriente, encantada, charlatana ¡ella, en general tan distante con todos!… Me parece, dice, ¡que vuelvo a tener veinte años y que mi salud es perfecta! El otro día he estado dura con el pequeño Roland; le hice una verdadera cochinada. Y es que ya no deseo tocar a nadie que no seas tú. Antes, me divertía con los tanteos. Es porque no estaba enamorada. Amaba todos los cuerpos de hombres jóvenes. Ahora, ya no tengo ganas. No lo haré más. Discutimos. No debe dejarlo bruscamente; con ello provocaría curiosidad, celos, incidentes. Objeción suya. Compromiso: ya no hará tanteos con los nuevos enfermos pero seguirá haciéndolo con los

antiguos durante un tiempo, un mes o dos, a razón de uno por semana. Además, excluyendo 1) a mí; 2) a Voineau, que va a ser operado; y 3) a Michel Pons, que ya no lo necesita porque la chica del restaurante se ocupa de él, ¿quién queda de sus favoritos? Roland y Zizi. En quince días, liquidado. Está tan encantada con su programa que rueda sobre mí, de un lado a otro de la cama, como un potro en la hierba… Irreconocible.

(…) Mientras me deje acariciar de la cabeza a los pies, todo bien, y los dioses saben cuánto interminable ardor y cuánta ternura pone en ello Noemia. Pero, si la tomo en mis brazos, se pone rígida; si me pongo a acariciarla a mi vez, enloquece. Se encuentra tan fea, tan deforme, tan rechazante de cara y de cuerpo, que no se abandonaría por nada del mundo. Jamás un hombre me ha visto desnuda, comprendes; jamás me han tocado, ni siquiera me ven. ¡Mira mi cofia y mira esto! Se compara con las *pin-up* de las revistas. Explico sin cesar que lo que amo en ella es ella, sólo ella, el conjunto de su corazón, su espíritu y su cuerpo. Toda ella. Yo tampoco soy un Apolo, ¿qué tiene que ver? No son mi nariz, mi pirulí ni mis piernas lo que amas; es a mí. No ha retenido más que una palabra, y es que la amo. O, si no, no soy para ti más que un objeto; en el fondo, me desprecias; me consideras un semental; ¡se le menea y a casa! Creo que me gana en fingir cólera; ya no sé qué digo. Las lágrimas de mi pobre amiga me destrozan el corazón, pero no cedo; hay que sacarla de esta situación; si el golpe es lo bastante fuerte, se agrietará la coraza y podré alcanzarla.

Se levanta, trastornada. Está a punto de irse, he perdido… No. Se quita la bata. No la dejo ir más lejos y la echo sobre la cama tal como está, en combinación, con los brazos y las piernas desnudos. Apenas tiene tiempo de quitarse los zapatos. Con deslumbrado abandono, se apelotona contra mí, la cabeza en mi cuello. Está helada. ¡Con tal de que esté corrido el cerrojo! Toda una mujer. Con la cabeza llena de

ideas locas, cargada de un pasado inimaginable, pero toda una mujer. Llora hasta saciarse, pero de alivio. Sus lágrimas se deslizan por mi pecho. No trato de consolarla ni de desvestirla ni de acariciarla. Vendrá solo, otra vez. Bajo su combinación de algodón rosado, lleva unas bragas enormes y un sostén con ballenas. Un cuarto de hora después, ha pasado la crisis, y de tal manera que bromea. No puedo creer que me ames realmente. ¿Qué puede gustarte de mí? Explico, explico, explico sin fin. Charla de enamorados. Ya no la turba su cuerpo. Se incorpora en un codo, con las piernas entrelazadas en las mías y no intenta disimular su cuello, sus brazos, sus piernas. Al dejar mi cama hacia las once, una vez más del todo serena, muestra sin querer unas pobres bragas de algodón blanco, muy zurcidas. Pero no le presta atención. Ha franqueado una nueva etapa.

(…) 24 de abril. Roland, el constructor de aviones, ha subido a darme las gracias. Lo encuentro todavía más rubio y rosado tras haberle visto tan desnudo, tan desamparado, la otra mañana. (Palabra extraña, *desamparado*. No tengo a mano un diccionario etimológico. Sin embargo, Noemia bien se había *amparado* de él…). Ha recobrado el ánimo: el otro día, no bien había empezado a enseñarle mis maquetas cuando me interrumpió la Chica-de-los-dientes-de-conejo, ¡con un descaro! Estaba tan sorprendido, ya sabe cómo es con los jóvenes; con el pretexto de que es enfermera, uno se ve obligado a dejarla hacer, para el laboratorio… Déjelo así, no tiene importancia. Iba precisamente a volver a visitarle; quería ver qué ha dado de sí ese plano… Etc.

(…) Miércoles, 25. No siempre tengo a mano un calendario y tomo la fecha de la hoja precedente o del periódico, pero todos estos días debo haberme equivocado de una semana. Tanto peor. (…) Después de la cena, antes de irse, Noemia viene a darme las «buenas noches»: No me acuesto, estoy indispuesta, tendría miedo de manchar. Está encantada. Hacía un año que ya no tenía la regla. Me estoy haciendo toda una mujer, querido. ¡Te das cuenta! Me abraza locamente y se va: Anoche pensaba tanto en ti que no podía dormirme. Una noche, vendré a dormir contigo, ¿quieres?

Tengo la impresión de que vamos por buen camino.

(…) Noemia no ha estado indispuesta más que dos días, pero esto basta para que esté encantada. Gracias a mí. Durante una semana, está de suplente de día en el pabellón de mujeres. Luego, también de suplente, deberá *hacer la noche* otra vez durante una semana, en el pabellón de hombres. De todos modos, consigue venir a verme durante el día. Más que enfermeras o empleadas de servicio, son en realidad vigilantes.

(…) 13 de mayo. Ha llegado una ola de calor pese a que estemos tan sólo a mediados de mayo. La temperatura me agobia y no hago gran cosa: un poco de lectura, nada de dibujo y no escribo más de una hora al día. Grosjean me hace una punción todas las semanas: casi un cuarto de litro al mes. Análisis, radiografías, pesajes. Pasamos mucho tiempo en las terrazas. Pese a la prohibición, las mujeres se broncean a escondidas. Corren los cerrojos, esperan a que los rayos del sol lleguen dentro de la habitación y se exponen por partes: cinco minutos para la cara, cinco para los brazos, etc. A Noemia le escandaliza verlas pasearse desnudas en las habitaciones de unas y otras. Aunque escandalizada no sea la palabra. Ella asocia la desnudez a la belleza. Si vieras el cuerpo que tienen algunas, ¡las cosas que se atreven a enseñar! Su definición del pudor es justa: no ocultar más que lo que puede desagradar a los demás. Se equivoca no obstante en creerse estremecedoramente fea. Pero tengo mi plan. A las ocho, antes de irse, viene a darme las «buenas noches». Estoy echado desnudo encima de la cama abierta, con el aire más natural posible. Me hago a un lado para hacerle lugar. Vuelve a correr el cerrojo y, mientras camina, se saca la bata: Échame cuando sean las diez, si no, no me decido a dejarte. En el momento en que va a estirarse a mi lado, levanto ligeramente la combinación y toco la braga: Sácate esto, o tendrás mucho calor. Hay un momento de desconcierto en su mirada, pero la confianza es más fuerte. Sigo hablando del calor en un tono uniforme. Se saca el objeto del litigio, lo desliza por debajo de su vestido y viene a acurrucarse contra mí. Sigo por un momento con mis

consideraciones meteorológicas para darle tiempo de recobrar la calma, lo cual sucede pronto. Hemos franqueado una nueva etapa. Cinco minutos después, le acaricio las mejillas, el escote, los brazos, sin dejar de hablar. No sólo no se crispa, sino que es evidente que le produce placer y me besa la mano. Pronto, ella misma frota contra mí la cara y el cuello. Toda angustia ha desaparecido. No es hasta que alcanzo los muslos cuando reacciona, pero no como yo temía. Simplemente, nos tapa con la sábana, lo que en resumen significa: acariciar, sí; mirar, no. Todavía no. De hecho, está mucho más distendida, con los músculos relajados, sonriente. Simplemente feliz de ser amada y deseada. Toda una mujer. La dejo que me toque hasta saciarse antes de hacer a mi vez una revisión general, acompañada de palabras cariñosas y de besos. La cara, los brazos, las piernas, todo. Sigo evitando el vientre y el pecho, pero las nalgas y la espalda no provocan más que mínimas crispaciones, rápidamente borradas por los arrullos de placer en la oreja. Cuando sale de la cama, hacia las diez y media, lo hace con auténtica simplicidad, va y viene por la habitación sin el menor problema, se inclina una vez más para abrazarme el corazón, como ella dice; es decir, el pecho entre las dos tetillas, el vientre, el pirulí, y los huevos, uno tras otro: ¡Adiós, queridos; dormid y trabajad para que os encuentre mañana bien llenos de crema fresca para el desayuno! Ríe como una niña, como una recién casada satisfecha. Le digo que soy feliz y que estoy orgulloso de ella. Se va llevando ese nuevo tesoro, con los ojos brillantes y el corazón palpitante.

Al día siguiente, llega por la mañana, antes de las ocho. Hace ya demasiado calor. Querido, tengo dos cosas que decirte. Primero, cuando el otro día te dije que nunca un hombre me había visto desnuda, no contaba al abuelo, ni a mi padre ni a los dos médicos que me han examinado. Quería decir… Había entendido. Segundo, que te amo cada vez más, que nunca he amado a nadie como a ti, que tengo en ti una confianza absoluta. Puedes contar conmigo; haré lo que tú decidas; he entendido lo que querías hacer. La coraza se ha rajado; voy a deshacerme de ella, pero debes ayudarme

siempre, no dejes, te necesito demasiado durante la transformación; ya no soy capaz de guiarme sola. Si ahora me abandonaras, me mataría. No temas nada; mientras yo viva, no puede sucederte nada malo.

(…) ¿No me habré enamorado yo mismo un poco más de lo necesario para esta transformación? No se puede llevar a buen término empresa alguna sin poner en ella el corazón, es cierto, y también un poco de uno mismo. ¿Pero no estaré engañándome, haciéndome creer que ayudo a Noemia en su metamorfosis cuando, en realidad, me dejo arrastrar tranquilamente por el adulterio más trivial? Doy vueltas al problema. Conclusión Provisional: no se retrocede a mitad de camino. Dentro de unas semanas, veremos más claro… ¡Bueno!

(…) Esta mañana, Noemia tenía *derecho* a una mamada. Había anunciado su llegada para las nueve y media o las diez, pero no la he visto en toda la mañana. ¿A menos que no haya podido venir hasta las once, precisamente cuando me dormí? Habitualmente, no vacila en despertar a la persona con quien desea hablar. Pero es que desde hace un mes ha cambiado tanto… No sé qué pensar. Al mediodía, cuando acaban de traerme la comida, llega: Perdona, querido, lo siento muchísimo. A las nueve y media, el médico-inspector, que estaba por aquí, me llamó para un examen imprevisto y no pude avisarte. —No es nada, no te preocupes. Pero ella adivina que me he inquietado. Esto perturba un poco su alegría… porque tiene una gran noticia que darme. ¡He aumentado 900 gramos en quince días, he estado indispuesta y mi presión ha subido a 12! El inspector ha descubierto que desde febrero se ha producido una gran mejoría. No le he dicho nada, pero yo sí sé por qué y a quién se lo debo. Esto te pasa porque estás enamorada y por lo tanto más feliz, más equilibrada. ¿Y de quién estoy enamorada, tunante? ¡Y yo qué sé! ¡Oh!, me quita la bandeja y se abalanza sobre mí, me cubre de besos y caricias con un ardor enloquecedor. No bien ha tragado el pirulí se le ocurre de pronto que el almuerzo va a enfriarse. Se arranca de la cama y vuelve a traer la bandeja con suspiros elocuentes. (…). A Noemia le gusta quedarse

mientras como. Mendiga pedacitos de mi comida, después se lleva la bandeja vacía y va a almorzar a su vez. Tratará de volver después de la siesta, después de las altas temperaturas, para su lactancia, y de todos modos a las ocho, antes de irse, esté cansada o no. Es evidente que la mejoría en su estado se debe al tratamiento con simiente del hombre amado. El abuelo tenía razón.

(…) Hoy casi no nos hemos visto. El calor es insoportable, y estoy extremadamente abatido. Hoy era el día de mamada para Noemia, pero ella misma, de inmediato, sin que yo lo sugiriera ha renunciado al ver mi estado. Como una auténtica mujer, hace pasar el interés del amado antes que cualquier otra consideración. Sin embargo, ¡cuánto lo deseaba! No ha podido evitar mamarme un poco el pirulí, hablándome a media voz: Descansa, querido. Hazme un buen zumo, sólo para mí. Si mañana estás descansado, te aligeraré, ¡no te digo más! Después de la cena, no se queda más que cinco minutos, sin echarse en la cama para no fatigarme. Duermo cada vez peor.

(…) Muy de mañana, antes mismo de ir a cambiarse, está ya en mi habitación y me trae flores que ha encontrado por el camino, el periódico local, bombones, revistas que ha recogido en el salón, un *croissant*, cualquier cosa mientras sea algo para agasajarme. Me acostumbro a dejarme mimar… Le he hecho cambiar de peinado y le he indicado cómo colocar el birrete (al que ella llama *concha*, no se por qué). Mis indicaciones son seguidas al pie de la letra y comprobadas diez veces al día en un espejo de bolsillo. Sus colegas le hacen bromas: ¡se vuelve coqueta!

Muy abatido. Mal día. Muchas cartas que no llegan. Noemia viene antes de irse y corre silenciosamente el cerrojo. Sus ojos negros se han vueltos admirables de brillantez y transparencia. Expresan una ternura inagotable. Su marcha es más elástica, sus gestos más libres, su actitud general más distendida. En otros tiempos, parecía siempre crispada, ansiosa, agresiva. Ella misma se maravilla: Ya no tengo miedo. Mientras habla, se quita el vestido. Con voz neutra: ¿Quieres que me quite el sostén? Si te da tanto placer como a

mí, sí. Pasa al cuarto de baño, se lo quita, y también la braga, vuelve en combinación corta y se desliza contra mí sin mirarme. Segundos más tarde, calmada, coge el talismán y empieza a contarme su día. Esta noche no tengo deseos de acariciarla, estoy demasiado fatigado, pero ella ha tenido coraje de dar un paso sola y esto merece una recompensa. (Y me gusta tanto). Palpo el rostro, el cuello, el escote, como todos los días; después, las piernas, y subo por los flancos evitando el bajo vientre. La respiración se acelera. La hago ponerse de bruces y masajeo tiernamente las pantorrillas, el hueco polplíteo, los muslos. Cuando levanta la combinación y abrazo dulcemente las nalgas, cesa la respiración. Acaricio los flancos, las caderas, la espalda hasta los omoplatos. Vuelve la respiración ronca, entrecortada; el corazón se le salta del pecho. El mío también. Caigo, cubierto de sudor. ¡Tan poco esfuerzo y ya sudando! Ahora soy yo quien procura respirar. Noemia se pega a mí, aprieta la frente contra mi mejilla, se adhiere a mi flanco con todas sus fuerzas, me acaricia muy lentamente con la mano abierta, expresa su ternura con todos sus músculos. Pese a la temperatura, trata de pegarse aún más, levanta un muslo y lo apoya con delicadeza en mi bajo vientre, me besa el mentón, el cuello, la oreja. Cuando mi respiración vuelve a la normalidad, retira el muslo, se sienta de través, me mira largamente con una sonrisa feliz. Está orgullosa de haber dominado esos odiosos reflejos. Se estira sobre mí, vientre con vientre, con los muslos apretando mis caderas y me besa los labios, cosa que hasta ahora nunca había hecho. Es tan liviana como una niña de ocho años. El tarugo se yergue y va a dar con el tabernáculo. Ríe: ¡Ah, el muy pillo! ¡Llama a la puerta! Pues pase mañana, joven; ¡la casa está cerrada! Pero desliza una mano por detrás, atrapa al joven y lo frota con golpecitos.

Al ponerse ella otra vez de espaldas, rozo con las uñas sus tetillas, que enseguida se levantan como dardos, lo cual la llena de confusión. Sonríe turbada, la mirada siempre fija en la mía, impaciente por acomodar sus reacciones a mi voluntad. Creo que mis ojos no expresan más que un profundo afecto. Ella misma apoya mi mano sobre su pecho,

para que deje de ver esos frutos insolentes. Siento un deseo loco de descubrirlos y besarlos, pero creo que sería prematuro. Ya ha hecho tantos progresos… Acariciemos sólo a través del nylon. (Una combinación nueva, al parecer; todavía lleva los pliegues de la caja). Hermosos senos bien formados, sensibles; más que blandos poco llenos. Esta noche, mis manos podrían pasar por debajo de la tela ligera, ir más lejos, pero estoy cansado y hay todavía tanto bochorno, pese a la negra noche… Noemia, que todo lo adivina, mira el reloj, se arranca a duras penas de mi hombro, se sienta con las piernas cruzadas y me sorbe con los ojos, sus grandes manos suaves apoyadas bien planas sobre mis flancos. Todo su amor pasa por sus pupilas. Los días más hermosos de su vida… Poco importa que la combinación se haya levantado hasta el vientre y que el impresionante «pesebre» aparezca ante mis ojos. Decente impudicia de enamorada. Me guardo muy mucho de echar una ojeada. Finalmente, se levanta, se viste en el cuarto de baño y me da un somnífero: Duerme, amor mío. ¡Soñaré contigo!

(…) Hoy Noemia tiene el día libre. Si se atreviera, vendría a pasarlo en mi habitación, pero… Su transformación es todavía superficial, es cierto; sin embargo, creo que está muy lanzada.

(…) Los chismes que me cuenta Noemia del ala de las mujeres no son muy distintos de los que se escuchan por los pasillos del ala de los hombres, pero siempre es una manera de aportar algo: la 508 y la 511 están peleadas; la de la 540 ha tenido cuatro hemoptisis; la de la 502 y la de la 543 se van a fin de mes; la de la 520 y la de la 524 duermen juntas todas las noches; la de la 539 ha encontrado la manera de venir a dormir en la planta de los hombres, me pregunto cómo lo hace (*normalmente, los enfermos no pueden pasar de una a otra ala sin bajar al vestíbulo, donde los vería el vigilante. Pero tal vez éste se deja «enternecer». Además, en cada piso hay puertas de servicio que comunican los dos pabellones por las salas de guardia. Teóricamente, están cerradas con llave, pero a*

menudo los vigilantes olvidan hacerlo); la de la 516 debe estar preñada, porque aumenta de barriga y adelgaza de cara; la de la 505 se ha hecho teñir de rosado; la nueva de la 533 es una portuguesa muy guapa que no habla francés, ya te la enseñaré; la de la 525 todavía quiere cambiar de habitación; a la de la 541 no le quedan ni tres meses de vida, su marido va a venir a buscarla; la de la 510 debe a la caja ocho quincenas; la de la 517 se hace pasteles de más todos los días…

Lo que sorprende e hiere a Noemia es que estas mujeres hablen del amor sin respeto. —Una se pregunta si saben realmente qué es amar y ser amada—. Casta Noemia. —¡Si oyeras su vocabulario! No saben decir más que culo y coño; jamás una palabra algo refinada; siempre polla, teta, mamada… Otras veces ya me había preguntado qué era eso de mamada; lo presentía vagamente… Ahora que lo sé, me parece que ensucian esta cosa tan bella—. Noemia es demasiado noble como para que la alcance la vulgaridad. El amor otorga estilo a su orgullo. Cuanto más la conozco más me gusta.

(…) Ella desearía que, cuando superara mi depresión actual, pasáramos una noche juntos. De ser posible, aquí; si no, en su casa o en un hotel. Pero las tres soluciones son casi irrealizables: a) aquí: si la sorprendieran, la echarían; b) en su casa: es en Saint-Iriex, a uno o dos kilómetros a pie; c) no hay más que un hotel, y el dueño la conoce. ¿Cómo hacer? En este momento, estoy todavía demasiado agotado como para reflexionar, aunque me encuentro algo mejor.

(…) Gatita mía, ya no me hablas de Clovis. ¿No me habías dicho que viene dos veces al mes? —Debía venir el domingo pasado, pero le he dicho que no; en este momento, estoy demasiado ocupada; no quiero pensar en él; no puedo—. Perdona, pero… no olvides que en otoño, en principio me voy. Te encontrarás sola con él… No lo descuides demasiado. Todavía no sé qué haré. En julio, estará de vacaciones y, en agosto, probablemente en el Hérault para las compras. Si puedo esquivar sus dos visitas de junio, no le veré hasta septiembre. De aquí a allá… No quiero ser mala con él, pero

ahora no quiero pensar en él.

(…) Viernes, 18. Buen día. Después de la tormenta de anteayer y el cielo gris de ayer, reina el buen tiempo, tibio y claro. Coincidencia o no, mis achaques han cesado. Han vuelto el apetito y el sueño; han disminuido la temperatura y el bochorno. Un progreso nunca viene solo. Cuando entra Noemia, sé en qué estado se encuentra sólo con ver cómo abre la puerta. Esta mañana, la abre con alegría: esta semana, ha aumentado 500 gramos y, esta mañana, al levantarse, no tenía más que
36,7
. Todo esto gracias a mí, por supuesto. Bromeamos: pronto, no cabrá en las faldas. A propósito, quería preguntarte: tenía ganas de comprarme un pantalón de verano, como el de la señora Gherardini, con la cremallera detrás, hay uno casi igual en la Galería Florence, en el vestíbulo. ¿Sabes cuál quiero decir? Sí. ¿Te gusta? Para ella, sí; para ti, no. ¿Por qué? No es lo bastante femenino. Ella es alta y plana; tú eres toda una mujer, con pecho pequeño y bonito y hermosas nalgas como manzanas… Un rubor intenso le sube a las mejillas, llega a la frente, baja en oleadas hasta el escote. Le falta la respiración: Pero ¿qué…? Se sienta frente a mí. ¿Te gusto, entonces? ¿Físicamente? No puedo creerlo… La atraigo hacia mí y la abrazo con violencia, un abrazo en torno a sus hombros. Cierra los ojos. Mi mano libre sube por debajo de la falda y se coloca entre los muslos, encima de la braga sagrada. Ni siquiera se estremece y cierra suavemente las piernas para apretarme contra ella. Pasan varios minutos. Saco la mano antes de soltarla. Repite: Amor mío, amor mío querido… después, se sacude y se va sin poder decir nada más.

Llega a las ocho y cinco. Corre el cerrojo, entra en el cuarto de baño, sale también rápidamente, se desliza contra mí. No lleva más que una pequeña combinación de verano, color champán. Está tan impaciente por ser mimada que no puede hablar. No tengo bastante con las dos manos para

acariciar toda la piel ofrecida. El pirulí está ya en su boca. Mama con todos los músculos del cuerpo, como el bebé famélico que de hecho es, con los ojos cerrados y toda la pasión del mundo concentrada en los labios y en la garganta. Aprieta el glande contra el paladar, con la lengua en forma de cilindro y, alargando los labios, trata de tragar el pito entero, hasta la raíz. Más allá, si es posible. Con todo un huevo en cada mano, los estira suavemente para impedir que se vacíen demasiado rápido… Mi Noemia ha ya mamado ayer por la mañana, por lo tanto no debiera hacerlo hasta mañana; pero no tengo corazón para recordarle nuestro acuerdo. Va cambiando a cada instante de posición, girando de rodillas a mi alrededor, desmelenada, con la combinación desarreglada. Si pudiera abrir los ojos, tendría ante mí una visión agradable, pero empiezo a perderme en lo irreal. Estalla en mí una charanga multicolor. Exploto con el vientre tenso, los puños apretados. Me oigo gemir; mis gruñidos se mezclan con los de Noemia. Bebe con todo el cuerpo. Me abandono.

Cuando recobro la conciencia, lo ha sorbido y secado todo. Estoy seco, pero los órganos me arden. Acodada en la almohada, me mira ansiosa, con los ojos ardientes: Perdona, querido. No hubiera debido. Te amo demasiado, me vuelvo loca, no me dejes hacerlo más. Mi sonrisa agotada la tranquiliza en parte. Pone su cabeza contra la mía, se aprieta con todo el cuerpo y me besa el rostro y el cuello. Nos quedamos largo tiempo inmóviles, bañados en nuestros jugos. La sábana se pega a mi espalda. Me pongo de lado, con los ojos cerrados, paso la mano por debajo de la tela y me duermo a medias con un seno en la mano. Ella respira apaciblemente, conquistada, confiada. Noto con inquietud que mi pito se despereza. Mi mano baja, se demora sobre el pequeño vientre hundido, baja aún más, penetra entre las piernas. Un dedo se desliza por el vello, denso y rizado como el astracán. Se abre por espasmos, cierra los ojos, atrae mi boca hacia su rostro. Las piernas se le abren irresistiblemente, el vientre reclama la mano. Penetran los dedos, y ella está que arde. Acaricio. Pronto hunde la espalda, estira los brazos por encima de la cabeza, se arquea contrayendo todos los

músculos, las mandíbulas apretadas, los ojos cerrados. Con la mano libre, le destapo el pecho. En el momento en que tomo un pezón entre los dedos y el otro con los labios, la recorre un estremecimiento. Expira con estertores. Clítoris pequeño, pero firme; flujo abundante. Prosigo sin interrupción con la boca y las manos. La cabeza oscila de un lado a otro, el estertor es cada vez más ronco, la combinación se le enrosca bajo el mentón. Con tal de que no dure demasiado, no puedo más. Se le escapa una especie de grito animal, no de la boca, sino de la garganta. Las piernas vuelven a cerrarse como una tenaza. Se echa de lado como una bola y se cubre los muslos con la combinación. Y me dejo caer en mi lugar, jadeante. Silencio. ¿Llora? Vuelvo la cabeza. Se levanta, se va al cuarto de baño. La oigo lavarse. Debería ir a abrazarla, a calmarla. Vuelve a entrar, vestida, con los ojos rojos, hinchados. ¿Qué te pasa, gatita? Su mentón tiembla: He estado ridícula, perdona. Al contrario, ¡nunca me has dado tanto placer! Ven a sentarte. No. Me he portado… como una perra en celo.

Noemia, me das pena. Nunca has sido más mujer; ven. No, tengo demasiada vergüenza; debes despreciarme. No puede seguir; los sollozos la ahogan. Me incorporo; ella sale huyendo. Vuelvo a caer.

(…) A las diez todavía no he visto a Noemia. En el estado en que está, todo es posible. Como más tarde, más aumenta mi inquietud. Entra Pellisseau, mi vecino de la 38. Se ha puesto traje y se ha afeitado para hablarme. De las dos habitaciones contiguas, una está libre, y no trato a Pellisseau, porque me cae gordo. Tiene una mirada grave: «Querido señor, usted sabe que en esta época del año las ventanas están abiertas. Es imposible no oír de una habitación a otra lo que ocurre. Personalmente, no me molesta, pero sus relaciones con una de las empleadas la colocan en una situación delicada, si es que llegan a enterarse. Y, si siguen haciéndolo así, se sabrá forzosamente muy pronto. Además, le recuerdo que está usted casado y es padre de familia. Perdóneme. Estamos entre hombres, y no quiero hacerme pasar por lo que no soy. Pero… un poco de prudencia, ¡qué diablos!».

En el fondo, tiene razón. Pero no estoy dispuesto a recibir lecciones de moral de un militar de carrera. ¡Ese tono de reproche; porque tiene edad para ser mi padre! Es capaz de denunciarnos. Pienso con rabia que, si Noemia llegara ahora, sería ella quien padecería la indignación que me ahoga. A mediodía, disipado el mal humor, le pregunto a Rosa en un tono ligero: Caramba, hoy no vemos a Noemia, ¿es su día libre? Rosa es negra; tiene por lo menos 64 dientes y ríe en cada frase: Noemia está enferma, señor. Ha llamado por teléfono a la señora Angeli. Si ha podido telefonear es que no se trata de algo grave. No lo sé, señor. Mal almuerzo. Reflexiones, hipótesis y variantes. Después de almorzar, viene el constructor de aviones. Hay días en que no se puede estar tranquilo ni cinco minutos. Le digo que me encuentro mal y que le avisaré cuando esté mejor. Estar realmente enfermo no tiene más que inconvenientes. Cuando Rosa vuelve a pasar, después de la temperatura, tengo ganas de insultarme porque no me atrevo a preguntarle nada. Pero a las seis, a la hora de la cena, sí lo hago: Quién sabe, si mañana veremos a Noemia, a menos que sea su día libre. No lo sé, señor; no he visto a nadie. Su risa perpetua merecería bofetadas.

(…) Es medianoche. Hoy tampoco ha trabajado Noemia. Así que ya son más de cuarenta y ocho horas desde su partida y no sé nada preciso. Si mañana por la mañana no hay noticias, iré a Saint-Iriex. De sus cincuenta habitantes, alguno habrá que sepa dónde está ella. Este asunto me saca de quicio. Imposible no hacer nada. Tengo cierta responsabilidad en este caso.

(…) He dormido de un tirón hasta el desayuno. Cuantos más problemas tengo, mejor duermo. Rosa no sabe nada. La vieja Deuze ya le ha preguntado a la señora Angeli (¿lo habrá hecho por mí?): ¿No hay noticias de la señorita Hermaz? Por otra parte, el sábado no fue ella quien llamó, sino una vecina, la hija del panadero. En el momento en que bajo para apalabrar a Richon, el del taxi, Grosjean me llama a Rayos X. Coincidencia favorable: paso primero por allí y puedo llamar después sin llamar la atención. Coincidencia desfavorable: Richon se ha ido a Evian y no regresará antes de las seis de la

tarde. Llegaría a su casa hacia las ocho. A su edad, ya no sale por las noches como no sea para una urgencia. Precisamente, es urgente; además, en esta época, no oscurece hasta las diez. Será rápido ¿Es para la estación de Val-Calan? No, es por una enferma de Saint-Iriex; media hora entre ida y vuelta. No, nada de ambulancia.

Imposible razonar sanamente. Desearía trazar una serie de planes para hacer frente a las distintas hipótesis, pero pierdo continuamente el hilo de mis ideas. Vale más dormir.

A las siete cuarenta, estoy vestido. El esfuerzo me ha hecho sudar. Tres meses sin zapatos: parecen pesados. Mi idea es salir exactamente a las ocho, en el momento del cambio, para pasar inadvertido. A las ocho, estoy afuera; el viejo me ha visto, pero ha debido de tomarme por un visitante. El garaje Richon está a cien metros, pero, cuando llego, estoy blanco de fatiga. No ha terminado de cenar. Espero. Se retrasa. Salimos hacia las ocho y media, ¿sabe la dirección? La señorita Hermaz. Todo el mundo debe conocerla. Llegamos a Saint-Iriex. Ni una luz. Damos una vuelta. ¿Dónde está la panadería? Cerrada. Llamamos. Nada. Tocamos la bocina. En frente se abre una ventana. ¿Hermaz? No, no me suena. ¿Y a ti? Sí, claro que sí: ¡es su hija quien llamó por ella al Jean Mercier, el sábado por la mañana! ¡Ah, la señorita Valentina!... Está enferma. Ya lo sé. ¿Es de la familia? Sí. Vive en casa de los Morey, en Vaux-de-Cluze, en casa de la viuda Morey. Ya sé dónde es, dice Richon; en la otra punta. Gracias, hasta la vista, etc. Volvemos a partir. ¿Valentina? Una gran mansión en un jardín, a medias entre un pabellón y una casa de campo. Son las diez. Voy. No hay timbre, ni perro. Llamo. Una vez, dos veces, diez veces. Las piernas me tiemblan de fatiga. Llamo. Golpeo. Tengo frío y dolor de estómago. Una luz en el vestíbulo. La voz de Noemia: ¿Quién es? Soy yo, abre. ¿Quién, yo? Abre. Envuelta en una vieja bata. Lívida. ¿Qué quería yo decirle? ¿Qué pasa, estás enferma? Me mira como a un fantasma. Su mentón empieza a temblar. ¿Por qué te quedas ahí? ¿Qué haces, estás realmente enferma? ¿Por qué no me has avisado? Asiente con la cabeza, los ojos despavoridos. Quiero que vuelvas: ¿qué

sentido tiene todo esto? Allá te curarán. Regresa mañana; ¡ya ves que nos pones enfermos a los dos! Te espero mañana. Sacude la cabeza. Vuelvo al taxi, titubeante. No era en absoluto esto lo que quería decir. Richon refunfuña, pero no oigo lo que murmura. Me deja frente a la puerta. Entro, tomo el ascensor… Voy a desvanecerme antes de llegar a la cama. ¿Por qué no estaba el vigilante en su mostrador? Llego, me tumbo, me desvanezco.

Martes. Sin noticias de Noemia. Vomito mi desayuno y vuelvo a dormirme. A mediodía, Rosa me despierta: ¿Se encuentra mal? ¿Por qué? Está colorado. Vuelvo a dormirme. Ya pasará. Ríe. Imposible comer.

Durante la siesta, me duermo y me despierto todo el tiempo. La misma pesadilla, incesante: debo hacer pasar el taxi de Richon por una trampilla en una escalera. Es un taxi como los demás, pero no es un taxi. Lo llevamos por los desfiladeros de las montañas Rocosas y por las calles de Los Ángeles con ayuda de un cable. Además, no estamos en el interior, sino a unos metros por encima, en el aire. A las siete, tengo 38,8; tomo aspirina y vuelvo a dormir. Me despierto hacia las ocho ¿No hubo cena? Estoy empapado en sudor y me estremezco de frío. Cierro la ventana, vuelvo a tomar aspirina y me duermo.

Me despierto a las siete. Es la hora en que se levanta Noemia. Se vestirá y vendrá. Estará aquí a las ocho y cuarto. No, ayer se ha suicidado, me dirán dentro de unos instantes. Temperatura: 36,8. Voy a tomar el aire. Un poco de ejercicio en el pasillo. Regreso a la terraza. Grandes nubes blancas, cielo azul: hará buen día. A las ocho, vuelvo a acostarme. A las ocho y cinco, llega Noemia. Desfigurada. Trata de hablar. Asfixiada de angustia. Corro el cerrojo, la siento junto a mí, la tomo por los hombros, la dejo llorar. Yo mismo estoy demasiado

emocionado como para poder articular una palabra. Ha estado realmente enferma. Una fiebre terrible. Un espantoso dolor de vientre durante tres días, sin parar. Quería morir con todas sus fuerzas. Ha vomitado diez veces, ha tenido cólicos. Estaba deshonrada, humillada, desesperada. Quería morir, morir, morir. Si hubiera tenido coraje para hacerlo, hubiera ido a buscar lo que hacía falta. Cuando me vio el lunes por la noche, blanco como un muerto, creyó volverse loca. El martes, ha ido desapareciendo todo. ¿Aún la quería? Se había portado como una chica insaciable. Explico y repito interminablemente: se había portado como una chica enamorada. Nada podía producirme mayor placer que verla transformarse en una auténtica mujer. No la desprecio; la amo, la estimo mucho más. Después de esforzarme tanto para hacerla progresar, ¿cómo iba a despreciarla en el momento en que alcanzábamos el objetivo, en que estábamos a punto de ganar la partida o en que, al menos, habíamos recorrido casi todo el camino? Pero ¿por qué? Este nuevo progreso es precisamente lo que yo esperaba desde el principio. Le doy las gracias, por el contrario… La sonrisa reaparece, pero la mirada sigue angustiada. Rosa va a llegar con su carrito. Ve pronto a cambiarte y corre a ver a la señora Angeli. Vuelve cuando puedas. Te quiero. Ella se va corriendo.

Puedo beber, pero no comer. Hacia las diez, vuelve Noemia. Ha recuperado los colores, pero los ojos siguen terriblemente ojerosos. La señora Angeli me ha dicho que habría tenido que tomarme uno o dos días más. ¿Ya no te duele la barriga? No. No nos acariciamos; sigue habiendo cierta turbación entre nosotros. ¿Por qué querías morir? Vuelve a empezar su relato con más objetividad. Debo repetir una vez más, con todo detalle, mis explicaciones: su reacción prueba que está salvada. El otro día me dijo que me amaba como nunca había amado a nadie, que tiene en mí una confianza absoluta, que haría lo que yo dispusiera. Nada ha cambiado. Déjate guiar. El viernes me has dado la mayor prueba de confianza que podrías darme y una gran alegría. Puedes estar orgullosa de ti. El maniquí en el que te habían encerrado se ha roto, y es irreparable. La victoria está al

alcance de la mano. Ten confianza, déjate guiar. Ha nacido una mujer, liberada, confiada, amada. Mientras hablo, me aprieta las manos, me acaricia tímidamente la cara, va serenándose poco a poco. Ayer recordando tu visita a Saint-Iriex, comprendí que seguías amándome y que me habías perdonado o, más bien, que yo me había equivocado. Ahora, querido, estoy segura de que me quieres, me respetas y me estimas. He sido muy tonta. Si sigues queriendo morirte, verás qué te espera. ¿Qué? Haré que te disequen y te azotaré todos las noches. Ríe y llora al mismo tiempo.

Vuelve una vez durante la siesta. No tengo más que un segundo, quería sólo abrazarte. La mimo, pero no la acaricio; si queda algo decepcionada, mejor. Antes de irse, a las ocho, vuelve unos minutos, pero no le sugiero ni mediante mi actitud, ni mediante mis palabras, que se acueste. Además, no había corrido el cerrojo.

Noche tranquila. Llega a las ocho: He vuelto a pensar en nuestro proyecto de fin de semana. *Nuestro proyecto*. Creo que he encontrado la solución. En el Hotel de los Alpes, no es posible. Aquí, es demasiado peligroso. Al principio, había pensado arreglar una de las habitaciones libres de la séptima planta, pero las comidas, el ruido… No, estaremos mejor en Saint-Iriex, en casa Morey. Hace cinco años que vivo allí. El padre Morey murió el año pasado. Su mujer está cada vez más sorda. Me aloja casi gratis para no quedarse sola. Tengo toda la primera planta para mí. Es una hermosa casa, ya lo has visto. Casi no hay vecinos. Harás que Richon te lleve a la parada del autobús para que no sepa adónde vas. Yo iré a buscarte. Esta semana estaremos libres desde el sábado por la noche hasta el martes por la mañana. La semana que viene no dispondré más que del lunes. ¿Qué te parece, querido?

Durante toda la tarde, simulo buscar argumentos a favor y en contra. Pero ya sé que iré. ¿Acaso puede privarse a esta damita de semejante satisfacción cuando acaba de sufrir tan terrible *shock*? A las ocho, antes de que se vaya, le contesto que me ocuparé del taxi para el sábado por la noche y que ella tome todas las disposiciones para el resto. Un cuarto de hora de besos sin consecuencias y caricias castas.

(…) Viernes, 25. He descuidado un poco en estos días el aeromodelismo. Jean-Michel Roland me hace los honores de su taller. Toda la habitación está invadida de madera, hilos, varillas, herramientas, cola, planos, croquis. Mi dibujo está pegado a la pared. El modelo en curso está casi terminado. Le dedica cinco o seis horas diarias y da a entender que, si él quisiera, cobraría un buen precio por sus modelos. Aplaudo sin reservas. Las habitaciones son todas idénticas, y sólo las distingue unas de otras el carácter del que las ocupa. En la de Kirilenko, el jugador de ajedrez, no hay nada. Ni un objeto encima de los muebles. Nada encima del escritorio, nada encima de la mesilla de noche, nada en las paredes. Hay que estar siempre a punto. Roland, el rubito, se ha instalado en la enfermedad. La vida que lleva aquí responde perfectamente a sus sueños inconfesados. Juraría que está satisfecho y no desea nada más que quedarse durante años «en tratamiento».

De pronto, Noemia me anuncia que debe *hacer* el domingo 27. El *chef* se ha herido con un pelapatatas. La señora Ferrier lo reemplazará y ella reemplazará a la señora Ferrier, pero dispondrá del 3 y del 4 de junio. ¿Qué hacer? Está decepcionada (yo también), pero de todos modos reconoce que la empresa era algo improvisada. Esto nos dará tiempo, a ella de limpiar la casa y reponerse de su impresión (difícilmente conciliable); a mí, de encontrar una solución al problema de las bandejas.

(…) Sábado, 26. Informo a Noemia que, por la mañana, me gustaría ducharme. Discúlpame, no podré ayudarte a causa de los recién llegados. Toma, aquí está la llave. Respuesta esperada. En efecto, vuelve a acariciarme a gusto la cara, un poco los brazos y el pecho, pero parece tener miedo de ir más allá. Ha quedado tan traumatizada con su aventura de la semana pasada que mi cuerpo le da miedo. Cuando circulo desnudo por la habitación, desvía la mirada. Por supuesto, hago como si no lo advirtiera. Esperemos que esto no dure demasiado.

(…) Domingo, después del almuerzo. Honesta Noemia. Viene a estar un momento conmigo, levanta la sábana como otras veces, se sienta contra mi muslo y pone la mano en mi

vientre. Sus hermosos ojos, de un castaño tan oscuro que parecen negros, me miran fijo a la cara: No me desees, querido. En este momento, no puedo tocarte. Tocarte realmente, acariciarte como a ti y a mí nos gusta. Dame unos días más, ya pasará. He vivido los tres días más espantosos de mi vida. Sufría como en el infierno y además estaba loca. No podría contarte las ideas que me atormentaban sin cesar. Monstruoso. Vacilo en mover a mis enfermos; ya no lavo a nadie. ¡Incluso tenía problemas para lavarme a mí misma! Apenas empieza ahora a desaparecer, ya ves. Sonríe y señala su mano en mi vientre. —Lo había entendido, no te preocupes. Lo que amo en ti no soy yo, sino tú; tú, entera: el corazón, el espíritu, el cuerpo. El pito se ha desdoblado y se coloca en silencio en sus dedos. Ella sonríe y se inclina a medias sobre mí, torso con torso. Largos silencios. Pequeñas caricias tiernas. Los fantasmas delirantes se disuelven poco a poco, como ella ha dicho. Todavía tres o cuatro días más.

(…) Figúrate que el señor Miller me ha dicho que debe irse pronto y que, antes, quiere volver a hablarme seriamente. No sé qué hacer. Dile que tienes problemas más urgentes, que estás muy ligada a la religión *de tus antepasados* y que no vas a cambiar: la frase tiene un doble sentido; no tienes por qué mentir. Por otra parte, católica o reformada, da lo mismo. Gracias, querido; sin ti…

(…) Noemia lleva una mata bajo cada axila. En el centro de la axila derecha, hay un pequeño espacio redondo, perfectamente imberbe, del tamaño de una moneda de «duro», ¿hace mucho que tienes eso? Cinco años. Tuve un comienzo de absceso que curé con moyuelo, como se hacía allá arriba. El absceso se curó, pero se cayeron los pelos. ¿Podrías encontrar esta planta? Por supuesto, pero no es fácil aplicarla con la mano izquierda, sobre todo en un lugar que se ve mal. ¿Nunca has pensado quitarte esta pelusa? ¿Para qué, para quién? ¿Te gustaría que te curase yo? ¡Sí! ¿Puedes traer esa planta mañana? Por supuesto. Traeré también el material. Si esto te gusta, quiero hacerlo.

(…) Hoy, trabajo en serio. Noemia dirige, yo ejecuto. Primero, hay que triturar la hierba *ad hoc* en el mortero. Se

añade un poco de aceite, y después una pizca de harina. A falta de harina, me dice la entendida en la materia, se puede poner un poco de arena muy fina. Cuando está pastoso, extiendo una capa espesa con una paleta de madera; encima, se pone un apósito hermético, una hoja de plástico cortada según el formato de la axila y alrededor se pega un esparadrapo especial para que el producto no se salga. Se lo deja toda una noche, se lava con mucha agua y se espera. Hago durar la operación al máximo para que Noemia, que está en combinación, vuelva a familiarizarse, a habituarse a cierta semidesnudez. Por otra parte, su turbación no dura. Reencuentra nuestra intimidad. Evito rozarle el pecho. Mientras pego cuidadosamente el esparadrapo, me acaricia incluso la cara con la mano libre, sonriendo tiernamente. Al terminar, la llevo a la cama antes de que piense volver a vestirse y la tengo cinco minutos entre mis brazos, sin alarmarla. Creo que pronto andará el camino desandado.

(…) 30 de mayo. Me he recuperado por completo. El esfuerzo fue violento, pero breve. Me ha señalado mis límites, ¡que son más bien estrechos! Noemia tarda más en recuperarse. El choque psicológico ha sido más duro y más prolongado; el choque afectivo, más profundo. Sin embargo, gana terreno todos los días. La proximidad de nuestro fin de semana la estimula. Ha hecho las cosas «a lo grande» y prepara provisiones como para un largo viaje. Cuando he sugerido colaborar en las compras, me ha respondido en un tono poco habitual: No, querido, concédeme esta alegría. Todo esto es demasiado importante para mí. Te explicaré más tarde. Respeta todavía un poco mi secreto.

Al quitar el apósito, se ha desprendido la mitad de la pelambre. Según parece, cada vez que se lava se desprenden más mechones. En una semana, no quedará nada. Ya casi no se distingue la antigua marca de «un duro». Los restantes pelos se enroscan. Ella misma propone atacar la otra axila. Si a mí me gusta, a ella también. Mañana traerá el material. Reaparece la coquetería: otra vez lleva arreglado el cabello y la «concha» bien ajustada.

(…) 1.º de junio. La operación «axila» va por muy buen

camino. En la derecha, ya no queda casi nada: la izquierda sigue el mismo proceso. Si el éxito es completo, trataré de decidirla a atacar las piernas. Por otra parte, no les presta mucha atención, quizá porque considera que es a mí a quien debe interesar el asunto… Como más se acerca nuestra primera noche, más crece su exaltación. Exaltación contenida, que no se manifiesta más que por una luz de la mirada, la amorosa ternura de los besos y la locuacidad reencontrada. No ha habido contacto íntimo entre nosotros, en el sentido erótico del término, desde hace quince días. No he intentado nada y ella nada ha propuesto. Tácita, instintivamente, nos remitimos al domingo.

Sábado. Sube en cuanto llega: ¡Nuestra habitación está preparada! La alegría se manifiesta en su rostro. Querría que fuese esta noche. No puedes imaginar lo feliz que soy. Ahora, pase lo que pase, ¡habré vivido al menos este momento de felicidad! Besos ardientes, suaves caricias, palabras tiernas. Los ojos han recuperado su fulgurante transparencia.

El problema de las bandejas ha quedado resulto: Séreny vendrá a buscarlas, sin que la vean, por la mañana, al mediodía y por la noche; mañana y el lunes, cogerá lo que quiera, echará el resto al váter tras haber tomado la precaución de ensuciar los cubiertos y el vaso, y volverá a ponerlo todo en el lugar de siempre. Tengo confianza en él. No me ha pedido explicaciones. Tendrá mi llave. Único riesgo: una inspección durante las horas de cura.

Apenas he cenado. Ha sido un día fresco. Tengo que pensar en la gabardina. A las siete y media de la tarde, entra Grosjean, muy zalamero, seguido de Noemia, muy alterada. ¿Qué ocurre? Charla, pide mi gráfico de la temperatura (al día), pregunta, bromea, se eterniza… Es la primera vez que me hace una visita. Noemia se va, vacilando de angustia. ¿Se habrá enterado de algo? ¿Pellisseau, Séreny, la vieja Deuze? Imposible. ¿Coincidencia? Increíble. Cuando entró, yo estaba de pie, pero por suerte no vestido. Vuelvo a acostarme y me instalo ostensiblemente para pasar la noche. Termina por irse como ha venido. No hay tiempo de debatir hipótesis. Noemia ya está de vuelta: ¿Que quería? No lo sé. ¿Podrás salir de

todos modos? Saldré, por la puerta o por la ventana. Lárgate rápido. Cita dentro de media hora en la parada del bus. Me obligo a quedarme inmóvil durante diez minutos antes de levantarme. A las ocho y quince, ya estoy fuera. El vigilante me ha visto. A las ocho y veinte, llego a casa de Richon, apenas cortés como de costumbre. Partimos a las ocho y media. A la entrada de la aldea, me deja frente al refugio de la parada del autobús y da media vuelta. Noemia me espera en el interior; sale de entre las sombras y me hace señal de seguirla. La sigo a veinte metros, atento a la mancha clara de la gabardina. Noche sin estrellas. Va a llover. Doscientos metros. No hay nadie. La casa de los Morey. Veo todavía menos que la otra vez. Noemia me espera en el jardín, me toma de la mano y abre. La escalera. El pasillo. La puerta de su habitación. Abre… Esta vez soy yo quien sufre tal sobresalto que no puedo más que tomarla silenciosamente en mis brazos. Una gran habitación con muebles relucientes. Los troncos crepitan en el hogar. Una mesa con dos cubiertos, velas encendidas, una botella de champán en un cubo de hielo. Pasteles. Una gran cama en la penumbra. Postigos cerrados. Es a mí a quien mira, joven irreconocible a quien el deseo y la ternura han transfigurado. El amor irradia de todo su cuerpo. El día más hermoso de su vida. Estamos el uno en brazos del otro, incapaces de permanecer separados por mucho tiempo. Finalmente, nos quitamos las gabardinas. Me invita a sentarme. ¿De dónde vienen todas estas maravillas? La vajilla y la plata de los Morey están a su disposición. El marido ha muerto. La mujer está casi sorda, casi inválida. Le ha prácticamente dejado toda la planta. Noemia ha pasado la semana bruñéndolo todo, una hora por noche. Ha olvidado su desfallecimiento. Tengo hambre. Ella parte la tarta, yo sirvo el champán. Hay también pastas secas, bizcochos. Mira, tienes que probar de todo. El champán nos achispa. Noemia se agita, las mejillas ardientes. No debes cansarte; ven. Me enseña el cuarto de baño, cerca de la escalera. El viejo murió antes de terminar las obras: lavabo, bañera, váter, pero no hay agua caliente. Me desviste, me hace orinar, me lava tiernamente con ambas manos, lo cual quiere decir: ya ves,

ya no tengo miedo, estoy curada. Vuelve a conducirme a la habitación llevando mi ropa, me acuesta. Espérame cinco minutos. Enciende la lámpara de la cabecera, levanta la mesa, vuelve a salir. La escucho lavarse. Vuelve con una larga camisa blanca escotada, sopla las velas, cierra el pestillo, se desliza contra mí. Ha empezado nuestra primera noche.

Los dos nos sentimos demasiado felices como para poder hablar demasiado. Abrazados, las piernas entrelazadas, boca a boca. Noemia me acaricia a su manera, con ardor, las manos alertas, poderosamente ceñidas, como si intentara apropiarse de su pareja, impregnarse de él, sin mirar. Tocarlo más que verlo. Se levanta la camisa hasta la cintura para que mi pito quede bien apretado entre nuestros vientres. Le acaricio el rostro, los brazos, las nalgas, pero no el pecho ni el *nido*, que, además, queda fuera de mi alcance. No quiero perturbarla. Si bien llevo quince días sin actividad sexual, he decidido dejarle a ella la iniciativa todo el tiempo que sea posible. La reacción ante su primer abandono ha sido de una violencia tan desmedida que no quiero que pueda guardarme rencor, por poco que sea. Prefiero abstenerme. Querido. Hombre mío… Mi mujercita querida. Es inútil anotar estos murmullos desconectados. El champán nos ha calentado. Su espalda se humedece. Quítate la camisa. Todo está saliendo más rápido de lo que yo deseaba. Se sienta: cierra los ojos. Los cierro. Se quita la camisa, la deja encima de la cama, se acurruca otra vez en mis brazos, ríe: ¡Ya puedes abrirlos! Nos abrazamos interminablemente. ¿Has visto alguna vez a una mujer tan tonta como yo? ¿Por qué dices esto? Una mujer que quiere a un hombre, una mujer de treinta años, pronto treinta y uno, y un hombre que la ama y la respeta. Ella no tiene sino una idea: la de dejarse acariciar, de estar desnuda entre sus brazos, todas las noches, todos los días, la de darle, de ofrecerle todo lo que él pueda desear. Puede hacerlo… pero no lo hace. ¿Por qué? ¡Porque es imbécil! Querida imbécil. Acaricio el pecho y la abrazo suavemente. Fuera el falso pudor. Hermosos senos pequeños, bien perfilados. Los pezones duros como nueces. Levanta los brazos por encima de la cabeza: Mira. Ya no hay el menor rastro de pelo ni a un

lado ni a otro. ¿Se ha ido todo? He arrancado lo que quedaba. ¡Quería estar guapa para nuestra primera noche! Beso la piel suave, después pongo la mejilla entre sus pechos y dormito con una mano en su vientre. Ella respira tranquila, profundamente, feliz. Escuchamos la lluvia en las hojas. Largo silencio. ¿No tienes sueño? Sí. Apagamos.

Durante la noche me despierto varias veces. Siempre la misma felicidad al sentir a Noemia tan cerca. Rabioso deseo de joder. La tranca va a estallar, seguro. Silencio de la montaña, distinto del del campo. Ya no llueve. El sol se filtra por entre los postigos. Hacia las seis, mis intestinos se agitan. Salgo de la cama sin hacer ruido, pero la cerradura gime. Noemia abre un ojo, vuelve a cerrarlo. Llego al cuarto de baño. Suerte que la vieja es sorda; me deslizo como un ratón. Según parece, los vecinos más cercanos están a cien metros. Me lavo un poco con agua fría. Regreso. Sin llegar a despertarse, Noemia se pega a mí como una liana en torno a un tronco. Más caliente que un buñuelo. Me duermo enseguida… Penosa sensación: Noemia se ha ido, estoy solo, el sol ya está alto. Me despierto despacio. Alguien se mueve en el cuarto de baño. Aquí está de vuelta, en camisa, fresca, bien peinada, lavada, radiante. Cierro la cama: Aquí no se entra, señora. ¿Por qué, señor? Esa ropa es indecente, señor, ¡no volveré a empezar! Se quita rápido la camisa y vuelve a acostarse, esta vez al otro lado. Tenemos que conocernos desde todos los ángulos. Creo que jamás podré cansarme de acariciarla y contemplarla. Vuelvo a abrir la cama, me siento a su lado, la estiro, le levanto los brazos por encima de la cabeza, la admiro y la acaricio. Ella cierra los ojos, y sonríe en las nubes. Beso los párpados, la boca, las axilas, los pechos. Me estrecha entre sus brazos y separa los muslos. El chocho se abre; mis dedos se deslizan por el toisón; el botón late. Manoseo. Ella me chupa la lengua, empieza a gozar casi enseguida, arrulla, me coge la polla. El vientre ondula. Goza largamente, sin contracciones, beatíficamente. No tardaré en correrme entre sus dedos. Silencio. Masajeo entre el pulgar y el índice. Jadea, lanza de pronto un grito y vuelve a cerrar, pero sin soltarme. Pasan unos segundos; se gira y traga el

pirulí. Antes de que pudiera acomodarme, descarga. Ella sostiene los huevos. Volvemos a abrazarnos y a dormimos boca a boca.

Cuando me despierto, lo primero que veo es su hermosa mirada fija en mí, adorable. Está sentada en una silla a la cabecera de la cama. Perdone, señor, me he permitido disfrazarme un poco mientras le esperaba. ¿Me autoriza a llevar esta funda mientras dure mi servicio? Autorización concedida, hija mía, pero revocable en cualquier momento. ¿Qué hora es? Las doce y media. ¿Le gustaría lavarse al señor? El agua está caliente.

Resumo. Me lava mientras calienta el almuerzo. Volvemos. El sol quema. Es el paraíso. Me quedo desnudo. Un solo plato y un solo vaso para los dos. Parrillada jardinera. Noemia no come carne. Descorcha otra botella de champán. Aumenta la temperatura. Vuela la camisa. Queso. Frutas. Pastel. Un trozo de pastel, un beso; un bombón, una caricia. Noemia embellece de hora en hora. Regreso a la cama con la botella y un vaso al alcance de la mano. Larga y tierna conversación, mejilla con mejilla, flanco con flanco. Deliciosa temperatura. El sol declina. ¿Es acaso la misma mujer? Una, hace unas semanas carcomida de complejos y de una mojigatería feroz; otra, que permanece desnuda durante horas sin la menor turbación, se sienta de golpe, excitada por el champán, y juega con mis pelotas. Se le ocurre una idea: Querido, ponte de rodillas, por favor. Coge el vaso a medio llenar, mete dentro el pirulí, lo mama, lo lame, vuelve a mamarlo, ríe como una colegiala. ¡Ojalá no oiga nada la vieja! Si apareciera de pronto… Quiero chupar también las canicas; no te muevas, ¡y, está helado! Nueva receta, señoras: canicas con hielo. ¡Mejor todavía que el helado de canicas! Basta de jugar; el pito ya no está tan dócil. Chupa. El universo se esfuma. Me recuesto sin que ella me suelte; se echa sobre mí, pies contra cabeza. Empiezo a flotar en las nubes. De pronto, se detiene. ¿Qué pasa? Se acerca y me murmura al oído: Querido… ¿podrías acariciarme un poco al mismo tiempo? Vuelve a la misma posición, el clavel bien abierto al alcance de mi mano. Ella chupa, yo la toco,

gozamos. Otro descanso y otra tregua. Un vaso de champán para los dos. Dos mamadas en el mismo día; no es lo mismo que dos en dos semanas. Mira el reloj y se sienta: Querido, todos los domingos por la tarde, la señora Morey recibe a unos amigos, y yo estoy unos instantes con ellos, por cortesía. Me aloja casi gratis, no hay que olvidarlo. Si, además, contamos el agua y la luz que nunca pago, las legumbres, las frutas, los huevos que me da todas las semanas, la leña, ¡creo que es lo menos que puedo hacer! Tienes razón gatita; realmente, no puede decirse que es exigente. Ve; soñaré que puedo hacer mientras te espero.

Se levanta, coge el sostén. Le hago no con el dedo. Sus ojos sonríen. Coge la braga y me mira. No. ¿La combinación? Hace calor; bastará con el vestido. Querido, ¡no voy a estar media hora entre esa gente completamente desnuda debajo del vestido! Siempre estamos desnudos debajo de la ropa; no se darán cuenta de nada. La señora Morey y la anciana señora Wollmer, que tiene ochenta años, tal vez no, pero los Collery tienen los ojos bien puestos. Inténtalo por mí. Se pone el vestido, se peina y me abraza. Los pequeños pechos se balancean suavemente debajo de la tela. Me excita saberla casi desnuda entre extraños. Adivinarlo, también la excita a ella.

Todavía no he tenido tiempo de examinar el lugar. Sólida casa del siglo pasado. Habitación muy hermosa. Armario adaptado como colgador-secador-cocinita. Viejos muebles sin valor, pero llenos de sencillez campesina. Se nota la mano de Noemia en el encanto que lo rodea todo. Sólo unos segundos en la ventana, por miedo a que me vean. Bonita vista sobre el bosque. Cojo una vieja edición escolar de *Los miserables* y vuelvo a acostarme.

(…) Pequeña cena de enamorados. Dos candelabros de tres velas. Legumbres, frutas, pasteles, champán. Noemia ha preferido volver a ponerse la camisa que quedarse vestida. Yo también lo prefiero. Me presta su bata. Esta camisa la he comprado para nosotros, querido. He elegido la más bonita, pero no me la he probado hasta que vinieras. No me la pondré más que cuando estemos juntos. Si nos separamos, la

guardaré; toda la vida, si es preciso; y no volveré a ponérmela más que para entrar en la tierra. La boca sonríe, pero la mirada es grave. Te debo las horas más hermosas de mi vida. Los días más hermosos. Las noches más hermosas. Pase lo que pase, hagas lo que hagas, incluso si me olvidas, si me traicionas, te amaré como te amo ahora. Aunque esté lejos, enferma, impedida, miserable. Jamás amaré a nadie ni la centésima parte de lo que te amo a ti… Me entrego a ti, por entero y para siempre. Nunca olvides lo que acabo de decirte. Es sagrado. Jamás lo olvidaré, pichoncito mío. Gracias. Pero espero tener todavía por delante muchas horas hermosas. Vamos a acostamos.

Noche feliz, apacible, confiada. Noemia irradia. El amor más puro se refleja en sus ojos. La velada se ha terminado con una nota melancólica, pero sin tristeza. Nos despertamos en plena noche. ¿Quieres que abra otra botella? No gracias, gatita; el champán me gusta tanto como a ti, pero… ¡has hecho locuras! Nada es demasiado bello. Se aprieta contra mi flanco y me estrecha en sus brazos como si quisiera fundirse en mí. ¿En Saint-Iriex te llaman *señorita Valentina*? Valentina es mi verdadero nombre, es decir… es mi primer nombre legal. Pero, cuando llegué al Jean-Mercier, ya había una Valentina; entonces, me llamaron por mi segundo nombre, que es el que me ha quedado. ¿Y por qué Noemia? Porque en el registro civil lo escribieron así.

Algo impreciso ha cruzado su mirada. ¿Qué quieres decir con lo de tu *verdadero* nombre? Un instante de vacilación. No quiero tener secretos para ti. En voz baja, los labios pegados a mi oreja: Mi verdadero nombre, el que me dio el Abuelo cuando nací, el que he llevado en mi familia durante toda mi infancia, el nombre que no debe decirse más que al marido en la noche de boda y que te digo a ti porque eres como mi marido, porque te lo he dado todo y tengo en ti una confianza, absoluta, es Gaeleg. ¿Galeg o Gueleg? Entre los dos: Gaeleg. Pero sabes, tu nombre, Arnaud, también es un nombre de nuestra gente: Arno. Murmuro: Gaeleg-Arno. Gaeleg, mi mujercita. Arno, mi amor… Volvemos a dormirnos.

Lunes, 4. Me despierto el primero. Noemia duerme de espaldas, como una niña, destapada hasta el vientre, con los brazos doblados por debajo de la cabeza y la respiración profunda. La contemplo con el corazón en un puño al pensar que tal vez hayamos pasado nuestra última noche juntos. Bellas axilas, puras; hermosos senos, pequeños, de pezones granados. Pelusa rubia en el esternón. Podrían contarse las costillas. Sus ojos son bellos, incluso cerrados: bien dibujados, en una línea compacta, suavemente combados. Nunca había observado cuan espesas eran sus pestañas. La vecindad de las cejas, bastantes feas, las oscurece. Trataremos de remediarlo con el moyuelo, si no es demasiado peligroso. En el día naciente, la cara y el cuello han rejuvenecido aún más. Sus ojos se abren, sonrientes: Arno. Gaeleg. Un secreto entre nosotros. Me tiende los brazos. Besos, caricias, palabras cariñosas. De pronto, ríe: ¡Adivina de qué tengo sed! Finjo terror: ¡No, no! Voy más bien a buscarte té, café, champán, lo que quieras… No te muevas, querido. Recoge su camisa en la alfombra y entra en la cocinita. ¿De verdad no puedo ayudarte? Tengo escrúpulos. ¡Guárdalos bien calentitos! Desayuno en la mesa, ventana cerrada; cielo cubierto. Hace fresco. Un cuarto de hora después, hemos vuelto a acostarnos. Largo y silencioso ensueño bajo la mosquitera levantada. Bébelle, la gata de la señora Morey, viene a arañar la puerta. Abrimos. Hay un olor desconocido. Me descubre con sorpresa, me observa largamente, no se deja seducir y vuelve a irse con la cola levantada, escandalizada. ¡Con tal de que no nos delate! Noemia me habla de la lengua sagrada, la de los Ancianos, que los sacerdotes todavía conocen un poco; los demás ya no. Tal vez aún entendiera a los que le hablaran como el Abuelo, pero no sabría hablarla. Dos lenguas es complicarse la vida. Además, hay diferencias entre una comunidad y otra en la misma montaña. A los de Suiza, cuando pasaban a veces, para las fiestas, resultaba difícil entenderlos por su terrible acento. ¿Qué fiestas, Gaeleg? Sobre todo la grande, la del verano, en junio; y la del invierno, a finales de diciembre. Se hacían fuegos, sacrificios, plegarias… Sueño un instante con esta vida prehistórica

secreta, a pocos kilómetros de nuestras ciudades. Constancia de las minorías. Decenas de siglos de inflexible fidelidad, a pesar de las persecuciones, del odio, de la miseria. Gracias a las persecuciones. Para nada.

Cuando nos despertamos, ya se han disipado las nubes y el sol ya está alto. De todos modos, será un hermoso día. Noemia retira sábanas y mantas, se echa, cara a cara sobre mí: ¡Te cubro para que no tengas frío! Se divierte, me estrecha entre sus muslos, pone las manos sobre mis ojos, me besa el cuello, estira los brazos sobre los míos: Te protejo. El pito da media vuelta en el aire y vuelve a caer exactamente delante del conejo. Ríe y baja un poco, la lengua entre los labios. La punta entra. Gaeleg, tu promesa. He jurado no tener «relaciones»; *tener relaciones* era, para el abuelo, joder, hacer el amor. Nosotros no hacemos el amor; tapo un poco a mi amigo, eso es todo, para que esté calentito y no se ponga malo. Baja un poco más, y el nódulo se mete en la misma proporción. Me mira de frente, a los ojos. No digo nada. El conejo le arde. Ella desliza una mano por detrás, levanta el pito, vuelve a deslizarse por mi vientre. Toco fondo. Ella descansa la mejilla en mi pecho. Querido, no me muevo. En efecto, permanece inmóvil, pero los músculos se contraen a pesar suyo. Trata de relajarse, aspira profundamente, retiene el aliento. Le acaricio suavemente la espalda. Gaeleg, mi mujercita querida, te deseo tanto como tú me deseas a mí. Si quieres hacer el amor, hagámoslo, pero no por sorpresa. Decide. Son el corazón y la cabeza los que mandan; el cuerpo debe obedecer. Silencio. Se libera, vuelve a subir, apoya la frente en mi cuello, llora suavemente, mucho tiempo. Las lágrimas corren por mi hombro y caen en la almohada. Se levanta, se sienta con las piernas cruzadas, me sujeta: Arno querido, ayúdame; quiero ser tu mujer, pero he jurado ante el altar. ¿Qué debo hacer? En principio, tanquilízate para poder razonar con claridad. Es la hora del aseo. Pon agua a calentar: hoy seré yo quien te lave; voy a afeitarme. Cuando el agua está caliente, la vierto en la bañera mezclándola con agua fría. Entra. Se queda de pie. Las manos detrás de la nuca. Enjabono como ella, de arriba a abajo, pero sin

procurar excitarla. Si me demoro un poco entre las nalgas, es porque sentí una vaga contracción en el instante en que, por primera vez, le he tocado el ojete. Cierra los ojos; respira hondo. Las manos detrás de la nuca. Abandónate por completo. Imagina que estamos casados desde hace tres años. Sonríe en las nubes. Los muslos. Las rodillas. Levanta el pie. La pantorrilla, los dedos de los pies, ¿te gusta el esmalte para las uñas? Sí, mucho, para las muñecas. ¿Y yo no soy una muñeca? No, tú eres toda una mujer. Secado. Agua de Colonia. Dentífrico. Crema. Peinado. Arreglo. En el momento en que volvemos a cruzar el pasillo, la voz de la viuda Morey nos golpea el tímpano, al pie de la escalera: «¡Señorita Valentina!», tan cercana que nos sobresaltamos. Entro de prisa en la habitación. Noemia se arregla la camisa y va hasta el rellano: ¡Sí! ¡Qué bonita camisa! No la hemos visto todavía esta mañana. ¿No estafa enferma? Estoy cansada; descanso. ¿El tendero no ha pasado? Son más de las once; no tardará. Rehacemos la cama. Bébelle debió irse de la lengua. La camioneta del tendero. Noemia se quita la camisa, se pone el vestido haciéndome un guiño, coge el bolso y sale corriendo. Sueño. De la calle llegan voces. Si entrara la viuda Morey, tendría un ataque: Se dan cuenta, un hombre en la cama de la pequeña Valentina, una joven tan seria, si no llego a verlo, ya no hay juventud. Oigo a la joven depositar un paquete en la planta baja: Esta noche haremos cuentas, tengo agua en el fuego. Entra y cierra con llave, las mejillas achispadas, los ojos sonrientes. Se quita el vestido: Hay bochorno, habrá tormenta. Es la primera vez en mi vida que compro casi desnuda delante del comerciante. Tenía la impresión de que él se daba cuenta. Y, más bajo: ¡Eso me excitaba! ¡Pillina! ¿Puedo ayudarte? No, gracias. Leo distraído una página de *Los miserables*, pero mi pensamiento está en otra parte. (…) Almuerzo delicioso. La radio transmite *La flauta mágica*. Todo lo que hace Noemia es esmerado. El helado está casi derretido, pero el champán está a punto de hielo: había calculado justo. Tomamos café cogidos de la mano. Empieza a notarse la angustia: el autocar es a las cinco y media de la tarde. De pronto, se sienta en la alfombra, en el centro del

rombo deslumbrante que señala el sol. Mira en mi boca: la lengua, los dientes. Quiero que lo conozcas todo de mí, hasta el interior. Debajo de la lengua. Acepto el juego y observo el fondo de la garganta, las ventanas de la nariz, las orejas, el cuero cabelludo. Intuyo adonde quiere llegar. Mira bien mi ombligo. Ahora, el estuche. Separa bien los muslos, se estira la muesca, abre el canal. El sol ilumina la hermosa mucosa fresca. Tienes que poder recordar todos los detalles; mira bien. La voz se altera. La angustia va aumento, aunque el botón le arda. Todo baña en jugos. Toco cada repliegue. Ve hasta el fondo. Toco. Beso. ¿Lo ves todo? He visto todo. No. Se pone de rodillas, dando la espalda al sol apoyando la frente en el suelo. Aparta las nalgas y examina bien. Acaricio suavemente el conejito y el ojete, hundo alternativamente el dedo en uno y otro. Empieza a gozar, al mismo tiempo encantada y algo escandalizada; después, se pone un poco de lado y me chupa al mismo ritmo. Acelero, acelera. Muy pronto vuelve a caer sobre el flanco, pero no se interrumpe más que un instante. Cuando puede, termina su tarea. Regresamos a la cama sin soltarnos. La llevo casi. Larga charla susurrada boca a boca, sin pies ni cabeza. De pronto se ríe: ¡Mi flauta mágica eres tú! Después, llora con grandes sollozos. Sé en qué piensa. Tengo el corazón tan encogido como ella. Nunca más dispondremos de dos días como éstos… Como éstos, que eran los primeros, pichoncito, seguramente no; pero tendremos muchos otros, tal vez menos conmovedores, tal vez más íntimos. Como mejor nos conozcamos, más feliz será nuestra unión. Silencio. Cinco minutos más, señor verdugo. Es la hora. Nos vestimos sin hablar. Corbata. Zapatos. Gabardina. Antes de abrir la puerta, se vuelve: Querido, nunca olvides lo que te he dicho ayer. Te quiero, Gaeleg; nada podrá separamos más que la muerte del último de nosotros. Una mirada a la habitación. Nos fuimos.

Espera en el refugio de la parada del autobús. Otras dos personas. No nos conocemos. Llegada del autocar. Parada frente a la puerta del sanatorio. Bajada. Buenas noches, señor. Hasta mañana, señora. Finge entrar en una tienda; vuelve a pie. Tengo que recuperar mi llave en casa de Séreny.

Mirada sorprendida sobre mis rasgos extenuados. Agradecer. Subir una planta. Nada ha cambiado. Desvestirse. Acostarse. Solo.

(…) He pasado por lo del joyero para encargar una larga cadena de oro, de malla fina, que pide «a la ciudad» por teléfono en mi presencia. Tres o cuatro días de espera.

(…) Gatito mío, he pensado en tu problema. En mi opinión, se reduce a la siguiente cuestión: ¿Un juramento, impuesto a una niña de quince o dieciséis años… —Trece—… tiene un valor absoluto, o sea es definitivamente inviolable, o no tiene más que un valor relativo, o sea que debe considerarse tan sólo como una promesa hecha a determinada persona? En el primer caso, te has comprometido; en el segundo, muerto tu abuelo, eres libre. Basta responder a esta pregunta. ¿Quién puede hacerlo? Ni tú ni yo; seríamos jueces y partes. Supongo que no admitirás que un cura, un pastor o un rabino resuelvan el caso por nosotros. Por lo tanto, deberemos someter el problema a un sacerdote que esté al corriente de los principios de la Verdadera Religión. ¿Conoces a alguno? No. Si pides una semana de vacaciones y vuelves a la montaña, ¿habrá tiempo suficiente para encontrar a uno preguntando a la gente que ha conocido a tus padres? Hace casi diez años que no voy. No sé siquiera si sabría encontrar nuestro monasterio. Además, tendría que dejarte una semana con el poco tiempo que tenemos para estar juntos… ¿Por tu hermana, por un vecino, por tu madre incluso? Voy a pensar en todo eso.

(…) ¿Han cambiado nuestras relaciones? ¿Estos dos días de perfecta intimidad han satisfecho de tal modo nuestros deseos que ya no tenemos nada que esperar? ¿Estamos saturados el uno del otro? Seguramente no. No a las preguntas. Sin embargo, algo falla entre nosotros. Me preocupa. Busco, ¿la he decepcionado? ¿Es ella la que ha cambiado? ¿Es una ilusión? ¿Un error, un falso problema? Aquí no podemos estar tan próximos, tan íntimos, tan consubstanciados como en Saint-Iriex. Estamos siempre sobreaviso, con una oreja pegada a la puerta o un ojo a la ventana, por si la cabeza de Pellisseau aparece por encima

del hombro… ¡Pronto, el próximo fin de semana!

(…) La cadena ha llegado. Muy bonita. Idéntica al modelo: un eslabón redondo, el otro oval, el otro romboidal y así. Quizá sean demasiado finos. Temo que no sea tan sólida como esperaba. En el cierre están grabadas nuestras iniciales: G. A. Cuando Noemia viene al mediodía a pasar un momento conmigo durante el almuerzo, se la enseño: ¿Qué te parece esta cadena? Muy bonita; ¿por qué? ¿Te gustaría? Empieza a entender. Su rostro se ilumina. ¡Por supuesto! ¿Por qué? Es nuestro anillo de bodas. Levántate las faldas, gatita mía. Se la sujeto alrededor del talle, con el cierre delante. Longitud precisa: pasan fácilmente dos dedos. La cadena de seguridad acaricia justo el ombligo. Tierna Noemia. Su mentón se pone a temblar. Me abraza locamente, con los ojos en llamas, las manos heladas. Vuelvo a acostarme y ella se echa encima de mí. ¡Es demasiado bonita, querido! Nunca me la quitaré. Me rozará la piel, oculta. Como nuestro amor. ¡Ahora no falta más que un detalle para que estemos realmente casados! Sus ojos lloran y ríen. Pasa la lengua sobre mis labios. Mimos. ¿Has mirado bien el tablero del servicio? ¿Cuándo volveremos a tener dos o tres días *en casa*? ¿Quieres? ¿Cómo si quiero? Me muero de impaciencia por que tengas dos días libres y me preguntas… No me deja terminar: ¡Oh, querido! ¡Estaba tan triste! No hablabas de volver, pensaba que te habías aburrido, no me atrevía a decir nada… ¡Noemia, Noemia! ¡Cómo te atreves a decir estas cosas! Sacrilegio. Hemos pasado dos de los días más bellos de nuestra vida. No pienso más que en encontrar pronto otros dos… ¿Sabes que te merecerías una azotaina? Levanto su falda, pero, en el momento de bajarle la braga, recuerdo que el biombo está doblado. Si Pellisseau… Le doy unas palmadas simbólicas en las nalgas. Los ojos lloran, la cara ríe. Entonces, si quieres, he pensado en algo: el viernes 22 es la fiesta del Sol, la fiesta más importante del año para nosotros. El Sol es el Padre de nuestro pueblo. Propondré a la señora Ferrier reemplazarla yo el domingo 17 y que ella me reemplace a mí el 22. Así tendríamos tres días, desde el jueves por la noche al domingo por la noche. Pero claro que quiero. ¿Por qué no me lo dijiste

antes? No me atrevía, tenía miedo de molestarte… Te castigaré. Tiemblo… Corre ahora mismo a ver a la señora Ferrier y traeme la respuesta. ¡Vamos, vamos! Ya deberías estar de vuelta… Corre. Termino de almorzar. Cinco minutos. Ya está de vuelta, sin aliento, con las manos en las caderas. Sostiene la cadena: Creo que funciona. Esta noche hablará con su marido y mañana por la mañana me dará la repuesta. Pero, si yo no hubiera preguntado nada, tú no le hubieras hablado… No, ya te lo he dicho: tenía miedo… Te castigaré. Se hace pasar por una escolar contrita y se muerde el labio: ¿Me pegarás? Peor que esto. Aterrorizada y fascinada: ¡Oh, querido, dime cuál será mi castigo! Lo sabrás muy pronto. Sé bueno, querido: ¡no vas a dejarme sobre ascuas hasta el 22! Sí, precisamente: forma parte del castigo… Además, así tendré tiempo de inventarme uno.

(…) Noemia: El pastor Miller se ha marchado por fin sin que yo tuviera que soportar demasiados discursos. Me ha dejado un librito y me ha recomendado que lo leyera siempre que una voz interior me lo sugiriera. Ayer por la noche, he probado. Volveré a hacerlo. ¿Crees que vale la pena? Eres tú quien me lo dirá.

(…) Querido, ¿te acuerdas de lo que te dije acerca de los tanteos y de por qué ya no quería hacerlos? Me dijiste que no los dejara de golpe, sino progresivamente. No me quedaban más que dos, una vez al mes cada uno. Me dije que lo haría con los dos el mismo día para librarme del asunto, y que ya no volvería a empezar. Pero como más se aproxima la fecha, más me angustia. Antes me divertía. Ahora soy tu mujer. Sé que me quieres, que me respetas, y ya no quiero hacer eso con nadie. Salvo contigo, por supuesto, si lo deseas. Desde hace un mes he descubierto muchas cosas. He sentido el amor que sientes por mi cuerpo. Sé lo que significa el tuyo para mí. Ya no podría bromear con estas cosas. Hacerle una paja a un enfermo, incluso a un amigo, simplemente para hacerle un favor o por juego, vale para una chiquilla o para una mujer sin hombre. Yo, ya no puedo. Pensaría en el buen sabor caliente y salado de tu leche en mi garganta; tendría la impresión de engañarte. No, no puedo, no quiero. ¿Qué les

voy a decir? En principio, no tienes que dar una explicación. En la práctica no sé cuales son vuestras relaciones. Si son realmente amigos, les parecerá extraño que les niegues un pequeño servicio una vez al mes, ahora que ya lo has hecho cien veces. Trata de ganar tiempo. Cuanto más tiempo pase, ¡más ganas tendrán! Es verdad. En lo que a mí se refiere, comprendo tus escrúpulos y te los agradezco; pero, si lo haces sólo como un favor, cuando es realmente indispensable, no me sentiré disgustado.

Tal vez hubiera sido más hábil compartir la opinión de Noemia. Es lo que ella esperaba. Pero no hubiera sido sincero y, además, la súbita interrupción de los «tanteos» provocaría reacciones, celos, denuncias, cuyas consecuencias tendría que soportar ella. Mi respuesta ha debido decepcionarla al comienzo, pero ahora conozco su intuición, su inteligencia y su coraje. Ella juzgará. Además, si todo va bien, tendré que irme en septiembre u octubre. ¿Vale más que ella abandone este hábito y lo retome después, o que lo mantenga?

(…) Hemos tenido que volver a poner la mezcla de moyuelo en la axila izquierda, porque volvía a aparecer el vello. Hay que dejar el tiempo necesario para que la hierba haga su efecto hasta la raíz. Pongo también un apósito impermeable en cada una de las caras internas de los muslos. Los pelos llamados púbicos sobresalen de la braga y bajan a cada lado unos diez centímetros, negros y rizados, pese a que tiene el pelo de la cabeza trigueño, casi rubio. El éxito obtenido en la axila derecha ha impresionado a Noemia (a mí también). Ahora está totalmente decidida a continuar: las pantorrillas, los antebrazos, los esparcidos por los omóplatos, el esternón, los lomos, etc. Pero todavía no revelo mi proyecto que consiste en depilarlo todo, incluidas las mejillas, la felpilla, la frente, una parte de la nuca, la mitad de la cejas, etc. Podría disgustarse. Prefiero ir despacio.

(…) Domingo, 10. La señora Ferrier está de acuerdo para el 17 y el 22 de este mes, pero pide el mismo favor, al revés, para el viernes 13 de julio. Tiene tres hijos. Imposible negarse. Más vale pájaro en mano que ciento volando.

Palabras encantadoras de Noemia: Es muy agradable para

una mujer enamorada pensar continuamente en el amado. Mientras caminas, trabajas, almuerzas o te bañas, él está allí. Yo pienso en ti sin parar, de la mañana a la noche. Y, por la noche, sueño contigo. Además voy a confesarte otra cosa: por la noche, cuando he apagado la luz, cierro los ojos, cojo mi almohada como si fueses tú, te hablo en voz baja, te cuento todo lo que no he tenido tiempo, o no me he atrevido a decirte, lo que he inventado… ¿Y yo te contesto? Claro. A veces hasta a mí misma me sorprende tu respuesta. Pero, al pensarlo, resulta que siempre tienes razón. Das buenos consejos, ¿sabes?

(…) Noemia ha descubierto nuestras iniciales en su cadena, y esto la ha emocionado más que el objeto mismo. ¿Las has grabado tú? No, gatita, las ha grabado un orfebre de Evian. Tengo que explicarle: el joyero, el catálogo, el teléfono, el encargo, el grabado, deprisa-corriendo ¿para mí sola? Nunca haré lo bastante por ella.

(…) Martes. Estos días Noemia está de servicio en el pabellón de mujeres y no puede ausentarse durante el día. Viene después de cenar a dejarse mimar un poco antes de regresar a Saint-Iriex. El 22 está todavía lejos. Desliza suavemente el cerrojo, se desviste en el cuarto de baño, conserva la combinación hasta llegar a la cama y no se la saca más que una vez acostada. Desde que, cierta noche, creyó percibir la cabeza de Pellisseau perfilada en el cielo claro cuando estábamos acostados en la cama, ha redoblado sus precauciones. Nunca se había dado cuenta de que basta llevar una silla a la terraza y subirse a ella para ver, por encima del tabique metálico, casi toda la habitación contigua. Esto la molesta terriblemente: no se goza bien si hay que estar alerta en el momento álgido de la voluptuosidad, si no puedes destaparte ni gemir ni hacer ruido. Ni siquiera chupar el pirulí resulta tan bueno si hay que estar bajo la sábana sin moverse. ¡Pronto, el 22!

(…) Noemia llega muy excitada: ¡Ven a ver, querido! La sigo al cuarto de baño. Buenas noticias: está otra vez indispuesta y ha aumentado 600 gramos (cuando había rebajado 300 la semana pasada). Además, ¡mira! Se abre la

blusa, aparta el sostén. Sus pechos han aumentado; están duros y parecen casi llenos. Tócalos. ¿Te das cuenta? La piel, más tensa, es más dulce, más tibia. Están desconocidos. Embelleces día a día, gatita. Beso con dulzura. Se alegra por mí, y por ella. Tenías razón: toda una mujer.

(…) Domingo, 17. Esta noche hice un plan. ¿Un plan, gatita? Sí. Mi Plan dice lo siguiente: Primera etapa: nos curamos rápidamente y por completo. Tres meses. Segunda etapa: vuelves a Dijon; durante el invierno, trabajas media jornada; en primavera, ya has recuperado el ritmo. Seis meses. Tercera etapa: me buscas trabajo en la Asistencia o en una guardería o en un clínica. Tres meses. Cuarta etapa: me instalo en un piso de dos habitaciones con cocina, cerca de tu estudio. Quinta etapa: arreglamos el asunto de mi juramento, me haces uno o dos hijos, los crío sin pedirle nada a nadie; nos vemos con la mayor frecuencia posible. Somos felices. Este es mi Plan para el período
1951-1954
; espero tus objeciones. Decididamente, mi Noemia se transforma a ojos vistas. Estoy totalmente de acuerdo, gatita, en cuanto al objetivo a alcanzar; en cada etapa habrá obstáculos, pero ninguno me parece insuperable de antemano. Ella esperaba una batalla de argumentos, punto por punto; mi aquiescencia la perturba. Se pone agresiva: Quiere decir que te parece tan idiota que ni siquiera quieres discutirlo. No contesto, cojo el libro de tumo y me pongo las gafas. Se levanta de golpe y sale dando un portazo. Está realmente herida. Habría tenido que mostrar más entusiasmo. Pero ¿cómo exaltarse con un proyecto tan lejano y basado en hipótesis tan frágiles? En primer lugar, nada prueba que nos curemos total y rápidamente. En segundo lugar, ella nunca ha vivido más que en lugares altos. La veo mal en la ciudad, con el humo de las fábricas y las verduras contaminadas; no duraría un año. En tercer lugar, es más que probable que ya me hayan más o menos reemplazado en la oficina; en cuanto a retomar el ritmo en seis meses, lo dudo. En cuarto lugar, conseguir trabajo cuando no se tiene ni experiencia ni diplomas, cuando no se tiene dinero ni relaciones, es pura

fantasía. En quinto lugar, aun si se pudiera franquear el obstáculo del juramento, para educar debidamente a los hijos hay que tener salud, equilibrio, medios, conocimientos, una ayuda de la que ella carece… a menos que encuentre a un buen muchacho que se case con ella. No puedo hablar de eso en este momento.

Nada de Noemia durante la mañana. Esto empieza a fastidiarme; este malentendido tiene que aclararse antes del jueves, si no, nuestro fin de semana se irá al traste. A mediodía, llega con su hermosa mirada turbada: Querido, perdóname. Una vez más me he portado como una tonta. Frunzo cómicamente las cejas: No tiene importancia. Te castigaré doblemente. Ríe, le saltan las lágrimas, abro los brazos. Después de cinco minutos de mimos: No volveré a hablarte de esto. ¡Pero yo sí quiero hablar de esto! Expongo mis argumentos. Se queda trastocada. Tiene que comprender que, en el fondo, su proyecto me seduciría mucho y que, si es aparentemente irrealizable, es porque es irreal, pero que esto no nos impide tratar de descubrir otro camino para alcanzar el mismo objetivo: Precisamente, en estos últimos tiempos, he estado pensando en esto y tengo algo que proponerte ¿Habías pensado en nuestro futuro y tienes además una solución? La alegría la invade como el agua que sube por un pozo. ¡Dímelo pronto! Es la una, estás sola, llegan las visitas, te lo diré mañana, vete. Querido, por favor, dos palabras. Imposible, éste será tu castigo. Querido, ¡te lo ruego! Preferiría que me pegaras antes que hacerme sufrir así. Muy bien, es precisamente lo que quiero; vete, rápido. Se va retrocediendo, atormentada y encantada.

A las ocho, antes de irse. No he vuelto a verla desde el almuerzo. En cuanto descansa la cabeza en la almohada y agarra el talismán vuelve al ataque: Querido, por favor, dime qué has pensado para nuestro futuro. La mirada es ansiosa. Sería cruel hacerla esperar más tiempo. He pensado que lo que haces aquí no es un verdadero trabajo de enfermera, que no aprendes nada, que te pagan mal, que tienes que conseguir el diploma del Estado, que para esto tienes que inscribirte en un curso por correspondencia, que yo te

ayudaré a empezar y que, si lo deseas, podemos empezar inmediatamente de la siguiente manera: tu *gran amiga*, la bibliotecaria, la señorita de Buille, me indicará los libros pertinentes; hay muchos aquí y yo te haré estudiar, por ejemplo un poco de anatomía para entrenarte. A medida que hablo, sus ojos brillan, la sonrisa se acentúa, la mano aprieta. Cuando termino, sus besos responden por ella. De acuerdo por supuesto, en todo. ¿Cómo no había pensado antes en esto? Lo único que la sorprende es que me hagan falta libros: sólo para refrescar la memoria, sin duda, ¿sabes que estoy sedienta de ti, querido, y que ayer ya no te he bebido? ¿Sabes por qué? Porque vamos a tener tres días y tres noches para nosotros y quiero que llegues *a casa* en buena forma. Te lo digo para que no pienses que lo deseo menos. Si me atreviera, te bebería dos o tres veces al día: una vez al despertar, cuando el pirulí está tan hinchado que basta ordeñarlo un poco para que estalle; una vez antes del almuerzo para abrir el apetito; una vez después del almuerzo, que es cuando más gozas, y una vez antes de dormir ¡para tener hermosos sueños llenos de enormes huevos! Río con ella de la imagen y de su manera de calcular. Cuando habla, siempre hay una parte de fingida ingenuidad, un poco de ingenuidad intencional y otro poco de ingenuidad involuntaria.

(…) Trabajamos de arrancapelos en la gran campaña de desmonte. Noemia está sorprendida de los resultados obtenidos, que son realmente espectaculares, y le entusiasma la aventura. Todo lo que hemos emprendido ahora ha surtido efecto: las axilas (salvo el retoque impuesto por la depilación prematura), los muslos, los omóplatos, el esternón, las caderas. Según ella, quedan las pantorrillas, los antebrazos y sobre todo la cara. Ni una palabra sobre el bosquecillo, que, sin embargo, espero reducir en tres cuartas partes, cuando no al rape. Procedamos por orden. Ya no tenemos tiempo antes del jueves de atacar una superficie grande, pero, para complacerme, Noemia quiere estar lo más depilada posible antes de nuestro fin de semana, y sobre todo probarme que todo lo que yo deseo le sienta bien a ella. Corto un pequeño

apósito triangular para el ceño. Expando, resguardo, pego entre las cejas, al milímetro exactamente encima de los pelos a eliminar: ni uno más ni uno menos. Protegemos las cejas con otros dos apósitos, secos éstos, destinados a impedir que la hierba alcance, por capilaridad, la zona a proteger. Si todo va bien, antes del domingo estará libre de ese odioso entrecejo.

(…) 20 de junio. Noemia ha decidido consultar al Viejo de la Montaña sobre la validez del juramento impuesto por el abuelo. Tiene que saber a qué atenerse y, pese a su repulsión a exponer el caso a un extraño y a su fastidio por tener que dejarme durante una semana, ha tenido una gran discusión con la señora Angeli para hacerle modificar el horario de turnos. Resumiendo: podrá tomarse una semana, del 21 al 27 de julio, pero, a cambio, sólo tendrá quince días de vacaciones. Antes, imposible. Lo he preparado bien: yo tenía trece años; él me llevó muy lejos, a una cima; preparó el altar, dijo las plegarias, interrogó las hojas, sacrificó el pollo, examinó el hígado y me obligó a repetir una fórmula; yo estaba enferma, trastornada por el embarazo, el aborto, la emoción, el miedo; apenas si entendía las palabras. No se escribió nada; ni siquiera estoy segura de no haber olvidado lo principal. ¿Es que puede empeñarse la vida entera de una mujer a los trece años por el capricho de un anciano? No insistas mucho con lo de la edad; tal vez él también sea viejo. Si no quiere escuchar, consultaré a otro. Noemia no violaría su juramento por nada en el mundo; mejor morir. Además, si lo violara moriría muy pronto. Pero está decidida a que le digan que ya no es válido. Acepta un billete destinado a pagar los gastos de viaje, a condición de que quede claro que se trata de un simple adelanto sobre mi participación en los gastos de educación de nuestros futuros hijos. De acuerdo.

(…) Ya van tres tardes que dedico a preparar el primer curso de anatomía de Noemia. Las frases más cortas, las palabras más simples, muchos dibujos. He comprado una carpeta con anillas y un paquete de hojas. Le dictaré o le haré volver a copiar las primeras páginas en su casa, el viernes o el sábado, juntos. Para despertar su interés, el capítulo I será

«El aparato genito-urinario del hombre». Si se interesa, pasaré al de la mujer, después al aparato respiratorio, luego al digestivo, después, al corazón y a la circulación sanguínea. Tomo notas.

(…) Jueves, 21. Séreny acepta otra vez ocuparse de las bandejas, pero es evidente que desaprueba. En caso de más salidas, tendré que buscar a otro. ¿El pequeño Roland? Es peligroso estar a merced de un muchacho tan joven y emotivo. Hace unos días olvidé anotar que Noemia me confesó que, en el transcurso de una conversación con Colinette, se le había escapado «hablar un poco de nosotros». Colinette es una de las enfermeras del pabellón de mujeres, una antillana un poco gorda pero muy guapa, que es «estupenda», según Noemia, pero no muy lista. Según parece, no dirá nada. ¿Qué sabe exactamente? Que nos entendemos bien y que, *de vez en cuando*, pasamos un fin de semana juntos. ¿Sabe lo del jueves? Sí. Desagradable impresión de oír cerrarse una trampa a nuestras espaldas. Noemia espera tantos reproches, que considera merecidos, que prefiero no decir nada: sus remordimientos serán mejor castigo que cualquiera que pudiera inventar yo.

Ligera mejora del panorama general: Noemia ha cogido discretamente una de las llaves de la lavandería y me la ha dado por la tarde. Así, puedo salir hacia las ocho y media al jardín y llegar a la carretera por el bosquecillo. (Pregunta: ¿Es preferible ser visto en el jardín por Collé que en el vestíbulo por el vigilante?). Ningún imprevisto. Taxi. Detengo el autocar. Esta vez viajo solo. Conozco el camino. Viento fresco. Noemia está en su ventana: esto significa que todo va bien, que la señora Morey está acostada y la puerta de entrada entreabierta. Jugamos a conspiradores. Cierro y subo silenciosamente. Noemia me espera arriba, en camisa, más guapa que nunca, con los ojos resplandecientes, la sonrisa tan feliz que habría que tener corazón de piedra para resistir su alegría. Cuando el vello haya desaparecido, estará aún más guapa. Nos abrazamos un momento en el pasillo. Su carne quema a través de la tela. Entramos. Alegría profunda al estar otra vez en casa. La misma cena con velas, el mismo fuego de

leños, el mismo champán en el cubo. Este era el instante que esperaba. Estoy más conmovido de lo que desearía. Noemia me desviste rápido, despliega una bata nueva y miente tan descaradamente que reímos como niños: ¡La he encontrado en un cubo de basura! Un solo sillón frente a la mesa; se queda sentada en mis rodillas, tan ligera, tan dulce, tan cálida, que le tomo gusto a esta camisa que la disimula y la revela a la vez con tanta ternura. Las llamas proyectan fulgores movedizos en toda la habitación. Hay que comer una ración de tarta, un bocado para ti, otro para mí; beber champán, guarda un sorbo en la boca, ahora pásamelo a mí; así resulta mejor; ¿un poco más de tarta, querido? Toma, coge peladillas, come ésta; mientras tanto, te bebo un poco ¡estoy que ardo desde el sábado! Yo mismo lo deseo demasiado como para resistirme. Inocente astucia: se arrodilla en el cojín y entreabre lo más posible su escote para mayor regocijo de mi vista. Hermosos pechos pequeños, redondos; más llenos, más tersos cada día; los pezones mismos, de castaño claro pasan a ser castaño oscuro; más granados, más duros entre los dedos a medida que Noemia se hace más mujer. Se interrumpe un segundo para decirme: «¡Bebe al mismo tiempo, así lo sentiré llegar!». Bebo y gozo; ella traga ronroneando y vuelve rápidamente a mis rodillas. Después de cada mamada, he observado que se queda un momento con los ojos cerrados y los labios apretados. ¿Lo saboreas? No es aquí donde es mejor —y señala la garganta —, sino aquí —y señala el corazón—. Horas deliciosas. Todos los placeres reunidos. La carne apaciguada, el estómago satisfecho, el cuerpo caliente, el espíritu libre, la mujer feliz, ligera, graciosa, tierna. Es inútil hablar. El viento se arremolina, las llamas danzan, el fuego crepita. ¿No tienes frío, gatita? ¡Oh, no!

Espléndidos ojos negros, tan amorosos, tan orgullosos. Querido, dentro de algo más de un mes podremos hacer el amor día y noche, ¡hasta morir! No sabes cuán feliz sería si llevara un hijo tuyo. Sería difícil educarlo, me doy cuenta. ¡Pero llevarlo! Nueve meses en la mayor felicidad que podría imaginarse. Querría llevarlo nueve años. Se levanta, se quita

la camisa, gira lentamente. Mira. Las axilas, los muslos, las caderas, todo está perfectamente limpio. La cadena reluce con calidez. ¡Toca! La piel es tan suave en el hombro como en el cuello. Dos observaciones: el ceño se ha aclarado un poco, pero las tres cuartas partes del pelo permanecen intactas. ¿Habremos aplicado la suficiente cantidad de producto? En cuanto a la pelusa, parece aún más invasora como más limpio esté el resto del cuerpo. Primero, tendremos que suprimir esto (señalo la línea estrecha de pelos dispersos que sube del pubis al ombligo, exactamente a lo largo del eje), después esto (los que se extienden por la ingle). Opina lo mismo, come una pasta, vuelve a sentarse en mis rodillas. ¿Y si nos acostáramos? Pensaba en eso pero no se atrevía a sugerirlo. Aseo, puerta, cama. Cuchicheos en la almohada. Caricias, penumbra. Cuando mis labios se cierran sobre el pecho más cercano, siento que, inconscientemente, sus muslos se abren. Mi mano es como aspirada. Vuelvo a encender la luz. ¿Por qué? Voy a mostrarte algo que te va a divertir. Le brilla la mirada. Me estiro de espaldas. Siéntate a caballo sobre mis muslos; toma el pito con una mano; abre con la otra; acaricia el botón con el nudo. En tres segundos, lo ha entendido. Primero sonrisa de reconocimiento y, después, éxtasis. Es todavía mejor que con el dedo, más gordo, más caliente, suave. Oriento la lámpara de la mesilla hacia la escena y observo atentamente para asimilar bien su ritmo. Con el pretexto de humectarlo, por momentos se introduce a fondo el tarugo, lo saca enseguida y reemprende el masaje. Poco a poco palidece, cierra los ojos, aprieta las rodillas contra mis caderas. De pronto, se lo mete de golpe y se pone a vibrar frenéticamente. La cadena danza. La desmonto y termino con la mano. Grita y se desmorona. ¿Cuál será su reacción? Tomo la delantera: Perdóname, gatita, pero creo que valía más que interviniese, porque, si no habrías roto tu juramento y me habría remordido demasiado la conciencia. Esboza una sonrisa confusa, se aprieta contra mí, me abraza y se desliza en el agua negra del sueño. Apago y me duermo lentamente.

Es de noche. Ruido de postigos desconocidos. Abro un ojo. Media luz; Noemia está en camisa, a la ventana; mira. La

observo un momento y me encuentro en el mar, entre Córcega y Niza, dando la mano a los niños sobre el puente de un barco. Cuando vuelvo a despertar, ella está de nuevo bien pegada a mí, desnuda y caliente, la mirada brillante. Me abraza y toma su talismán. Olor a dentífrico. ¿Ya te has levantado? ¡Hasta me he lavado! Querido, tengo que hacerte una proposición. Son más o menos las ocho. Hago el té mientras te desperezas. Tomamos el autocar de las nueve. Te dejas guiar. Yo también tengo algo que te interesará ver. De acuerdo. Un beso en el pirulí, uno en cada huevo, y se pone de pie. ¿Cómo salir y tomar juntos el autocar sin llamar la atención? Desayuno frente a la ventana. Hay tormenta en el aire. Noemia se arrodilla: ¿Dejas que me lo quede un momento en la boca? Vamos a estar vestidos muchas horas; me parecerá demasiado tiempo si no te saboreo un poco antes de salir; prometo no hacerte correr. Desliza el pirulí entre la encía y el carrillo, primero a un lado y después a otro, juguetea con mis bellotas, se detiene. Respiro hondo durante un minuto; lo suelta lentamente, a disgusto, lame el tronco una vez y lo envuelve en un pañuelo. Te lo devuelvo; cuídalo bien. No olvides que es mío. Bella sonrisa de mujer enamorada. Asearse. Vestirse. Había preparado el día anterior una comida fría en una cesta. Su expedición no había sido improvisada. Me señala que también pone en la cesta el sostén, la braga y las enaguas, orgullosa de haberlo pensado ella sólita. Gracias, gatita. Mis instrucciones son claras: salir de la casa mientras ella entretiene a la señora Morey en la cocina. Llegar a la parada. No hablarle cuando llegue. Subir al autocar de las nueve. Sentarme lejos de ella. Pedir que me bajen en Prat-Duleu. Esperar en el refugio de la parada. Ella bajará en el Chemin des Cales y volverá a pie. Todo sucede tal como ha sido planeado, salvo que dos vecinas de Saint-Iriex, que esperaban el mismo autocar, han subido detrás de la señorita Valentina y charlado con ella durante todo el trayecto. Veinte minutos de viaje. Subimos sin parar. Bajo en Prat-Duleu. Me meto en el refugio y vuelvo a salir enseguida: el banco está a pleno sol. Me siento atrás, en unos pedruscos. Silencio. Zumbido de insectos. Brisa ligera. Pasa un cuarto de

hora. Anormal. Otros diez minutos antes de distinguir la silueta de Noemia. La muy despistada se ha olvidado de bajar en el Chemin des Cales; no se ha dado cuenta enseguida y ha tenido que caminar dos kilómetros bajo el sol, con la cesta… Recupera el aliento a la sombra. Se intuye que va desnuda debajo del vestido, pero no digo nada; lo excitante es, en realidad, el peligro. Tomamos un sendero que sube y que se pierde entre los árboles. Totalmente desierto. Ni una casa ni un alma viviente, ni un pájaro en el cielo. Pedruscos y rocas. Ni siquiera hierba. ¿Queda lejos? Cinco minutos. Ella guía: Mira bien por dónde caminas; hay serpientes. Cuando llegamos, estamos bañados en sudor. Hermoso claro. Noemia extiende una manta, coloca dos cojines e infla un colchón. Lo ha previsto todo. Señor, ésta es mi casa; póngase cómodo, se lo ruego. Nos desvestimos y nos tumbamos. Sin moverse, la temperatura es deliciosa. Ella mira la hora. ¿Esperas a alguien? Ya verás. Lectura del cielo. Gritos de pájaros, nubes a través de las ramas. Silencio. A las doce menos cinco, saca de la cesta una bolsita y me lleva hacia una roca lisa, en lo más alto. Han excavado en ella una pila cuadrada, con un desagüe en la parte más honda. Mira, querido, es un altar hecho por los nuestros, estoy segura; lo reconocería entre mil. Echa los granos de la bolsita en la pila cuadrada, me toma de la mano, la coloca plana en su cadera, encima de la cadena. Es mediodía, querido. Reza al Sol junto conmigo para que proteja nuestro amor. Todos los Ancianos nos ven y nos escuchan. La soledad incita al recogimiento. El lugar es salvaje, no hay por qué esforzarse para creer. Noemia levanta la cabeza hacia el cielo con los ojos cerrados, la mano en la mía. Cuando se vuelve hacia mí, sus ojos están empañados pero su sonrisa es feliz. Gracias, querido. ¿Has oído las ramas? A partir de ahora, ya no temeré por nosotros. —Volveremos a bajar. Almuerzo ligero. En los postres, empieza a acariciarme. Ya sé en qué está pensando: ¿Te gustó lo que te enseñé ayer? Muchísimo, salvo que tú no gozaste. ¿Quieres que te enseñe otro juego? ¡Sí! ¿Conoces muchos así? Qué feliz soy contigo, por ti… Me echo en el colchón: Pon tus rodillas aquí, túmbate sobre mí, pero al revés. Abro el conejo. En

cuanto mi lengua le toca el botón, comprende. Olor fuerte y sano. Atenta ante todo a mi placer, no se abandona al suyo hasta no estar segura de que la polla está vacía. Largo bufido, casi ahogada por el pirulí. Ella hinca el diente. Nos separamos un minuto para reponer fuerzas. Y volvemos a entrelazarnos. La cadena queda grabada en mi torso. Dulce mimo susurrante. ¡Es todavía mejor que el juego del pincel! ¿Podríamos volver a hacerlo esta noche en la cama? Si quieres que viva todavía dos o tres días, sería mejor esperar un poco. Ríe y de pronto descubre que realmente me ha mordido. La marca de los dientes es perfectamente visible, azulada, en el centro de la polla, a cada lado. La invade el pánico. De un salto, se pone de rodillas. Se ahoga: ¡Amo! ¡Querido, querido! Las lágrimas la ciegan, se deja caer al suelo, se agazapa emitiendo quejidos inarticulados, se golpea contra la roca, se golpea el vientre con el puño. ¿Una crisis de nervios? La obligo a estirarse, la convenzo de que no es sino un pellizco de nada que habrá desaparecido en dos días, la obligo a beber un vaso de agua. Prosigue ella sollozando y repitiendo sin cesar: Es culpa mía, Arno, querido, es culpa mía, querido… Son necesarias mucha paciencia y palabras tiernas para calmarla. La fuerzo a caminar por el claro, mientras los sollozos se calman lentamente, como en una rabieta infantil. Si te hubiera mutilado, me habría matado. Trato de hacerla sonreír pero está demasiado trastornada. No volveré a chuparte, es demasiado peligroso. Esta vez me enfado: Si vuelves a repetir estas palabras, me voy inmediatamente y no volverás a verme. Reaparecen las lágrimas: No quería decir esto, haré lo que tú quieras… Mi amor querido, si me quieres, castígame, te lo ruego, de lo contrario es que me guardas rencor. Corta una rama blanca, me la tiende y se apoya en un árbol. Pégame, ¡te lo ruego! Para terminar de una vez con el asunto, la golpeo en los hombros. No, finges hacerlo. Pega. La voz se templa. Golpeo las nalgas. ¡Así! Otra vez. La azoto un poco más arriba. La piel enrojece. ¡Otra vez! Tengo cuidado de ir cambiando de lugar. Cinco o seis golpes bastan para que las nalgas se pongan color púrpura. Me detengo. Siento vergüenza de

haber cedido. Insiste: ¡Otra vez! No, basta ya, terminará por gustarte; y tal vez a mí también. Ven aquí. Échate de bruces. No te muevas. Me siento cerca de ella y contemplo emocionado ese cuerpo de adolescente con flancos de niña, la cintura fina con su cadenita. Cuando está tranquila, se gira y me abraza: Ahora, querido, estoy segura de que ya no me guardas rencor. Déjame ver. Se inclina, desliza con delicadeza la mano por debajo de la polla: Os pido perdón, queridos míos. Os cubriré aún más de besos, pero nunca volveré a morderos, lo juro. Preferiría hacerme arrancar los dientes. Además, pronto tendré un refugio que ofrecerles donde estaréis seguros. Vamos, señorita, ¡no se levante! Tan sólo te daré un besito en el lugar de la mordedura. Así, uno arriba, otro abajo. No se quede parada, acuéstese. Querido, mira: ¿no crees que yo debería? No, ven a mis brazos, serénate, ya no te muevas.

El tiempo huye. El cielo se cubre. Volvemos a vestirnos. Hacia las cuatro pasa un autocar. Para conservar las apariencias, Noemia debería volver al Chemin des Cales, pero el cansancio puede más que la prudencia. Bajamos tranquilamente al camino. Antes de irnos, Noemia ha ido un momento a apoyar la frente en el altar y a rezar. Espera. Va a llover. No es el mismo autobús que a la mañana. Una vieja con un montón de niños. Un militar. Bajamos en Saint-Iriex y nos separamos. Sigo a Noemia de lejos y entro en la casa Morey un minuto después que ella. Un vecino me ve entrar. Es demasiado tarde para retroceder. Están en la cocina. Subo y me acuesto. Cuando llega Noemia, estoy medio dormido. El aire me ha agotado. La miro ponerse su «ropa interior» y cierro un instante los ojos cuando se pone la camisa. Cuando vuelvo a abrirlos, ya es de noche y llueve. Está acurrucada en el sillón junto al fuego. La mesa está puesta. Sus ojos ríen. ¡Buenas noches, amor! ¿Has descansado? La cena está preparada. Me alcanza la bata, se asegura de que las señales del mordisco no han empeorado, vuelve al sillón. Son más de las ocho. Ha tenido tiempo de preparar un potaje de legumbres, una parrillada, una ensalada cocida, pero mientras esperaba se ha dedicado seriamente a una botella de

champán para calentarse, lo que le ha puesto los ojos brillantes y la risa fácil. Tengo hambre. La cena es tanto más alegre cuanto que yo también tengo sed. Hubiera debido empezar por un vaso de agua. Antes del postre, la botella queda vacía. Noemia quiere abrir otra. Yo me opongo. Entonces, hay que probar una botellita de licor de endrina, ganada sin duda en la tómbola parroquial. Apenas mojo los labios, mientras ella bebe un vaso. En resumen, pronto está «piripi». Debo llevarla a la cama y acostarla sin lavarse. El tiempo de ordenarlo todo un poco, y ella ya se ha dormido. Cuando me deslizo junto a ella, se despierta a medias, me «hace el pulpo» y me susurra al oído: Querido, quiero echar un trago. Duerme. Lenguaje inesperado viniendo de ella. Entonces, cállate y duerme. *In vino veritas*.

Me despierto con ruidos de agua en el cuarto de baño. Me parece oír que están abiertas las dos puertas. Me levanto. Es de día. Bébelle está sentada en el taburete y mira a Noemia mientras ésta se lava los dientes. Buenos días, querido. Creo que he bebido demasiado ayer; me duele la cabeza. —Hay algo de inquietud en su voz. Estoy lo más natural posible—. Voy a hacer el té. Bébelle la sigue sin mirarme.

Cuando llego, todo está preparado y el fuego encendido. Desayunamos. El cielo está gris. Hay cierta incomodidad en el aire. ¿Finjo bien mi naturalidad? Ella se tira de cabeza: Ayer estaba casi trompa; perdóname; sin duda dije muchas tonterías. No tiene importancia, gatita; en esos casos, se dice cualquier cosa… Este champán es delicioso. ¿He hablado mucho? Se levanta y ordena. No más de lo que hubiera hablado yo en el mismo caso… ¿Qué dije, por ejemplo? Viene a sentarse en mis rodillas. ¡No tiene importancia! ¿Groserías? Claro que no, tan sólo que echarías a gusto un trago, por ejemplo. Qué importancia tiene… Perdóname, querido, sabes que no hablo así habitualmente. Puede que te equivoques; en la almohada todo puede decirse. Creo recordar otra cosa. Más cruda. Has hecho bien en decirla si es lo que pensabas en ese momento. No bromees. Lo que me molesta no es haberlo dicho, sino que puedas pensar que se lo he dicho a otros. No pienses más en eso. Sí, precisamente lo pienso.

Su mentón empieza a temblar. La aprieto contra mí. Querido… Tiene la garganta tan contraída que el resto de la frase no puede salir. La llevo a la cama y me echo a su lado: Estaremos mejor calentitos; ¿qué quieres decir? Te he contado casi toda mi vida; lo principal, en todo caso. Sobre todo ese drama de mis trece años. Ya no soy virgen, es cierto, por culpa del aborto. Pero juro por ti y por mí, ¿me oyes?, y estoy dispuesta a jurar sobre el altar, ante un sacerdote, que nunca antes que tú me ha tocado hombre alguno, ni de una manera ni de otra. Te doy mi palabra. Los bellos ojos negros están tan llenos de lágrimas, que ¿cómo podría no creerla?, gatita, te creo sin esfuerzo, pero no te pido nada. Estas cosas no tienen nada que ver conmigo. ¡Sí, tienen que ver! Yo me he entregado a ti, no lo olvides. He dicho: toda y para siempre. Repito: toda entera. Nunca me ha tocado un hombre, excepto mi padre, mi abuelo y dos o tres médicos. Aun si cuesta creerlo viniendo de una mujer de treinta años, te aseguro, te juro que es verdad. Te creo, gatita. No pienses más en ello. No nos pertenece ni el pasado ni el futuro; tenemos el presente. ¿Me crees de verdad? Sí. Ella respira profundamente: Hasta ahora, nadie me ha respetado. No era más que una salvaje, después una huérfana, y luego una criada; además, una enferma, y ahora una enfermera. Ni siquiera una verdadera enfermera. No era nada. Desde que te conozco he aprendido muchas cosas. Ahora quiero convertirme en una verdadera mujer. Ya no quiero ser despreciada. Tú me amas y me respetas. Y yo te amo y te respeto más que a nada en el mundo. Preferiría morir a mentir; si hago tonterías, te las digo. Castígame, pero no me desprecies. Ya no temo a nadie. No tengo nada que perder. ¡Nada, excepto tú! Su emoción es intensa. No puedo sino abrazarla y besarla. Se levanta un instante, se quita la camisa y viene a llorar suavemente en mi hombro. Juraría que dice la verdad. Largo silencio tierno. Susurros, caricias. Querido, ¿quieres que hagamos como ayer, en mi castillo? Preferiría que primero estudiáramos un poco y que guardáramos esto como premio. ¿De acuerdo? Nos instalamos. Le dicto todo, títulos, subtítulos, numeración de las hojas, ortografía de las

palabras, puntos y aparte. No más de dos páginas en una hora. Habría que hacer una foto: la pequeña estudiante en camisa, dando la espalda al fuego, aplicada con todas sus fuerzas, con los dedos bien apretados en torno a una estilográfica 1930. El profesor en bata, serio como un Papa… De pronto, la camioneta del colmado. Ha estado a punto de salir en camisa. Pongo un leño en el fuego y me acuesto. Ya he trabajado bastante. El cielo ha ido aclarándose poco a poco. Hará buen día. La oigo atravesar el jardín, hablar con la señora Morey, ir y venir. Sus zapatillas con tacones resuenan en el pasillo, y suben. En la escalera, empieza a desabrocharse. Al entrar, ya está desnuda: Junto a ti ya no soporto la ropa. ¡Eres mi sol! Prepara nuestro almuerzo y pone la mesa, después viene a sentarse en el borde de la cama y me acaricia. La mirada fija en la mía. Ayer, querido, cuando te dije que me dieras por el culo, ya estaba casi dormida. Era inconsciente, pero… no del todo. Quiero decir sencillamente que tengo ganas de saber qué es. Más o menos me doy cuenta, pero no estoy realmente segura de que sea posible entre hombre y mujer, ¿me enseñarás, querido? Por supuesto, virgencita mía. Ríe. Ten confianza en mí: soy responsable de tu instrucción amorosa. Está orgullosa de haber tenido el valor de decir lo que piensa. No estoy descontento de ella.

Almuerzo. Juegos eróticos. ¿Por qué «sesenta y nueve»? Se lo explico. ¡Ah, con que era esto!… había siempre sorprendido miradas irónicas cuando se mencionaba este número. ¿Y todo el mundo lo sabe? Supongo que todas las parejas enamoradas… Siesta feliz, sin historia. Otra hora de estudio. Dibujos de órganos que he hecho en una hoja y que ella calca. Para mí es una cuestión de honor no escribir ni dibujar nada en su cuaderno. Es preciso que esté hecho exclusivamente por ella.

Frase encantadora de Noemia: Tú y yo podemos decirnos todo. En el fondo, no hay palabras groseras; no hay más que bocas groseras.

Otra. Se observa con placer en el espejo del armario: Antes, todo lo mío me parecía feo; desde hace unas semanas,

no me encuentro del todo mal.

¿Cómo has descubierto tu castillo y ese altar? Buscando plantas, sobre todo la manzanilla, que escasea por aquí. Es la manzanilla la que da estos tonos rubios por arriba. ¿Te gusta? Mucho. Puedo ponerme más si quieres, no sólo en la superficie. Bueno, pero tengo que encontrar suficiente.

Nos acostamos temprano. Charla y caricias. Antes de acostarse ha leído el curso de principio a fin. Ha comprendido y asimilado todo. Nuestra última noche, querido. No pienses en el porvenir, Gaeleg. Contentémonos con el presente. Se estira sobre mí. Nunca tengo bastante de ti. Desearía estar en tu vientre como estuve en el de mi madre. Desliza una mano por detrás y coloca la cabeza del pito en el conejo. No hagas trampas, gatita. No, querido, sólo un minuto antes de dormir… Antes de agosto, tendremos que sacar un poco de pelo de entre las piernas. En el monte, pase, ¡pero toda esta mata justo a la entrada! Podría arañar a mi amigo cuando vaya de visita… Al volver a su lugar, se las arregla de todas maneras para introducirlo un segundo hasta el fondo, como sin darse cuenta: Oh, perdón, señor, no volveré a empezar… esta noche. Dormimos boca a boca y nos despertamos espalda contra espalda. Llueve. La puerta y la ventana están abiertas. El fuego está apagado. Hace frío. La ventana había quedado entreabierta y el viento la ha empujado. ¿Pero y la puerta? Noemia va descalza hasta lo alto de las escaleras. Todo tranquilo. Me sorprende que haya olvidado poner el pestillo anoche, pero es posible; cuando estás aquí no tengo miedo de nada. Pero ¿quién lo ha quitado? Hemos creído que estaba cerrada y no lo estaba. No, en este caso, se abre sola del todo ¿La habrá empujado Bébelle? No. ¿Acaso la señora Morey, sintiéndose indispuesta, habría subido durante la noche para pedir ayuda, habría abierto, nos habría visto dormidos y habría vuelto a bajar sin decir nada? No acostumbra a subir así, con las piernas enfermas; llama desde abajo. Tengo que asegurarme. Se viste y baja. Dos minutos después está de regreso: No se encuentra nada bien, voy a buscar al médico. ¿Crees que ha podido subir esta noche? No lo sé: arde de fiebre. Pone el agua a

calentar y saca las bolsitas: Prepara el té, por favor; vuelvo enseguida. Un beso, y sale corriendo. Pasa una media hora. He preparado el té, las tostadas; he desayunado, aclarado mi taza y he vuelto a acostarme. A mi Noemia debe costarle encontrar un médico un domingo a la mañana. Otra media hora. Vuelvo a encender el fuego. Deja de llover. Tal vez la pobre anciana necesite ayuda. ¿Qué hacer? Voy hasta las escaleras y escucho. Nada. Son las nueve: oigo los pasos de Noemia en el jardín, luego la puerta de entrada, su voz en la habitación de la señora Morey. Vuelvo a preparar el té. Llega: Perdona, querido. Imposible encontrar a un médico en los alrededores. He tenido que esperar en la panadería a que regresase Saurillon. Vendrá enseguida. Desayuna: El té me parece mejor que de costumbre. Es la primera vez en mi vida que alguien me sirve el desayuno… Vuelve a bajar. Poco después llega el doctor Saurillon. La señora Morey tiene anginas. Lleva a Noemia al Plateau, donde hay una farmacia abierta. Regresa hacia las doce, se ocupa de su enferma, sube corriendo, vuelve a bajar, reaparece, se disculpa. Yo me he aseado y he vuelto a acostarme. Almorzamos a toda prisa. Noemia está desesperada. La madre Morey no puede hablar; tal vez haya sido por esto por lo que subió anoche… Tiene fiebre, se agita mucho, pero reconoce a Noemia y se hace entender mediante susurros. Ninguna alusión a esta noche. Sus amigos acuden a preguntar cómo está. Hacia las cinco tengo el autobús, ¿pero cómo salir sin que me vean? Su vieja amiga, la señora Wollmer, viene hacia las cuatro y se eterniza allí. Noemia sube corriendo, desesperada: Querido, querido… Llora de exasperación y disgusto. Hago todo lo que puedo para calmarla, pero no pongo el corazón en ello. Entretén cinco minutos a las viejas, digo suavemente. Tendremos otras noches y otros días hermosos, gatita. Cuida a tu enferma. Hasta mañana. El jardín; el sendero; la parada. El autobús llega con media hora de retraso. Un domingo frustrado.

Lunes, 25. Mala noche. Al despertar,

37,6

(…). Séreny me pone mala cara. Hacia las nueve y media, Noemia pasa un momento: la señora Morey se debilita y ya

no sabe qué dice. Una vecina se ocupa de ella. Noemia debería conseguir dos días libres para ocuparse de la enferma, pero tendría que recortarlos de las vacaciones y, en este momento, esto no le conviene en absoluto por distintas razones. Todo va mal. Se va. No ha habido tiempo de mirarse ni un minuto.

Por la noche no la veo más que un momento. Inquieta y nerviosa. Además, la 410 ha muerto de pronto. En el pabellón de mujeres, hay atmósfera de catástrofe. Se pelea y se llora.

Miércoles, 27 (…). Trabajo toda la mañana en un plano para Jean-Michel Roland y toda la tarde en el «curso» de Noemia. No la veo más que diez minutos por la noche. No es suficiente para levantarle la moral. En efecto, es posible que la viuda Morey haya subido en la noche del sábado al domingo, porque le ha hablado dos veces de su joven marido. Noemia la confunde hablándole al mismo tiempo de Saurillon: De este modo, comprendes, los dos se le confundirán y, cuando esté mejor, ya no se acordará… ¡Cuán ocurrentes se vuelven las mujeres!

(…) Noemia: Imagina que me reduzca hasta el tamaño de una hormiga y después de un microbio. De noche, me metería despacito por el agujero del pito. Bajaría por el conducto y me instalaría calentita en el fondo del saco. Me quedaría allí sin moverme. Sueño con eso a menudo… Me parece recordar intensamente la felicidad que sentía en el vientre de mi madre. Creo que estar en ti sería todavía mejor. La felicidad absoluta. De vez en cuando, viajaría un poco a lo largo de las venas y las arterias, dejándome llevar por la corriente. Visitaría el corazón; allí vería mi imagen junto a la de Elena y los niños; en el cerebro, iría con mucho cuidado para no mezclar los compartimientos; realizaría las largas incursiones hasta el final de los brazos y de las piernas. Después, regresaría a mi refugio. Me parece que viviría allí durante años, perfectamente feliz. Si me quieres y si yo puedo quererte sin fin, no necesito a otro ni a nadie. —¿El paraíso?—. Sí, ¿ésta es la idea que tengo del paraíso? A menudo me entretengo soñando, de levantarme… A veces, incluso durante el día, cuando estoy triste o demasiado

cansada, me concedo un momento de ensoñación. Me escapo. Casi enseguida lo que me viene a la cabeza es esta imagen. Cierro los ojos, me acurruco. Enseguida me siento mejor. Sólo hablar de eso, ya me pongo bien. Me imagino columpiándome suavemente al ritmo de tus pasos… Te vas a reír: he previsto incluso que tendría que sujetarme bien cuando hicieras el amor para no ser despedida al vientre de otra.

(…) Noemia me hace leer una cuarteta que ha copiado del *Cantar de los cantares* (1, 1, 2, 3):

> Cual naranjo entre árboles silvestres
> es mi amado entre mancebos.
> A su sombra descansé
> y su fruto fue dulce a mi paladar.

Lo deslizo en silencio en mi libro de Rostand. Huelga todo comentario entre nosotros.

(…) Jueves, 28 de junio. Durante la noche, la señora Morey ha sufrido una pequeña crisis cardíaca. Noemia está cada vez más ansiosa. En principio, porque, al cabo de cinco años, se siente unida a la buena mujer. En segundo lugar, porque, si muere, Noemia no podrá encontrar otro alojamiento como éste y a este precio. Y entonces, ¿dónde nos reuniríamos? Ahora, ¡te necesito enormemente, querido! Quiero estar cerca de ti todos los días, hablarte, tocarte sin cesar. Ya no quiero vivir para nada. Quiero contarte todo lo que hago, quiero dormir contigo, quiero que gocemos todos los días. Vernos aquí y allá, durante cinco minutos, no es vivir. Todas las noches lloro en mi almohada como una niña. Acaricio en la cama el lugar que has ocupado y me pongo tu bata. Cuando la veo por la mañana, lloro. Cuando me ducho, cierro los ojos e imagino que eres tú quien me enjabona… ¿Qué responder?

(…) La señora Morey ya no tiene fiebre; ha iniciado la convalecencia, pero sigue débil. Noemia respira con alivio. Ayer por la tarde, subimos a la séptima planta y, en una de las habitaciones desocupadas, recuperamos intensamente el

tiempo. Aquí, con Pellisseau, a quien ella imagina siempre alerta, ya no es posible. Esta noche está otra vez distendida, sonriente y cariñosa. No ha tenido tiempo de encontrar mucho moyuelo, pero, con lo que tiene, ponemos un apósito depilatorio sobre la mejilla izquierda, delante de la oreja para el *crespón* (especie de «patilla») que le deforma el rostro. Para salir, se tapa con la bufanda como si tuviera dolor de muelas. El entrecejo se va aclarando poco a poco, pero no saldrá todo de golpe.

Domingo, 10 de julio (…). La señora Morey me ha hablado de la noche del domingo pasado, cuando subió a llamarme. Me ha costado mucho, riendo, convencerla de que lo había soñado: ¡Ya sabe que yo no estoy casada, Mamorey! (Así es cómo la llamaba su ahijado, en la otra guerra. Le gusta que se lo recuerden de vez en cuando). Sin embargo, hay detalles que me han quedado clavados: el fuego que ardía, el calor, vosotros completamente desnudos en la cama, todo me recuerda mi juventud. ¡Qué me dice, señora Morey! ¡Jamás me ha visto usted desnuda! Pero sí, hija mía, una vez en el cuarto de baño, ¿no te acuerdas? Debe estar confundida. Cuando tiene usted fiebre, toma al doctor Saurillon por mi marido. A lo mejor es que quiere deshacerse de mí. ¿Tiene alguien a quien proponerme? Lo preferiría rico y tal vez joven. Descanse y reflexione. Mañana me dirá si lo ha encontrado. Etc., etc. Ha quedado algo turbada, pero no está del todo convencida. Si vuelve a hablarme de esto, la embrollaré otra vez recordándole otro de sus sueños: el viaje a Suiza con su marido, la barca sobre el Rhin, etc. Por suerte, no tiene buena memoria, ¡porque, en cambio, su vista es excelente! Hay que conseguir que dude ella misma de haber visto a la señorita Valentina, una joven inocente, durmiendo desnuda en brazos de un joven también desnudo. No cae en la cuenta de que tengo treinta años; me considera como si tuviera veinte, es decir una niña.

2 de julio. (…) La campaña de desmonte llega a su apogeo. Segunda aplicación diluida en el entrecejo. Atacamos el *crespón* derecho. Primer ensayo en la zona perineal: dos apósitos paralelos, entre la muesca y el ojete del culo, de uno

y otro lado del pliegue axial, cuidadosamente pegados alrededor. Mi pobre Noemia, que debe regresar a pie a su casa con ese emplasto entre las piernas, ¿cómo se las arreglará para recorrer dos kilómetros?

3 de julio. (…) Ha llegado el auténtico calor de verano. Me agobia mucho y no salgo de la cama, bastante abatido. Noemia protesta: ¿Has visto «progresar» a un bebé con un solo biberón a la semana?

Miércoles, 4. (…) Desmonte: excelente resultado en las partes inferiores. Las tres cuartas partes de la pelusa han desaparecido en un día, tras una única aplicación nocturna. Por el contrario, resultado mediocre en la patilla derecha. Como con la izquierda, por otra parte. El ceño sigue disolviéndose lentamente. Esta noche empezaremos con los antebrazos. Creo que vale más dispersar las aplicaciones para evitar reacciones locales. Seguiremos todavía unos días; después, interrumpiremos durante una semana para dejar al organismo tiempo de eliminar las toxinas. Me impresiona la potencia de esta planta: el jugo ácido (?) se introduce aparentemente por el folículo y destruye la raíz. En pocos días, el orificio se cicatriza y no quedan huellas del antiguo pelo. Ni siquiera con una lupa de dermatólogo (que aumenta ocho veces) se ve algo. Los poros parecen todos idénticos. La piel de las axilas, del esternón, o de las caras internas de los muslos es tan lisa y suave como la de la espalda o el flanco.

La señora Morey va recuperándose. Pero habrá que ir con cuidado para que no me vea nunca, porque, si no, la imagen que no ha olvidado le volverá a la memoria. ¿Llegaremos a conseguir otro fin de semana? Parece difícil: Noemia está de guardia el domingo 15 y el 22, después del almuerzo, se va *de consulta*. Si todo va bien, dispondremos el 4 y el 5 de agosto. Ya sueña con ello. Tanto más cuanto que para entonces…

(…) Jueves, 5. Noemia hojea un catálogo ilustrado de una agencia de venta por correspondencia y me consulta cada modelo. Se vuelve modestamente coqueta. Página de camisones: Puedes seguir. Página de bragas y fajas: Vuelve la página. Página de sostenes: Inútil. Combinaciones y enaguas:

Si te divierte… Vestidos de verano: No, no, no. Sí, sí. No. Rechazamos los mismos modelos y sólo diferimos con respecto a los adornos. A ella le gustan los galones, los recortes, la pasamanería. Para mí, nada es lo bastante simple, despojado, austero. Vestidos de invierno, de media estación, abrigos. Casi siempre tenemos el mismo gusto y esto maravilla a Noemia: Antes, me ponía cualquier cosa. Me pasaba tal vez un año sin comprar nada. Los enfermos me daban mucha ropa que ya no les gustaba. La arreglaba para mí, más o menos, cuando tenía tiempo. Ahora, cada vez me interesa más esto, no sé por qué. Su mirada ríe. Maneja con frecuencia la litote con elegancia absolutamente clásica.

Sábado, 7 de julio. He olvidado anotar una anécdota de hace unos días. Noemia llega por la mañana, antes de las ocho, me abraza, me mima como ocurre siempre que ha pasado unas horas a solas y tiene «atrasada la ternura», y se levanta la falda: ¡Mira! Se ha regalado (me ha regalado) un *slip* de encaje negro, muy *sexy*: un triángulo transparente con un lazo que rodea las caderas. Mal gusto agresivo y deliberado. ¿Dónde lo habrá encontrado? Nos reímos juntos. Se me ocurre una idea: Déjamelo como pañuelo; tu perfume me hará compañía. Te lo devolveré después. Queda un segundo en suspenso, sonríe y se lo quita. Regresa hacia el mediodía, mientras conversa desliza la mano bajo la almohada, lo encuentra… y lo vuelve a su lugar sin atreverse a reclamarlo. No digo nada. A las ocho, se desviste en el cuarto de baño y viene a acostarse. Tiene algo que confesarme: cuando estamos juntos, no le molesta en absoluto llevar tan sólo el vestido encima de la piel. Al contrario, tiene la impresión de estar más disponible, más cerca de mí; además, hacerme gozar la hace gozar a ella. Por otra parte, el aire fresco entre las piernas, las nalgas desnudas, los pezones rozando la tela, mi presencia, todo la excita… Pero, cuando está sola entre la gente, o sea cuando siente ya el indefinible malestar que tiene que ver con mi ausencia, su secreta desnudez la incomoda. Comprenderás que estar al mismo tiempo excitada y deprimida es desagradable. Por otra parte, los empleados, los médicos, los

enfermos te rozan quizás sin malicia, pero se dan cuenta… Esto también los excita, mientras que yo a los demás hombres no los veo siquiera. Si me lo exiges, querido, volveré a hacerlo, pero preferiría que no volvieses a pedírmelo.

(…) 9-7-51. Educación política de Noemia. Se puede ser rico honestamente; no es posible volverse rico honestamente. Nuestro sistema ha sido ideado por egoístas para egoístas. Todo logro, en el sentido en que los truhanes o los industriales dan a esta palabra, consiste necesariamente en prácticas fraudulentas o al menos inmorales. Para tener éxito hay que reunir ciertas condiciones: tener buena salud, poseer excelente memoria, ser de un egoísmo absoluto, mostrarse capaz de cualquier cosa para alcanzar el objetivo. A este precio, están permitidas todas las esperanzas. Ella misma saca la conclusión: Pero entonces ya no se es un hombre. Lo ha entendido.

(…) Viernes, 13 ¡Hemos vencido al entrecejo de Noemia! El último pelo ha capitulado esta mañana tras una enconada resistencia. Falta terminar de pulirlo, pero no lo haremos hasta haber depilado las cejas por la parte inferior. La cara ya está más despejada, los ojos destacan más. No me atrevo a atacar de nuevo las patillas; han perdido más o menos la mitad de la «guarnición», pero no hace ni ocho días que empezamos. Me da miedo sensibilizar la piel. Por otra parte, hemos creado una hermosa zona desnuda detrás de la muesca, a uno y otro lado del pliegue. De esto nos ocuparemos esta noche, con la hierba fresca, justo hasta el ojete. Mido los apósitos al milímetro. (Al pelillo, como dice Noemia). En cinco minutos aplicamos los dos. Ya vamos adquiriendo experiencia. Cuando estemos bien entrenados, habremos terminado el trabajo. Me sorprende que a nadie se le haya ocurrido explotar comercialmente esta planta. Como sobra pasta, propongo poner un tercer emplasto en la ingle izquierda. De acuerdo. Noemia siempre está de acuerdo cuando deseo algo. Me las arreglo para cubrir gran parte del *montecillo* sin que ella lo advierta demasiado. Si consigo hacer lo mismo del otro lado, quedará apenas un lamentable mechón en el centro; no habrá entonces más remedio que

suprimirlo.

Así lastrada, mi Noemia parte valerosamente a hacer frente a los lémures, ya que, como todos saben, cuando cae la noche, los Antepasados merodean por los lugares que les han sido familiares. La mayoría es muy bondadosa con los vivos. Si oyen que alguien se acerca, se esconden incluso para no asustarlo. Pero los hay malignos, y de éstos puede esperarse todo. Por ejemplo, no vacilarían en atacar a una mujer sola. Afortunadamente, al ser viles, también son cobardes. Si se conserva la sangre fría y se les ataca con un bastón o un arma, huyen lanzando gritos de terror. Noemia es valiente. Tiene en el bolsillo un cuchillo que me ha mostrado y cuyo solo aspecto haría retroceder al espectro más emprendedor. Así, no teme recorrer dos kilómetros sola en plena noche. Incluso, cuando el cielo está claro, acorta el camino bosque a través, algo que muchos hombres no harían.

(…) «Clase» de anatomía. Hemos terminado «El aparato genito-urinario de la mujer» y emprendido «El aparato respiratorio». Aprendo mucho preparando textos e ilustraciones. Noemia le ha tomado el gusto: no sólo le interesa el tema, no sólo se va afianzando en sus capacidades intelectuales, no sólo ha hecho progresos en escritura y ortografía, sino que aprende a aprender. Esta mañana me ha dicho: En resumen, cualquiera puede aprender cualquier cosa. Basta con tener el libro adecuado y repetirlo diez o veinte veces. Exactamente, basta con un poco de perseverancia. Tiene una excelente memoria auditiva: Cada noche, antes de acostarse, relee varias veces las últimas páginas de su «manual», y otra vez al despertarse. En cuanto las sabe de memoria, las asimila: ya no las olvidará. Me lo ha explicado: es como el azúcar en una taza de té; repetir es hacer girar la cucharilla; una vez que se ha derretido, ya no puedes separar el azúcar del té. Cuando aprendo un capítulo, es como si se hubiera fundido en mi cabeza. Ya no podría olvidarlo, aun si lo deseara.

(…) 16 de julio. El «desbrozamiento» es fácil en las zonas ocultas y difícil en las zonas visibles. Da la impresión de que el pelo es más resistente en la cara y en las piernas que en el

tronco. Ejemplo: todo el sector posterior al montecillo ha desaparecido como por encanto; ya no hay ni un pelo entre la muesca y el ojete. Noemia no se cansa de hacerse acariciar y es verdad que la piel es incluso más lisa, más satinada que en el cuello o el hombro. Es casi tan tierna como una mucosa: No olvidarás lo que me has prometido para cuando todo esté bien limpio, dice con una mirada picara. La ingle izquierda también está limpia, y mi truco ha surtido efecto: en el empalme entre la ingle y el sexo, la pelusa ha desaparecido hasta la raíz. Si esta noche consigo hacer lo mismo con el otro lado, no quedará en el monte más que una borla en forma de pompón que Noemia no deseará conservar, mientras que, si yo hubiera hablado al principio de suprimirlo todo, ella hubiera reaccionado negativamente.

(…) 17 de julio. Catástrofe. Cristina, la de la *saldop*, se ha ido inesperadamente; la señora Chénats está de vacaciones y la señorita Thomé, enferma. Ingresa al sanatorio, esta vez como paciente. El horario de servicio se ha alterado, y Noemia debe atrasar su viaje «allá arriba» por lo menos quince días. Demasiado abatida como para reaccionar. Viene a llorar en silencio a mi habitación. Los dioses se oponen a liberarla de su juramento. Una maldición pesa sobre ella. Más le habría valido morir en el 33, el 38 o el 44. No me hubieras conocido. Habría sufrido menos. Hemos tenido buenos momentos; tendremos otros. Cada vez que estoy a punto de tocar la meta, alguien tira del hilo; esto no terminará jamás. Trata de encontrar a una mujer de Saint-Iriex para que la contraten como temporera. No hay. ¿Y Rosa, la señora Ferrier, la vieja Deuze, Colinette, Angela? Son como yo, no pueden hacer más de lo que hacen. Quince días no significan mucho para nosotros. Para ti, tal vez no, pero no olvides que, si sólo puedo ir y volver entre el 15 y el 20 de agosto y si tú te vas en septiembre ¿cuánto tiempo nos queda? Todavía no me he ido, sabes; ¿has visto mi hoja de peso? Sí, has perdido exactamente 3 kilos mientras yo ganaba 3. No me atrevo a chuparte y, cuando lo hago, tengo remordimientos. El calor siempre me cansa al principio. En quince días estaré mejor. Ya verás, todavía tendremos buenos momentos. ¿Y si

siguiéramos con la clase? Ahora no.

A las ocho, hay algo más interesante que hacer: una enferma le ha prestado un catálogo suizo de «objetos íntimos». Hay que devolvérselo mañana por la mañana. Apenas lo he ojeado; no quiero mirar esto sola. Lo he guardado para leerlo contigo, con la cabeza sobre tu hombro. Lo que más la excita son los vibradores. Sobre todo las ilustraciones en colores, algo imprecisas. Poco texto. No se cansa de mirar al detalle una de las fotos que representa a una mujer que, con las piernas abiertas, se mete dos a la vez, uno por delante y otro por detrás. La miro sin decir nada: las orejas, el aliento cortado; no está para bromas. El resto ya no le interesa tanto: lencería «sexy», preservativos, fotos, libros, películas. Vuelve a los vibradores: dos mil francos, te das cuenta… Si te tienta realmente. No, querido, gracias; tengo algo mejor que esto al alcance de la mano… Besos, caricias. La escena culmina tal como era de prever. Cuando nos despertamos, son las tres de la mañana y la luz sigue encendida. ¿Qué hacer? Primero, apagar la luz. Deliberemos.

Partir es correr el riesgo de que alguien la vea; no podrá acostarse antes de la cuatro y tendrá que levantarse a las siete… ¿Quedarse? ¿Decirle a la señora Morey que se ha encontrado mal? ¿Y la puerta de la casa, que habrá quedado abierta? ¿Y si la señora Morey la necesita? La aloja casi gratis para tenerla a mano. En esta situación, lo mejor que puede hacer es quedarse hasta las siete. Entre siete y las ocho y media se las arreglará para ir y volver a toda prisa… A las seis, vuelve a despertarse y ya no espera más. Se va sigilosamente por la lavandería. Es ya de día. Por la mañana, no la veo más que un instante. Todo ha salido bien; nadie se ha dado cuenta de nada. Haber podido pasar una noche juntos, aun en estas condiciones, la ha consolado un poco.

(…) Jean-Michel Roland quiere regalarme a la fuerza la maqueta del (?), realizada con éxito a partir de *mi* plano. Ya no recuerdo el nombre del aparato. Acepto guardarla 24 horas a título simbólico; después, se la devolveré «para no descompensar su colección». Sin embargo, cuando me vaya, me la llevaré, así lo hemos acordado, a menos que él se vaya

antes, en cuyo caso me la dejará. Además, esta segunda hipótesis es la más verosímil: estoy realmente agotado en este momento. Fiebre, anorexia, supuración. (…) No sé por qué este muchacho me ha tomado tanto afecto. ¿Fijación pseudofilial? (Padres divorciados, hijo único). La diferencia de edad no es lo bastante grande. Según Noemia, se trata más bien de una pequeña tendencia homosexual poco profunda que encuentra así oportunidad de manifestarse. La prueba: él le ha hablado con emoción del tanteo que tuvo lugar en mi presencia; pero, según ella, la emoción era sospechosa. Mira, si quieres, le haré otro delante tuyo para que lo veas… Esto la excita. De acuerdo. Hacia las once, cuando viene a recuperar su obra de arte, ella está allí. No está en absoluto molesta: Jean-Michel, el último tanteo que le hice fue delante de este señor y entonces usted desfalleció. No quiero que él se imagine cosas ni que usted quede así. Voy a hacerle otro ahora mismo para que no pierda la forma, sobre todo si el próximo mes viene su mujer. Quítese todo esto. El chico está siempre dominado por la intrépida autoridad de Noemia. Se vuelve hacia mí, confuso: ¿Me permite?, mientras se quita la bata. Ni se le ocurre discutir o resistirse, y mucho menos negarse. Noemia empieza enseguida, de pie. Yo circulo por la habitación. ¡Las manos en las caderas, por favor! Le coge su pañuelo. Rosado y rubio en la luz; bonito cuerpo, casi femenino. En pocos segundos, lo pone en forma; será rápido porque no le da la gana de que dure: Póngase de rodillas encima de la cama. Obedece, de espaldas a la ventana. Ella sigue con cortos impulsos. Separe las rodillas. Siga usted mismo un momento. Él se agarra con una mano y acelera. ¡Despacio! Disminuye la velocidad. Ella le abre las nalgas, ausculta el ojete, palpa los huevos, vuelve a tomar el pito con una mano: ¡Ya era hora! Ahora sí, está duro. Toque, por favor. Domino un momento de vacilación, tomo el objeto, me obligo a seguir con el movimiento. Extraña impresión; a la vez ajena y familiar. Sigo, no sin cierto interés; él cierra los ojos, empieza a jadear. Noemia lo desgarra, observa, me hace una señal: Dámelo, que yo lo remataré; métasela más bien al mismo tiempo, que goce a gusto Al chico: ¿De acuerdo? El

asiente, subyugado Yo retrocedo: Otra vez; estoy cansado, terminen sin mí. Ella le hace correrse en el pañuelo se lo mete otra vez en el bolsillo, le ayuda a vestirse: Muy bien, Jean-Michel; vaya rápido a descansar. El farfulla agradecimientos, excusas, saludos y sale. Tiene una manera majestuosa de despedir a la gente. ¿Por qué no has querido metérsela un poco, si se moría de ganas? Estoy realmente cansado, ya lo sabes; y sólo te deseo a ti. Sus ojos brillan: ¿En seguida? Lo prometido prometido está, gatita. Ten todavía un poco de paciencia. Besos, caricias, mimos y, para terminar, un masaje muy apreciado por la interesada. Después de descansar, bromeamos sobre los *mechones* que quedan: uno pequeño en la concavidad de la ingle, a cada lado, y un pompón en la cúspide: dos bigotes de gato y una cola de conejo. Más adelante lo quitaremos todo; dejemos primero que la piel descanse una semana: hay unos morados. (…)

(…) Viernes, 20. Noemia ha devuelto el catálogo: ¿Te divertiría meterle un poco mano a la 469? ¿Meterle mano? ¡Magrearla, si lo prefieres! No la conozco, ¿quién es? Una muy morena, de unos cuarenta años, una auténtica tortillera. Villane, Vallès, Vollen, ya no recuerdo su nombre. No hay manera. Bastante grande, nerviosa; en un tiempo dormía con la rubia que tenía un pecho tan bonito, ¿te acuerdas de Marie-Claude? Sí, de Marie-Claude me acuerdo, pero de ella…

¿Muy morena? Sí, lleva una bata de seda con dibujos chinos. Ya está; y ¿por qué? Estoy segura de que le gustaría: me ha hablado de ti; Colinette debió irse de la lengua… ¿Y es para castigarte por haberle hecho confidencias a Colinette por lo que me la propones? Sí. Si es para imponerte un castigo, gatita, no me divierte. Tiene que divertirte a ti para que me divierta a mí. Gracias. Debía temer que aceptara porque me abraza con un ardor que prueba su alivio. Después, se aprieta contra mí: ¿Ya no estás resentido conmigo, querido, por lo de Colinette? No, pero ya ves que ha terminado por hablar más de la cuenta. No volveré a hacerlo. Me merezco otra azotaina, ¡te lo recordaré! La boca contra la oreja: Viniendo de ti, ¡me gusta tanto un azote

como un abrazo! ¿Y el abrazo después del azote? Mímica expresiva.

(…) Domingo, 22 de julio. Esta semana he adelgazado poco. El calor es más soportable. He trabajado en la «clase» de Noemia. Hay varios capítulos listos. Si me quedo hasta octubre, tendremos tiempo de escribir los siete u ocho capítulos previstos que bastarán como preparación: un centenar de páginas, textos y dibujos, y podré hacerle volver a copiar todo, insertando aquí y allá elementos suplementarios que acabo de esbozar. No escribe ni dibuja rápido, pero, cuando asimila, lo hace bien.

(…) La vieja Vallen ha vuelto a hablarme. El sábado estuvo media hora en la sala de espera del dentista, frente a ti, sin que levantaras la nariz de tu libro. No la había reconocido. Ella cree que lo has hecho adrede y que, por lo tanto, ella te gusta. Me ha dicho que le parecíamos los dos ex-tre-ma-da-men-te-sim-pá-ti-cos y que, si una de estas noches vamos a tomar una copa, será un placer para ella. ¿Te divierte? Más o menos. Al principio creía que quería que fueses solo, y esto no me gustaba nada; si vamos juntos, es distinto. Volveremos a hablar cuando esté mejor.

(…) Le había dado a Noemia, porque me lo había pedido, una foto de carnet que había encontrado en mi cartera, pero no basta. Lo que quisiera ella es que nos hiciésemos en el estudio Sacchetti un hermoso retrato, tomados de la mano frente al decorado de un chalet suizo, como los que hay en el escaparate. Le he explicado por qué es imposible. Lo ha comprendido, pero… sigue deseándolo. Cuando me habla de Belaceque, de las fotos que hace, del laboratorio que ha instalado en el cuarto de baño, vuelvo a pensar en su idea fija: Pídele que nos fotografíe por separado y haga después un montaje. Aplaude con entusiasmo.

Al día siguiente: He pensado en tu idea de la foto. Lo mejor sería que Belaceque nos preste su cámara para nuestro próximo fin de semana. Así, podremos hacer tantas fotos como queramos y nadie las verá. ¿Crees que es posible? Resumo: ella creía que las fotos salen ya terminadas del aparato. Si hay que confiar el rollo a alguien para que lo

revele, no puede ponerse en las posiciones con las cuales soñaba… ¿Qué hacer? Pídele a Belaceque que me deje ver sus fotos; ya te diré algo.

Visita al «estudio» de Belaceque. Es un hombre de unos cincuenta años, canoso, simpático. Hermosos bodegones, paisajes muy cuidados, algunos desnudos muy contrastados. Conjunto muy compuesto. La técnica no está a la altura de la inspiración. Creo que aceptaría prestarme su
6 x 6
por dos días, pero esto no resuelve el problema: ¿quién haría el revelado, las copias, la ampliación? ¿Él? Todavía no le conozco suficiente; Y ¿si nos traiciona? ¿El amigo Sacchetti? Imposible: conoce a Noemia. ¿Un laboratorio en la ciudad? Demasiado peligroso para el tipo de foto que querrá hacer ella. ¿Yo? No sé hacerlo ¿Y con qué material? ¿Y cómo decir a Belaceque que quiero revelarlas yo mismo para que no las vea? Pensemos algo.

(…) 26-7. Buena noticia a base de intercambios y acuerdos verbales, Noemia ha podido arreglárselas con sus compañeras para obtener dos días consecutivos en el horario de servicio. Si todo va bien, dispondremos del 5 y del 6. En cambio, no podrá «subir» antes de la segunda quincena, tal vez la última semana del mes… En el punto en que estamos, más vale pájaro en mano que cien volando. La alegría de tener casi dos días y sobre todo dos noches para estar juntos la hace olvidar casi su desengaño. (Estamos a 26. Si no recuerdo mal, era el 27 o el 28 cuando debía volver de la «consulta». Normalmente, en este momento, deberíamos tener las cosas claras con respecto a la validez de su juramento). La alegría de tener dos noches; entendámonos: Lo importante, explica Noemia, no es hacerte gozar, o tú a mí, durante cinco minutos, sino el que la noche reúna todas las condiciones para la felicidad. Estar solos, juntos, ignorados por todos, invisibles, protegidos del mundo por muros y puertas bien cerradas; estar tan cerca como nos sea posible, piel contra piel, brazos y piernas entrelazados, boca a boca en la almohada, confiados, tranquilos, sin otra preocupación que hablarse al oído, abrazarse y acariciarse sin

parar. Y, cuando nos despertamos, no hay otra cosa que hacer que lavarse el uno al otro, comer, beber juntos y volver a acariciarse… Esta perspectiva la transporta; da gusto ver su gracia: y su alegría es comunicativa. Diez veces al día vuelve a hablarme, y arreglar algún detalle: ¿no estará indispuesta el 5 o el 6? No olvides pedirle la cámara a Belaceque. ¿Tal vez habría que contratar el taxi desde ahora? Voy a comprar provisiones. ¿Quién se ocupará de las dos bandejas? ¿Sabes lo que me has prometido para el próximo fin de semana? Descansa bien, no quedan más que nueve días. También me debes un azote; he cortado una vara nueva. La señora Morey ha vuelto a hablarme de su «visión». Todavía no está del todo convencida de no haber soñado. Sigue teniendo una pequeña sospecha: Si tuviera un amante, Valentina, podría decírmelo. A mí no me chocaría. A mi edad, se es indulgente. Incluso me ha dado a entender que en su juventud fue bastante casquivana, pero a mí no se me atrapa así como así. Sólo habría que tener mucho cuidado de que no te vea. También hay que terminar la depilación para el 5 o incluso para el 4, con el fin de que la piel descanse. Hoy, buscaré la hierba para que mañana la emprendamos con las piernas.

(…) Sábado, 28. Hemos tratado las piernas y las dos borlas. No hay bastante hierba para las patillas. Está tan impaciente como yo por terminar. Se hace un champú para aclararse el pelo. Los cabellos se alargan y se ponen rubios.

(…) Ayer por la noche, confidencia en la almohada: Voy a confesarte algo, querido. Cuando estoy en casa en los días de descanso y hace buen tiempo, no me pongo encima más que un vestido; nada más. Me siento más cerca de ti. Voy incluso de compras así; tengo la impresión de que me acompañas. Cuando camino, te hablo. Hace apenas un mes no me hubiera atrevido. Ni aceptado… Sólo que esos días no puedo ponerme el vestido-delantal que te gusta, el de rayas blancas y escote cuadrado: se cierra por delante con cuatro botones y se abre un poco entre un ojal y otro; se me vería la piel. Edad legal, treinta años; de corazón, espíritu y cuerpo, veinte años: así es Noemia.

(…) Domingo, 29. Por primera vez Noemia me interroga

extensamente sobre Elena. Acepto, pensando que es bueno que no olvide que estoy casado: pero ella ha visto más allá que yo. Por lo que dices de su carácter y de vuestra manera de vivir, tengo una idea que tal vez no sea extravagante. Imagina que nos conozcamos en Dijon, ella y yo, por casualidad, en una asociación o a la salida de un colegio. Imagina que de vez en cuando necesite a alguien para cuidar de los niños, planchar las cortinas, depilar las piernas, poner inyecciones, dar masajes, acompañarla al cine por la noche o prestarle pequeños servicios de este tipo. Imagina que, de pronto, nos reconozcamos por habernos visto ya en el Jean-Mercier y nos hagamos amigos, nos invitemos unos a otros, salgamos juntos; que los niños se acostumbren a mí, me instale en vuestra casa, que nuestra intimidad sea cada vez más grande… En resumen, ¿crees que sería posible que llegue a ser la *compañera* de la pareja? Para vivir cerca de ti, haría absolutamente cualquier cosa. Debería ser posible, ya que me dices que Elena es muy «mujer», muy gata, y que no es insensible al encanto femenino. Y, para serte sincera, te diría incluso que no me disgustaría del todo. Nos veo muy bien a los tres en una gran cama, después de que se han dormido los niños, nuestras dos cabezas en cada uno de tus hombros, una a cada lado… ¿Qué te parece? Esto merece reflexión; volveremos a hablar del asunto. No me impacientes demasiado.

(…) Lunes, 30. El vello de Noemia: las piernas están limpias de arriba a abajo. De todo el cuerpo, con exclusión de la cabeza, no queda más que el pompón. Imposible hacerlo para el 5, pero todavía podemos trabajar con los lados de la cara y la frente. Cuando sugerí eliminar la sagrada borla, Noemia tomó posición con toda claridad: Si no te importa, preferiría ver primero qué podemos hacer con la cara. Todavía no se ha decidido por la depilación total. No insisto, convencido de que vendrá solo. Esa «brocha» en el centro del hermoso cuerpo liso y firme es francamente ridícula. No redonda, ni cuadrada ni triangular, en medio del «monte», tiene un aspecto falso, como la nariz de un payaso sobre el rostro de un niño.

(…) Noemia ha aumentado 4 kilos en total desde el inicio del «tratamiento». Ni un gramo de grasa. Una hermosa carne fresca, bien repartida por los miembros, el pecho, el vientre, las nalgas. No sólo me gusta cada día más —lo cual no dejo de decirle de una u otra forma—, sino que se gusta. Con esa naturalidad, cuyo secreto posee, se sopesa los pechos delante del espejo, mide el aumento de la pelvis, acaricia las zonas libres de vello, se palpa las nalgas y los bíceps. Mira, jamás hubiera creído que fuera posible. Gracias a tu ternura, a tu simiente, a tus cuidados. Me has transformado hasta físicamente. Todo es nuevo. Ya no tengo miedo. Viene un momento a rodar sobre mí: Esto hacía yo con mi madre cuando era pequeña. Los labios contra la oreja: Daría todo lo que tengo por ser todavía virgen. Para mí lo eres, querida. Un accidente como el que me has contado no cuenta. La prueba es la eclosión que tú misma encarnas, etc.

(…) Acuerdo con Manuel Belaceque: me presta la 6 x 6, el *flash*, un trípode liviano, un disparador, dos rollos de veinte exposiciones de grano medio y bien contrastado, en resumen, el material necesario; me enseña el manejo y hará en mi presencia el revelado, las pruebas y la ampliación para probarme que no se queda nada él. Yo mismo destruiré los negativos. En su carrera habrá hecho tal vez cien mil fotos; nada puede sorprenderlo. (Guerra de España; Campaña de Siria, dos años en un estudio de Londres, Tripolitania, Egipto, Túnez, etc.). Su recompensa consiste en parte en hacernos un favor y mucho en ver las fotos al revelarlas. Yo pagaré el material.

(…) 1.º de agosto. He reflexionado largamente en el proyecto de Noemia para una vida de tres, es decir de a cinco, contando con los niños. He planeado, modificado, ponderado ventajas e inconvenientes, beneficios probables y peligros seguros. He tratado ser favorable, ya que la experiencia puede realizarse o interrumpirse. Basta que esté previsto en una especie de contrato muy claro, muy completo, muy franco. Por ejemplo, previniendo la «reinserción», etc. Sus cualidades formarían, junto con las de

Elena, un conjunto equilibrado que podría aportar mucho a todos. Pero hay que pensarlo más, no dejar intervenir las consideraciones objetivas. A primera vista, parece irreal, pero, como más lo pienso, menores me parecen las dificultades o, mejor, los peligros. Los problemas serán de dos tipos; primero, materiales y segundo, de carácter. Seguir pensando.

(…) Viernes, 3 de agosto. Mi estado físico mejora a medida que se acercan nuestros dos días de vacaciones… En cuanto a Noemia, su alegría es tal que está desbordada. Se impone no obstante el deber de no venir demasiado a verme para no cansarme y, cuando viene, se queda poco, sin tocarme: ¡Me cuesta mucho!, dice con una mirada golosa. A mí también.

(…) Sábado, 4. He colocado el material de Belaceque en una maleta que esta noche se llevará Noemia al marcharse. Hubiera preferido que la dejara en casa de Richon, donde yo la hubiera recogido media hora después, en lugar de verla caminar desde el Jean-Mercier hasta Saint-Iriex cargada con cinco o seis kilos, pero asegura que para ella esto no es nada, que Richon encontraría sospechoso nuestro tráfico y que nunca se toman suficientes precauciones. Lo cierto es que, además de mis vecinos Pellisseau y Bemaret, además de Séreny, Belaceque y Jean-Michel Roland, cierta cantidad de gente está ahora más o menos «al corriente»: Rosa, Colinette, la señora Vallen, la vieja Deuze, etc. Deberíamos ir con cuidado, porque poco a poco todo acaba sabiéndose. A propósito de la señora Vallen, le ha dicho descuidadamente a Noemia que, si el domingo por la tarde queríamos ir a hacer la «cura» con ella, seríamos bienvenidos. Noemia ha contestado que mi estado todavía me impedía desplazarme, pero que tal vez dentro de un tiempo… Mientras no se le ocurra venir a recordar su invitación el domingo por la mañana, por ejemplo, y encuentre la habitación vacía, a Manuel Belaceque deshaciendo la cama y éste no le explique el asunto… Creo que no nos traicionaría, pero hablaría de ello a sus amigas. De conversación en conversación… (Ha «tomado prestado» de una habitación del séptimo una cama que ha colocado pegada a la suya, según Noemia, con el pretexto de «Curarse» a gusto, pero en realidad para que su favorita fuera a dormir a veces con ella).

Ayer olvidé anotar: explicaba a Noemia con total franqueza en qué punto estaba de mis reflexiones acerca de

su sugerencia de vivir en común y que teníamos que seguir pensando, cada uno por su lado, con ponderación, para tratar de preverlo todo, pero que me parecía que sería posible, y ella ha agregado: «No sé hacer gran cosa, pero, en todo caso, me contentaría con un puesto de "chacha" o de fregona, aun sin sueldo, si me albergarais y alimentarais, con total de poder vivir cerca de ti». Que levanten la mano los que hayan oído a una mujer pronunciar esta frase.

(...) Ahora la táctica está a punto. Partida de Noemia a las ocho de la tarde con la maleta. La mía, hacia las nueve menos cuarto, por la lavandería. En casa de Richon a las ocho cincuenta. Hacia las nueve y media, frente a casa Morey. Ropa oscura. Miles de estrellas. Nadie en los alrededores. Noemia ha engrasado la verja. La puerta de la casa está entreabierta. Desde la escalinata oigo la voz de las dos mujeres. Espera en las sombras. Noche tibia, perfumada por el bosque. Están en la habitación de la anciana, en la planta baja (el antiguo despacho del señor Morey, transformado en habitación desde que ella sufre de las piernas), contigua a la escalera. Entro y camino despacio. La puerta de la habitación está abierta de par en par. Me quedo en el pasillo. Voz chirriante y quejumbrosa de la vieja; voz calmosa y noble de Noemia. Esta sale y me ve: Ahora quiere que su puerta esté siempre abierta; pasa rápido mientras me pongo delante de ella. Dicho y hecho. Subo y espero a Noemia en el descansillo. Llega: ¿Por qué no has entrado? Esta habitación es la nuestra. Querida; no quiero entrar sin tenerte en mis brazos. Hay tanto amor en sus ojos que, si estuviera a punto de morirme, conseguiría darme valor. Entramos tomados de la mano. Corre el cerrojo. El mismo decorado. Se ha empeñado en disponerlo todo exactamente como las dos primeras veces. Estos recuerdos estarán entre los más bellos de nuestra vida. Caricias, besos, susurros. Se quita la bata y se queda en camisa, nuestra camisa. Después, me desviste. Me pongo *mi* bata. En el bolsillo hay un pañuelo perfumado a la lavanda. Muchas caricias en el sillón que está frente al fuego antes de conseguir separarnos el uno del otro. Creo que, aun después de diez años de casados, no dejaríamos de

acariciarnos. Los dos sentimos auténtica pasión por la piel del otro. Y la suya, ahora que esta casi perfectamente desnuda, ha pasado a ser dos veces más deseable. Cena sencilla a la luz de las velas. Pastas secas, champán. El mismo vino en el mismo cubo. Inútil hablar para ponernos de acuerdo. Procuramos echar el ancla en el tiempo que huye. Antes de terminar la cena, Noemia ya está de rodillas en su cojín: ¿Me dejas, querido?, ya no puedo más. Me hubiera sentido muy desilusionado si no lo hubiera hecho. Los codos sobre mis muslos. El escote. Los hermosos senos duros. Puedo comprobar cuánto han cambiado. Han duplicado. Adorable balanceo. Percibo por momentos la cadena fina que reluce suavemente en la penumbra. ¡Ahora bebe, querido! Bebo. Ella también. Silencio. Los leños crepitan. Me «asea» con pequeños lengüetazos. Y luego me lleva a la cama. Ponte cómodo, vuelvo en cinco minutos. Pone orden, va a lavarse, se asegura de que la señora Morey está dormida y de que la puerta de entrada está bien cerrada, cierra cuidadosamente la nuestra, alimenta el hogar, se desviste, se desliza a mi lado. Ha llegado el momento de la perfecta felicidad. Lo saboreamos largamente, en silencio. Intima comunión. Bienestar total. Se destapa, se sienta con las piernas cruzadas y me mira apasionadamente. Querido mío. Me obliga a levantar los brazos por encima de la cabeza. Cada centímetro cuadrado es examinado, palpado, besado. Se estira sobre mí, se introduce la polla a fondo (sólo un minuto, querido, antes de dormir), descansa la mejilla en mi pecho, sueña. Nuestras respiraciones se alternan. Su conejo arde y se contrae con regularidad. La presión aumenta. La obligo a estirarse a su vez y la acaricio. Admirable cuerpo, siempre más *animado*. Se abren los muslos. Tiembla el pompón. Empiezo a frotarla. El jugo desborda, literalmente. Como ya no lo retiene pelambre alguna, se desliza por la raja hasta el ojete. Masajeo una y otro con las dos manos. ¿No olvidas lo que me has prometido, querido? Mañana por la mañana, gatita. Cae con los puños apretados. La espalda se arquea. Gemidos roncos. Gritos. Los muslos vuelven a cerrarse sobre mi mano y la aprietan. Trato de retirarla, pero la retiene. Nos dormimos.

Despertar durante la noche. Resplandor de brasas. Noemia da media vuelta, viene a pegar su espalda a mi vientre, se desliza el pito entre los muslos, toma mi mano, la apoya sobre su pecho y vuelve a dormirse sin una palabra. Espero que su respiración vuelva a hacerse regular para soltarme suavemente. Reaparece en mi sueño durmiendo entre los brazos de Elena, las dos rubias, las dos en camisón largo.

Al despertarse, se pone como un pulpo: ¡Buenos días, amor! ¿Ha soñado usted conmigo? Yo sueño con usted todas las noches. Esta mañana, tengo sed de usted, pero no voy a beberle. Me ha prometido una recompensa. Y, también un azote. ¿Será para antes o después del desayuno? Además, tenemos que hacer fotos. ¿Por dónde desea comenzar? Primero, desayuno; después, castigo, recompensa y fotos al mismo tiempo, ¿vale? No sé cómo sería posible, pero sí, vale. Mientras ella prepara el desayuno, instalo la cámara enfocada hacia la cama. Lo ha comprendido. Durante el desayuno, habla poco y come aún menos. En su mirada se percibe cierta angustia. En cuanto termina de comer, le hago adoptar diferentes poses, sola, y saco una decena de fotos. No todos los *flashes* funcionan; las habrá que no saldrán. Saco también dos o tres fotos del castigo: De pie, de cara a la pared y los brazos levantados. Es difícil hacer coincidir el golpe de varilla con el disparo quedándose fuera del campo de visión. Ahora, el momento que ella espera. Acerco el aparato, lo enfoco en primer plano, la hago ponerse de rodillas encima de la cama, en el ángulo justo, con el objetivo a menos de un metro. Se calla, respira hondo. Unto los órganos interesados, pongo al alcance de mi pie la perilla del disparador, y la penetro apartando las cachas al máximo. Primera foto. Otro *flash*. Segunda foto, en un ángulo menos en «picado». Para la tercera, estimulo suavemente el ojete tras abrirlo con la mano. Tiene una pequeña contracción, normal. Deslizo el foco dos o tres veces y disparo el *flash*. Un sobresalto. Normalmente habría que volver a hacer la foto, pero el placer es más fuerte. Las manos sobre la cadenita. Mi vaivén adquiere amplitud muy a pesar mío. Disminuyo la velocidad y me detengo, temiendo no poder contener por más tiempo el

deseo de hacerle gozar. Quito la polla, la refresco dos segundos y vuelvo a deslizaría en el chocho; después, rozo el botón, que se hincha enseguida. ¿Todo bien, gatita? Muy bien, querido. No me has hecho ningún daño. Puedes volver a hacerlo, ¡pero no dejes de frotar! Salgo del conejo y vuelvo a abrir el ojete. Esta vez la penetración se hace sin problemas. Impresión de succión. Aumenta el placer. Suculento deslizar. Entro y salgo con facilidad. Perfecta flexibilidad del ojete. Noemia también empieza a gozar; me aprieta la mano y gime. Termino antes que ella, pero sigo entrando y saliendo sin dejar un segundo de frotarla. Goza. Caemos de lado. Cinco minutos después, está de pie, lavada, encantada, mientras que a mí me invade un sudor frío, acompañado de escalofríos, dolores de vientre y una intensa fatiga. Los dolores se diluyen. Me quedo por lo menos un cuarto de hora medio inconsciente y no emerjo sino progresivamente. Noemia me ha dado de beber un poco de tónico cardíaco. No sé qué ocurre. Hace ya seis meses que no había tenido semejante crisis. La mirada ansiosa de Noemia desmiente su sonrisa. Poco a poco vuelvo a ver los colores, oigo bien, cesan los dolores. Sed intensa. Vaso de agua azucarada. Noemia se acuesta a mi lado y me da calor. Me ha envuelto el pito en un pañuelo. Junto a ella me recupero bastante bien, pero sigo agotado. No te muevas, querido. Terminaremos las fotos más tarde. Tenemos todo el tiempo del mundo. ¿No estás enfadado? Tal vez hubiera debido dejarte descansar más tiempo… La tranquilizo. Sus brazos frescos rodean mis hombros; sus labios se apoyan en mi oreja.

Mimos y susurros. Es cerca del mediodía cuando vamos al cuarto de baño. Sentado en el taburete, miro lavarse a Noemia y después dejo que me lave ella. Me duelen todos los músculos. Me veo en el espejo: el rostro verdoso, los rasgos cansados, los ojos ojerosos y apagados. Vuelvo a acostarme. Va un momento a ver a la señora Morey y después prepara el almuerzo. Sol deslumbrante. Dormito, pero no duermo. Hace rato ya que Noemia se ha quitado la camisa, que no soportaba, mientras yo sigo bajo las sábanas. Estoy a punto de dormirme cuando ella anuncia que Monseñor está servido.

Almuerzo ligero cerca de la ventana abierta de par en par. En los ojos de Noemia es tan visible la felicidad, la alegría que la transporta es tan grande, que poco a poco vuelvo a subir la pendiente, champán mediante. A los postres, me siento lo bastante bien como para sentarla en mis rodillas. Comemos «boca a boca» el pastel que ha preparado la víspera; es decir, labios contra labios y dientes contra dientes: Cuando recibo en la lengua un trozo que ya has masticado tú, siento calorcito en el vientre como el que siento cuando me trago tu pirulí! ¿Feliz? Como nunca lo hubiera creído posible, querido. Pase lo que pase ahora, nunca me quejaré porque en pocos meses habré tenido más de lo que tienen las mujeres en toda una vida. ¿No te parece que, de cuerpo, corazón y espíritu, estoy convirtiéndome en toda una mujer? La trasformación no es completa. Todavía no tengo un hijo ni un verdadero oficio, pero tal vez tendré pronto todo esto, gracias a ti. Entonces, seré toda una mujer, tu mujer. Me he hecho mujer por ti, ¡de arriba a abajo —y su mirada ríe— y de adelante para atrás! A propósito, ¿te ha gustado el jueguecito por detrás? Me ha gustado tanto que, si hiciese menos calor, te pediría que volviéramos a empezar enseguida… ¡Fíjate! No se me había ocurrido que podía combinarse con una paja. La paja sola es buena, pero, si sé que tú gozas al mismo tiempo: ¡es diez veces mejor! El único reproche que podría hacerse es que la mujer no ve nada. La próxima vez nos pondremos delante del armario y yo cogeré un espejito. Hay otra solución mucho mejor, Gaeleg mía. Ya te la enseñaré. ¿Se ve todo? Todo. Explícame. Trata de imaginarlo. Dímelo, ¡me muero de impaciencia! No se puede contar, te lo enseñaré. Pero ¿cuándo? Cuando pueda; tal vez mañana. Me abraza como un niño, al que se promete una vuelta en tiovivo. Una vez, oí hablar a la señora Vallen con Noelle, no la conociste, era una de sus amigas, y hablaban de esto. La señora Vallen, a la que por lo general no le gustan los hombres, decía: Bah, por delante o por detrás, ¡da lo mismo! Noelle lanzaba exclamaciones: ¿Igual? ¡*’Stás loco*! Nunca les decía a las mujeres: Estás loca, sino siempre: *’Stás loco*. A ella no le gustaban realmente los hombres; no los podía ver. Según ella,

dejarse dar por el culo era horrible ¡y dolía espantosamente! Un trasero de mujer no está hecho para esto, etc. Me preguntaba si hablaban de lo mismo, si realmente se le podía hacer esto a una mujer, pero no me atreví a decir nada, porque me habrían tomado por una cateta. Ahora sé que las dos estaban equivocadas. Para ser totalmente franca, estaba impaciente por saber lo que era y también un poco ansiosa. Pero, si una se abre bien, ¡no hace ningún daño! Al contrario, la caricia del ojete es más bien agradable. Además, es bueno que te hurguen un poco la tripa, si el que te lo hace es el hombre amado. Es como si se dijera que mamar no es bueno, con el pretexto de que no se goza con el coño. Y el gozo del corazón ¿es que no cuenta?

Acaricia con un dedo la polla y los huevos, y pone mala cara: Míralos, pobrecitos, ya ni me reconocen. Míralos, enroscaditos. ¿Qué deducir de esto? Que deben estar muertos. Ella levanta el pito por la piel del dorso y da un lengüetazo a los huevos. Nada… Creo que nunca más se recuperarán. Succiona el nódulo: ningún efecto. ¿Qué va a ser de mí? Te verás obligada a cambiar de hombre… Frunce las cejas, se incorpora: Voy a pegarte. Pega. Me propina una decena de falsas bofetadas y falsos puñetazos. Me hago el muerto, con los ojos en blanco y la lengua colgando. Me resucita a besos: ¡Oh, mira! ¡No está del todo muerta! Rápida, monta sobre mi vientre, la estira, la cubre de saliva y se la pasa suavemente, desde el botón hasta el ojete. En cuanto se ha hinchado un poco, ella intenta introducírsela. En vano. Se dobla y cae blandamente. La indignación la ahoga: Me siento ofendida. ¡Esto no quedará así! —Ven a mis brazos, voy a hacerme perdonar. La acaricio un poco, pero ella me interrumpe: Basta ya, querido: gracias; estás perdonado. Descansa. Necesito más mimarte que cualquier otra cosa. Conservemos nuestras fuerzas para mañana. A cada movimiento lateral que hago, oigo gorgoteos en la bolsa pleural; ha debido producirse una buena hemorragia. No digo nada. Largas caricias silenciosas. La sesión de fotografía queda pospuesta para la otra fecha. Duermo un poco. Corre un momento a ver a la señora Morey cuando llega su vieja

amiga Wollmer. Después, vuelve a acostarse con su cuaderno; le hago preguntas. De la página uno a la cien, la escritura ha mejorado. Los dibujos, la presentación, los títulos, todo está muy cuidado. Conoce el texto; sabe de memoria algunas páginas, ha asimilado el sentido. Acerca la mesa a la cama, se instala; he traído unas páginas para dictarle. A medida que lo hago, quemo mis notas: no queda rastro de mi intervención. Esta «clase» se ha convertido en el Libro de Horas de Noemia, prueba tangible de mi acceso a la cultura. De modo que él es mirado con respeto, manipulado con precaución, guardado con cuidado. Cena ligera. Frutas. Champán. Aseo. Cama. Caricias. Susurros.

Lunes, 6. Noche excelente. Un único despertar: deposición negra. ¿Hemorragia intestinal? Hacía mucho tiempo que no dormía hasta tan tarde. Son casi las nueve. Hace ya mucho calor. Noemia no se ha atrevido a moverse: Dormías bien, pero el sueño era ligero; si me hubiera levantado, te hubieras despertado. Tan sólo he apartado la sábana y te he observado. Dos horas tal vez. Eres tan bello cuando duermes que he tenido que hacer un gran esfuerzo para no acariciarte y besarte. En un momento determinado, has debido soñar con Elena… o tal vez conmigo: estabas de espaldas; de golpe, se te ha levantado como surgida de la barriga. ¡Tenía unas ganas! Un minuto después, una gotita ha aparecido en el agujerito, ha crecido de a poco y empezado a deslizarse hacia la mata. La he recogido con la punta del dedo antes de que cayera. Después, mi querido pirulí ha vuelto a bajar despacito, se ha deshinchado y se ha puesto a dormir. Pero lo curioso es que los huevos siguieron por mucho tiempo moviéndose en la vaina. Esto me ha tranquilizado: no puede todo esto haberse muerto del todo…

(…) Noemia me da la primera lección de lingüística alpina. Su vocabulario está formado de gran cantidad de palabras aparentemente francesas, pero que son desconocidas, sin duda dialectales o arcaicas. Ella tiene tendencia a considerarlas una especie de argot despreciable; debo insistir para hacerle comprender su encanto y valor. Además, las emplea a conciencia y sabe expresar los matices

a la perfección. Ejemplo: ¿qué diferencia hay entre «tarugo», «pirulí», «vaina», etc.? No se utilizan en los mismos casos: un tarugo que se hincha pasa a ser una «broca»; puede «brocar». Si no es muy gruesa, no es más que una «broquita» para «animar bajos». Si se vuelve rojo-azulada, como para entrar en la mujer, es como un botijo listo para «chorrear». Si atrae los labios es un pirulí, bueno para chupar; sabía vagamente que podía hacerse, pero nunca había pensado en cómo hasta que tú me enseñaste. Chupar es «pipar», «mamar» o «tragar»: «dar una pipada» o «hacer una mamada». Se dice sobre todo de las golosinas, de las varillas de regaliz, del chupa-chups. La punta de la broca es el «nódulo», el glande. Con una «carda» se puede «cardar», hacer el amor; también se puede «grupear» o «culear», es decir hacer el amor por detrás. Para eso hay que apartar las cachas, las nalgas, pasar por el ojete y entrar en el «nido» o en la «tripita». La «tripita» es la «tripa pequeña»; el «nido» es más bien la manga por donde sale el pis; se «grupea» más bien en la «tripita». Debajo del «tarugo» está la vaina, el saquito que contiene las pelotas o huevos. ¿Es lo mismo? No; las pelotas son siempre pelotas, bolitas; pero se les dice más bien «huevos» cuando se trata de la clara que fabrican, que, entre nosotros, también se llama «miel de pobre». Normalmente, todo esto está para entrar en la «cajita». ¿Qué diferencia hay con el «chocho»? «Chocho» es de las niñas y las mujeres jóvenes que no han sido estiradas por los partos, que tienen los «labios» todavía frescos y firmes; se habla de cajita cuando se piensa en la herramienta para gozar. Si se abre la raja, la puerta, se encuentra la «yema» o el «botón», y después el «cañón». ¿Y la «cabrita»? Es la parte superior de la raja, la que se ve cuando una niña está de pie y no tiene pelo. La «mata» es el vello, el conjunto de pelos. Si los hay muchos en el vientre se les llama «cespedera», de «césped». El bosque completo, el bosquecillo, es el «bosquillón». Las que no tienen en el montecillo más que un manojo tieso y «locu», tienen una «brocha». El montecillo es un montículo. Si son borlas de pelo en los riñones, en los omóplatos, en los brazos, entre las tetas o en el estómago, las llamamos «haces». ¿Y qué quiere decir «locu»? Es la primera

vez que lo dices. «Locu» quiere decir irregular, desgreñado como mis horribles cejas. Ya no por mucho tiempo. A un hombre también se le puede «menear», «sacudir». ¿A una mujer, no? No, hay que frotarla, hacerle una paja; o «peinaría», si es peluda… Entonces, ¡pronto ya no podré peinarte! Será mejor… Fin de la primera lección de francés local. Ha llegado la hora de pasar por el cuarto de baño y preparar el almuerzo. Me siento mucho mejor que ayer, pero dejo que Noemia me lave de arriba a abajo. Yo no le lavo a ella más que la *zona ardiente*. ¿Una pajita? No, querido, gracias. Hace mucho calor, es tarde… me has prometido otra cosa. ¿Crees que después de almorzar…? Así lo espero. En todo caso su moral es buena. Parte corriendo y canturrea mientras guisa.

Durante el almuerzo, cuando comemos los tomates rellenos, me cuenta: Esta mañana, mientras te miraba, pensaba en algo. Para hacer gozar a un hombre, la mujer dispone de su vientre, de su trasero, de su boca y de las dos manos, por lo que está mejor equipada que él. ¿Qué te parece? Creo que, si se quiere ser justo, no es tan así, porque el hombre tiene una verga, una lengua, diez dedos y otros elementos con los que no has contado. En cuanto a la mujer, puede hacer gozar a su hombre con muchos otros órganos que los que has enumerado. El estupor de Noemia es tal que deja caer los cubiertos encima de la mesa y me mira fijamente: ¿Cómo, muchos otros? Por supuesto. ¿Por ejemplo cuáles? Las axilas, los senos, los muslos, los cabellos, los omóplatos y otros más. Lo irás descubriendo poquito a poco… Salta sobre sus pies y viene a abrazarme: ¡Ah, querido!, cuántos buenos momentos hay todavía en perspectiva… Realmente, no sé nada: ¡con qué tonta te has metido! Es precisamente lo que me divierte, poder hacerte descubrir tantas cosas agradables… Termina de almorzar sentada en mis rodillas. No bien he tragado el último bocado: ¿Cómo te sientes? Crees que podríamos… Sí, lo creo; pero, primero, terminemos las fotos. Agotamos todas las poses: Noemia de rodillas al sol, a punto de pipar; sentada en mis muslos, de frente, con la broca en el cañón y después en la

tripita; después, en la cama, de costado, arriba, abajo. Sobre todo una, que le gusta mucho: acostados, su cabeza en mi hombro, mi mano alrededor de su cintura, los ojos levantados hacia mí en la posición de una radiante esposa al día siguiente de la primera noche… Si hubiéramos tenido otro rollo, lo hubiéramos utilizado. Ni piensa en que todas estas fotos van a desfilar bajo los ojos de Belaceque; empiezo a preguntarme si nos hemos dado cuenta de cuánto esto nos compromete con él. Para terminar, querido, un polvito como el de ayer, ¿quieres? ¡Pero en la posición en que se ve! Recojo el material y las películas, y después la obligo a estirarse de espaldas, con almohadas bajo los riñones. Coge el aceite; unta el palo en toda su longitud; más; detrás del nódulo. Bien. Ahora, levanta las rodillas. Úntate el ojete. Deja el frasco. Cógemelo y mététело en la cajita. —Pero no es…—. Haz lo que te digo. Mira. ¿Ves bien? —Sí—. Míralo deslizarse. Levanta bien las rodillas. Sácalo y húndetelo tú misma en la tripita. Cógelo bien. Empuja suavemente. Así. Un poco más. Perfecto. Levanta bien las rodillas. ¿Ves bien? Es toda ojos. Sonrisa encantada. Ha adivinado ya cuáles son los movimientos de pelvis que provocan el efecto de succión. Trato de excitarle un poco el botón; ella me detiene la mano, hace no con la cabeza. Sus ojos se cierran; ondula suavemente. ¿Goza? Dejo el pulgar en el cañón y prosigo muy lentamente. Ella mantiene los ojos cerrados, murmura sin fin: amor mío, amor mío. Salgo y vuelvo a entrar en la cajita. Los ojos vuelven a abrirse con tristeza, observan unos segundos el hermoso espectáculo y luego buscan los míos con una mueca de reproche: Amor, vuelve atrás… Vuelve a coger el palo y lo mete tiernamente en la tripita. La dejo hacer. Levanta las rodillas y estira el cuello al máximo para ver a gusto. La mano no lo ha soltado; vuelve a sacarlo, lo frota al ojete, vuelve a meterlo, lo saca; lentamente primero, después por sacudones. No digo nada, pero no voy a poder aguantar mucho tiempo. El gozo aumenta pese a que sus rodillas me hacen daño. Deja caer la cabeza, oscila suavemente de izquierda a derecha, gime imperceptiblemente, arrulla. Acaricio la yema con el pulgar y me corro, pero sigo con la

paja. Ella empieza a gozar, gime siempre más fuerte, lanza un grito, echa las manos hacia adelante y me atrae por los hombros: No te vayas, no te vayas. Resisto unos segundos, pero tengo que salir de allí; sus rodillas me hacen demasiado daño y la cabeza me da vueltas. Al reaparecer, la broca envía un último chorro a la sábana antes de que pueda detenerlo. Me estiro y me seco sin ver. Noemia me habla con los ojos cerrados y busca mi boca: Amo, amor mío, eres toda mi vida; mi padre y mi hijo, mi amigo y mi amante, mi amor querido. Fatiga intensa. Aliento corto, tardo en recuperarlo. Un dedo de champán. Uno para ti, uno para mí. Adorable Gaeleg; se pega a mí con todas sus fuerzas y toda su superficie. Suéltame un instante, gatita, no puedo respirar. A disgusto, ella levanta un brazo y lo coloca más lejos. Querido, amor mío. A las mujeres a las que no les gusta esto, es que no están enamoradas. Sensaciones tan dulces, una penetración tan profunda… Cuando gozas, lo noto. Como más gozas, más lo noto, como si estuviera en tu vientre, en tu cabeza, en tu polla misma. Y gozo; gracias a tu broca y a tu dedo, claro; pero también al corazón, porque gozas tú. Cuando te mamo y te la meneo, empiezo a gozar antes que tú. E incluso… tal vez me equivoque al decirte esto, pero no quiero tener secretos para ti… creo que, si te viera gozar con otra mujer digna de ti, por ejemplo Elena, yo también gozaría, a condición de estar cerca de ti y poder tocarte, acariciarte mientras te corres. No soy celosa. Sí, sería celosa, me pondría furiosa si amaras a otra mujer a escondidas. Pero no si estamos juntos, si puedo verte gozar, palparte, si tú también me amas, si después vuelves a tomarme en tus brazos. ¡Ah, querido, si sólo pudiera realizarse nuestro proyecto, si Elena me aceptara! Estoy segura de que la haría feliz; quiero decir, más feliz de a tres que de a dos. ¿Crees que será posible? Sí, lo creo, lo espero y haré todo lo posible para que así sea. Amor mío querido. Todas las noches rezo para que Elena me acepte. Y vuestros hijos, yo que tanto deseo tener uno tuyo, si pudiera al menos ocuparme de los vuestros, ellos lo reemplazarían casi. ¡Si sólo tuviera diez años menos!

Va a lavarse, trae una manopla de baño, me enjabona con

delicadeza, me seca y coge el pirulí en la boca. La dejo hacer. No chupa, pero la lengua, a pesar suyo, tiene atrapado al nódulo. Mi flauta mágica… Cuando la broca está tan dura que me hace daño, ella implora: Puedo volver a meterla un minuto, no te haré correr, te lo prometo. Gatita mía, tengo que tomar el autocar en menos de dos horas; no me hagas gozar. Ha ganado. Se arrodilla encima de mi vientre, mete suavemente la broca en la cajita, y no se mueve. Pero los músculos se contraen al ritmo de la respiración. Se levanta lentamente, toma el tarugo con una mano, se unta el ojete con saliva, se adelanta, lo introduce poco a poco. Se sienta. Cierra los ojos. Pone las manos planas en mi vientre. Gaeleg, mi gatita querida… No contesta, los ojos cerrados, el vientre ondulante. Con una mano aprieta la cabrita. Suspira. ¿Irá a frotarse? Un dedo se desliza. Trato de reemplazarlo, pero dice que no con la cabeza. Los ojos siempre cerrados; una sonrisa beatífica en los labios. Mis manos en sus muslos. Se corre. El dedo apenas se mueve; presiona simplemente. Palidece, gime sordamente, alza la pelvis, vuelve a hundirla. El movimiento adquiere amplitud. Gaeleg, te lo ruego. No me escucha. Un ronquido sordo, ininterrumpido. La cabeza se bambolea. Es mejor hacerla gozar a fondo una última vez. Mis manos en sus pechos. Los pezones parecen avellanas. Los hago girar entre los dedos. Un hilo de saliva le cuelga del mentón. Se olvida del mundo. La mano izquierda ya no se mueve; la derecha me pellizca la piel del vientre. La pelvis sube y baja en sacudidas convulsivas.

Me corro sin gozar, con la verga ardiente, el bajo vientre dolorido, la cabeza vacía, el corazón latiendo enloquecido. Sus gemidos se aceleran. Una serie de gritos. Está lívida, con la frente cubierta de sudor. Se derrumba en la cama. Sus piernas vibran mucho tiempo antes de calmarse. Nos cuesta recuperamos. Se desliza hacia mí, descansa la cabeza en mi hombro y apenas consigue decir: Querido, te pido perdón, no quería. Te lo ruego, querido, perdóname. He gozado tanto que olvidé mi promesa. Castígame, si quieres, pero

contéstame. Su voz se vuelve angustiada. Debo estar verde. Sin abrir los ojos, respondo en un suspiro: Un minuto… Ella se levanta; la oigo preparar alcanfor; vuelve; bebo con dificultad. Vuelve a acostarse, me abraza, llora. Querido, querido…

Seis y media. Tengo que levantarme, cueste lo que cueste. Noemia me lava, me viste, me peina. Se pone el vestido. Bajamos. Entretiene a la señora Morey mientras paso frente a la puerta: Voy a comprar y vuelvo, ¿no necesita nada? Ni siquiera se ha peinado. Sale la primera, observa los alrededores; salgo. Sol deslumbrante. Un vecino sale de su casa al mismo tiempo. Me ha visto. Noemia camina diez metros por delante de mí. La sigo, medio inconsciente. La distancia aumenta. El sendero. La calle. La parada del autobús. No hay nadie. ¿Dónde está Noemia? Me siento en el refugio. Cuando llega el autocar, reaparece. Subimos. Cada bache repercute en todo mi cuerpo. La pleura chapotea. No llegaremos nunca. Una anciana me habla; le digo no con la cabeza. Al llegar, Noemia y un hombre me sostienen. Me siento en un banco. Pasa un momento. ¿Dónde está Noemia? El portero me acompaña hasta el ascensor. Entro en la habitación de Pellisseau. Él va a buscar mi llave, me ayuda a desvestirme. Me acuesto.

Me despierto por la noche. Noemia me da de beber. Pesadillas. Fiebre. Despertar. Noemia, ¿estás ahí? No. Además, ¿cómo podía estar allí? He soñado. Va a hacerse de día. Vuelvo a dormir. Me despierto hacia las seis, después hacia las siete y media. Hace frío. Está allí, con los ojos ojerosos, trastornada, temblando. Me cuesta respirar. Todo el lado derecho está pesado, caliente, dolorido. ¿Hemorragia? Temperatura: 38.5. Ella llora. ¿Qué ha pasado, dónde has dormido? Te movías mucho, me he quedado hasta las once y luego, he vuelto a casa, pero no podía dormir. Hacia las seis, he vuelto. Te pido perdón, amor mío. Todo es… No consigue articular las palabras. Todo es culpa mía. Te pido perdón. No es culpa tuya; no hables; ayúdame. Me da a beber un zumo de pomelo, distintas medicinas. Hacia las ocho, va a ponerse el uniforme. Desayuno. Durante la mañana, vuelve siempre

que puede. Me recupero lentamente y mal. Me lava, almuerza conmigo. Duermo parte de la tarde. Rosa me ayuda a cenar, me obliga a tragar: Noemia ha dicho que es ab-so-lu-ta-mente necesario que coma. Mañana, el señor Grosjean le hará una radiografía. Tome más zumo de pomelo. Irritante complicidad. Somnífero. Noche tranquila.

Martes, 8. Temperatura: 37.4. Estoy francamente mejor. Grosjean me hace una radiografía y una punción: 300 cm^3. He adelgazado un poco. Reposo absoluto. Un día más en las nubes, mirando al cielo. Varias cartas que debería contestar. Me abandono… Impresión de flotar al filo de la corriente. Tiempo espléndido, menos bochornoso. Visita de Belaceque: le devuelvo su material, que ha traído Noemia, pero guardo el rollo pese a su insistencia. Más tarde, veremos. He olvidado agradecerle por las bandejas. Noemia está tan trastornada por su crimen que se pone enferma. Difícil de apaciguar. (…)

Jueves, 9. (Ayer me equivoqué: era miércoles, no martes). También la señora Vallen se preocupa por mi estado. Haca las once, acompaña a Noemia a hacerme una visita. ¿Querrá asegurarse de que estoy realmente enfermo? Noemia la deja un momento en el pasillo para cerciorarse de que sí estoy «visible» y me levanta la sábana hasta el pecho antes de dejarla entrar. Simpática. Muy morena. Parece más una «calienta pollas» que, una «folladora», como se dice. Cuarenta años bien llevados. Algo afectada. Probablemente sea en la vida cotidiana una buena chica. De no saberlo, nadie dudaría, al mirarla, de que es *homo*. Escribe. La conversación se vuelve literaria; luego, Noemia se la lleva. (…) Le pregunto por qué, en determinado momento, me ha levantado la sábana hasta el pecho. Había yo tenido la impresión de que era simplemente para demarcar su terreno y hacer constar que soy «su hombre». No, es porque hacía calor y eras capaz de darle una patada a la sábana y bajártela hasta los pies, como si estuviéramos solos. ¿Crees que se hubiera sentido chocada? No quiero que vea el miserable cacho de tarugo que tienes en este momento; ¿qué pensaría? (Desde ayer, Noemia está indispuesta. A la vez feliz e irritada).

(…) Viernes,
10-8-51
. Casi «recuperado». El golpe fue duro. Noemia sigue *culpabilizada*, pese a todos mis comentarios. Se castiga no tocándome. Tengo casi que enfadarme para obtener un lengüetazo destinado a exorcizar sus demonios. (…) Después de cenar, le pongo una larga compresa en la frente. Delicado trabajo de preparación: delimitar con lápiz blando (lápiz de laboratorio) la zona a depilar, cortar el cabello a la longitud apropiada, hacer un cuidadoso aislamiento. (…) He prometido a Belaceque ir mañana por la noche a ayudarlo (?) a revelar nuestras fotos. No he dicho nada a Noemia, quien, teóricamente, se encontraría en una situación embarazosa y parece ni pensar en ello.

(…) Noemia, a propósito de los términos dialectales o arcaicos: Hace más o menos quince generaciones, nuestros antepasados trataron de volver a bajar al campo e instalarse en las granjas abandonadas. El Abuelo me contó que, por aquel entonces, en el llano había guerras, masacres, epidemias. Mucha gente y cantidad de animales habían muerto. Algunas aldeas estaban vacías, las tierras abandonadas y los pozos secos. Se quedaron durante una o dos generaciones en esta región, y dos o tres generaciones en otras. Se llevaban bien con los campesinos del lugar; las chicas y los chicos de ambos pueblos se casaban. Fue cuando regresaron los guerreros: franceses, suizos, imperiales, y todo volvió a empezar. Muchos de los nuestros fueron muertos, enviados a galeras, perseguidos. Los supervivientes volvieron a las montañas. Fue en esta época cuando nuestra lengua quedó tan contaminada de palabras extranjeras que empezó a volverse incomprensible para los Ancianos. El Abuelo me explicó todo esto. No teníamos palabras para ciertas cosas y, por lo tanto, teníamos que emplear las de los campesinos. (…) Entonces, clanes enteros se adentraron en la montaña, los de los Osos, los Lobos, los Lucios y muchos otros. ¿Cómo, *en* la montaña?, hay grietas, cavernas, inmensos pasadizos subterráneos; todo comunica con los manantiales, las cascadas. Las entradas están ocultas en ciertas grutas, ciertas

espesuras. El Abuelo las conocía. Iba dos veces al año. Les llevaba las dádivas de la comunidad: harina, frutas y plantas. Oficiaba los sacrificios, rezaba, curaba a los enfermos. Imagínate si, después de doce generaciones, no han tenido tiempo de acondicionar los subterráneos, agrandar las cavernas, crear nuevos pasajes… Miles de kilómetros, según parece. Se puede caminar toda una vida sin volver a pasar por el mismo lugar. Se puede ir a Italia, a Suiza, a Austria. ¿Qué comen? Plantas, peces, champiñones. Los del Ciervo comen tierra; saben encontrar ciertas tierras alimenticias, pero no dejan escapar su secreto. ¿Cómo, «los del Ciervo»? Los del clan del Ciervo; yo pertenezco al del León Intrépido. En nuestro clan, se come la carne cruda. ¿Por eso es que ya no comes carne? No. Los del Oso no comen más que pescado, etc. Algunos se han ido tan lejos que, desde hace diez generaciones, no se los ha vuelto a ver. Dicen que tal vez atravesaron la tierra y salieron en el país de los Amarillos o de lo Moros. ¿Siempre contáis por generaciones? Sí. El Abuelo era el último de la octava serie de veinte. ¿Es decir? Es decir que pertenecía a la ciento setenta generación de sacerdotes de nuestro pueblo, de padre a hijo o a sobrino. ¿O nieta? Por supuesto. Entre nosotros, las mujeres son realmente iguales a los hombres. Pero ¿qué hacen bajo tierra toda la vida? Se vuelven blancos y blandos como grandes gusanos, casi ciegos. Duermen todo el tiempo, comen tan sólo cada tres o cuatro días, se reproducen en verano y las mujeres paren en primavera. ¿Quedan muchos? Según ellos, más de mil veces mil. ¿No salen nunca? Muy raramente. Una vez, vi a uno que había venido a buscar al Abuelo después de una batalla. Iba desnudo, blanco verdoso, como un muerto. Había que guiarlo, porque la luz le cegaba. No saben coser, ni hacer fuego, ni leer, ni escribir, ni sembrar. Dicen que ellos son los Verdaderos y que nosotros somos unos degenerados, porque vivimos a dos aguas, ni fu ni fa, a medias como ellos y a medias como las gentes del llano. Olvidan que todos somos hijos del Sol y del agua, y no hijos de la Tierra y del fuego, como las serpientes. Ellos sí comen serpientes, ratas de campo, bestias subterráneas. Incluso sus desperdicios, cuando

no tienen otra cosa; sus excrementos… ¿Tienen intención de quedarse para siempre bajo tierra? Sí, según ellos, es así cómo se debe vivir. Un primo de mi madre, de los Cuervos, se fue para siempre cuando murieron sus hijos. Un año después, regresó; no había podido quedarse. Murió poco después sin haber contado nada. Yo había ido a verle con mamá y Mireille. No veía nada, no decía nada. Se dejó morir.

(…) Noemia: La señora Vallen pregunta si el domingo, después del almuerzo, iremos a la «cura» en su habitación. ¿Qué te parece? Si te gusta, a mí también, a condición de que estemos juntos. Cuando habla de la cura, ¿qué quiere decir exactamente? Quiere decir mirarse, acariciarse un poco, hablar, beber el té, trabar amistad. Le he dado a entender que tú estabas todavía muy cansado y que no podía esperar otra cosa; lo ha entendido. ¿Y por qué siempre en domingo? Porque Gillette, su amiga, se va todos los domingos de diez de la mañana a diez de la noche; tiene autorización para salir con unos parientes de Evian. ¿Estás de acuerdo? Bueno, está bien, si estoy mejor, quedamos para el domingo a la tarde.

Sábado, 11. Hoy Noemia descansa. Sabe lo que tiene que hacer para cambiar la compresa sin mover la parte superior del apósito. No obstante, me preocupa dejar que lo haga sola. Si tiene algún problema, se asustará y, en ese lugar, los errores son irreparables.

(…) El tiempo está siempre más tormentoso. Hacia las cuatro y media, visita de la señora Vallen. Yo estaba durmiendo. Muy elegante: mocasines blandos, pijama americano de nylon decorado con escenas indias de un mal gusto tan deliberado que resulta conmovedor. (Sabía perfectamente que hoy Noemia tenía el día libre). Ha venido para ver si podía ofrecerme un café. ¡Por supuesto! Me levanto. Lanza un gritito muy bien modulado y vuelve los ojos hacia la ventana, mientras yo busco el infiernillo, las tazas, el café, el azúcar, etc. Es americano, se lo advierto; un poco amargo. Vuelvo a acostarme, siempre con gran naturalidad, aunque esté desnudo como un gusano, mientras prosigo con mi exposición sobre los diferentes tipos de café disponibles en el Jean-Mercier… Ella prepara el café. Para

restablecer la situación que la ausencia de Noemia complica, o hubiera podido complicar, llevo la conversación a «nuestra amiga Noemia»: es una lástima que no haya recibido educación ni instrucción; una mujer excepcional; cualidades de corazón poco comunes; recursos mentales algo degradados por falta de uso, pero ya casi recuperados; transformación física. Ha comprendido; asiente, juega a la mujer de mundo (según Noemia, su marido era garajista; *es* garajista, porque todavía no se han divorciado) y termina por llevar la conversación a su tema favorito: ella. Creo que tiene buen fondo, pero está perfectamente integrada a nuestra sociedad, es decir totalmente desnaturalizada, alienada, de un egoísmo inocente, me atrevería a decir. No tiene hermana ni hermano ni hijo. Una novela terminada, pero sin publicar. Otras dos empezadas. Querría escribir para el teatro, etc. Aprovecha un momento de distracción para abrir el segundo botón de la chaqueta del pijama. Sin sostén, pero con *slip* negro visible a través del pantalón. Al hablar, se inclina. Va acalorándose poco a poco. La calmo fingiendo fatiga. Se va: Me alegro de haber pasado un rato tan agradable. Espero volver a verle mañana, si se encuentra bien, con Noemia, por supuesto. No se moleste, etc.

(…) A las nueve, voy a la habitación de Belaceque. Lo ha preparado todo: soluciones químicas, brillo, minutero, ampliador, ¡qué se yo! De cuarenta fotos, seis están veladas y dos movidas. De las treinta y dos restantes elijo ocho de las cuales hace pruebas de contacto. Amplía las ocho a 20 x 30. Según hemos acordado, me llevo todo y pago los materiales. No ha hecho comentario alguno, pero las ha examinado con atención. Cuando Noemia las haya visto, ¿no se sentirá molesta frente a Belaceque? Seis son «excelentes», según él, y entre ellas está la mamada a pleno sol y aquélla que a ella le gustaba tanto. Mañana veremos su reacción.

Domingo, 12. En cuanto llega Noemia dispongo las ocho fotos encima de la cama. Las toma, se pone roja como una amapola; fascinada, el aliento cortado; las deja, vuelve a cogerlas… Observo nuestro trabajo de depilación: más de la

mitad del musgo que le cubría la frente ha desaparecido; las proporciones del rostro han quedado restablecidas; el cabello parece más rubio, la belleza de los ojos es más evidente; la naricilla atrae la mirada. Transfigurada. Se vuelve ella misma. ¿Te gustan? Incapaz de responder. La fuerzo a hablar: en el fondo, no creía sino a medias en eso de las fotos. No consigue despegarse de ellas. Hay que decir que el material de Belaceque es excelente y que, además, ha sacado el mejor partido posible de los negativos. Al ampliar, le he hecho cortar mi cara siempre que podía reconocérseme; no ha quedado más que en aquélla que pidió Noemia, pero se la ve en picado, medio disimulada, y no se me reconoce. Cuando recuerdo el pecho que tenía ella hace apenas tres meses… Desconocida. No hemos tenido tiempo de ver las otras ni de hablar de la depilación; debe volver a marcharse a toda prisa. Son las ocho y media. ¡Vuelvo enseguida! Lo ordeno todo. El cielo se cubre.

No puede liberarse hasta las diez y llega en tensión. Estaba a punto de afeitarme; me veo obligado a detenerme de inmediato: Bandido, ¡lo haces adrede para dejarme sobre ascuas! Examina todo el lote mientras termino. Quiere ampliar otras cuatro. El aire está refrescando. Ayer, vino la señora Vallen a recordarme que nos espera esta tarde a partir de la una y media. [*No se debe circular por los pasillos entre las catorce y las dieciséis horas, horario de la cura obligatoria*]. Déjame ver tu frente. ¿No has tenido dificultades con el cambio de compresas por abajo? ¿Cuándo podrá Belaceque hacer las otras cuatro? ¿No podría darle la vuelta para que se te vea mejor? ¿Cómo lo hace? ¿Las ha visto? ¿Se las podremos enseñar a la señora Vallen? ¿Podré llevármelas a casa? Está en el colmo de la excitación. Le paso una mano por debajo de la falda; el fondo de su braga está mojado. Da un salto: Me voy; tengo que hacerlo todo esta mañana si queremos estar tranquilos esta tarde. No vuelve a aparecer hasta el almuerzo: ¿Has visto mi cabello? He vuelto a aclarármelo. ¿Te gusta? Paso a buscarte hacia la una y media.

A la hora convenida estoy preparado. Llega a menos cinco: Perdona, ya te explicaré. Sin comentarios, deja la

braga y el sostén en mi armario. Cierro la habitación con llave. Ella lleva sus fotos y camina diez pasos por delante. Atravesamos la sala de guardia. Pasillos vacíos. Entra en la habitación de la señora Vallen, deja la puerta abierta. Entro yo; son las dos en punto. Saludos. Temía que volviera a encontrarse mal, etc. Ha corrido el cerrojo. Su habitación es más grande que la mía, pero las dos camas ocupan mucho lugar. En la ventana hay una gran cortina de tul. Cinco minutos de charla mundana. El paisaje. Dos hermosas litografías. Su nombre es Arnaud, ¿no es así? El mío es Nadine. Llamémonos por nuestros nombres, ¡será más agradable! Arnaud, si desea tumbarse, hágalo como si estuviera en su habitación. Me quito la bata y me deslizo entre las sábanas. Desnudo, por supuesto. Mi Noemia está incómoda. La otra también, probablemente, porque habla mucho. Ninguna de las dos escucha a la otra. Intervengo: Sed buenas chicas las dos, no me dejéis solo en esta gran cama; vamos, querida, ¡da tú el ejemplo! Al oír que la llaman «querida» ante testigos, Noemia ya no teme nada. Con un gesto encantador, se quita la bata y la combinación y se desliza a mi derecha. Nadine sonríe. Será la última en desnudarse, por lo tanto ha ganado. Se quita el peinador y aparece en slip de nylon rosado… que conserva para acostarse a mi izquierda. ¡Nadine! No nos hará la afrenta de dejarse esto puesto… No contesta y, como Noemia, apoya la cabeza en el hueco de mi hombro, en tensión, las pestañas temblorosas. Con un movimiento del párpado, Noemia me hace señal de no insistir. La una conserva el brazo a lo largo del cuerpo, mientras la otra se ha apresurado a agarrar el tarugo. Las beso a las dos en la frente y digo a Nadine: ponga su mano en mi vientre; sonría, relájese. Respira con dificultad: Yo no… no puedo; hace cinco años que no toco a un hombre; perdóneme, mi corazón late como el de una doncella. De inmediato, Noemia se inclina para besarla, abandona incluso el talismán para acariciarla con dulzura. Nadine se conmueve. La generosidad de Noemia la seduce: Le presto mi talismán, Nadine, cuídelo; y le coloca la mano en la broca. Nadine sonríe apenas. Noemia sigue masajeándonos

con una mano, y luego se sienta para poder utilizar las dos. Cierro los ojos de Nadine. Nos abandonamos. Noemia improvisa: Veo a un hombre joven, bello como un árbol y desnudo como el agua. Tiene el cabello castaño oscuro y los ojos azules, largas piernas pálidas y el vientre hundido. En su brazo izquierdo, descansa una bella mujer, muy morena, con ojos almendrados. Respira con la boca abierta porque siente una gran emoción. Hace mucho tiempo que no tenía contra su vientre a tan hermoso joven. Tiene una frente amplia y una boca arrebatadora, rosada, finamente dibujada; realmente arrebatadora. —Nadine sonríe a pesar suyo. La mano aprieta—. El pecho es todavía firme, pero esto no es lo mejor; lo mejor son las piernas. —Mientras habla, Noemia acaricia—. El pie es elegante, la pantorrilla bien torneada, la rodilla, nerviosa. —Con la mano libre, acaricio el rostro y el cuello de Nadine. Noemia se desplaza, masajea los muslos, baja con delicadeza el *slip* rosado y lo quita suavemente. Nadine la deja hacer, pero su respiración se ha detenido por un instante—. En cuanto a las nalgas, ¡qué suerte que Arnaud aún no las haya visto, porque ya no querría volver a ver las mías! —Semisonrisa ansiosa. No se relaja sino muy poco a poco y mal. Noemia acaricia—. La espalda está bien dibujada, el cuello es bello, los brazos un poco delgados. Veamos el vientre. —La mueve, Nadine aspira profundamente y dobla los brazos sobre los ojos. A partir del momento en que se ocupan de ella…—. Es flexible; la mata es castaño oscura, las caderas un poco salientes. ¡Qué piernas! —Levanta una—. Realmente soberbias, a la vez rollizas y musculosas. El joven las aprecia de manera visible; ¡si quisiera fingir que no le hacen efecto alguno, nadie le creería! Nadine ríe, abre los ojos y se sienta: Gracias, Noemia. Y la besa. Has hecho que me recuperara; eres realmente una chica estupenda. Comprendo a Arnaud. Vuelve a tu lugar; te restituyo tu cetro. —Noemia vuelve a acostarse. No he oído bien: «tu» cetro o «nuestro» cetro. A su vez, Nadine trata de improvisar: Yo veo a una mujer joven de ojos admirables, tal vez los más bellos que nunca haya visto, con una nariz exquisita, ¡digna de una princesa! —Noemia me besa el

cuello, levanta los brazos, alza una rodilla—. Tiene el cuerpo totalmente depilado, las piernas, las axilas, hasta el vientre, a excepción de un gracioso pompón justo en el medio. —No lo tenga en cuenta; pronto desaparecerá. (Soy yo quien ha hablado. Noemia se calla)—. ¡Tanto mejor! El pecho es digno de las manos más exigentes… La conozco hace un año, pero nunca la había visto tan guapa. ¿Qué ha pasado desde hace unos meses? Está totalmente cambiada; me pregunto si no estará un poco enamorada… —Noemia ríe contra mi cuello— pero… ¿de quién?, y se inclina bruscamente sobre mi pirulí y se lo traga. Nadine prosigue imperturbable: Mi impresión es que este joven no le es indiferente. —La espalda de Noemia se agita; ríe, pero conserva el chupete en la boca—. Hay que reconocer que no está mal, por partes. Los músculos de los brazos y de las piernas se han ablandado, pero aparentemente le queda uno muy vigoroso… —Noemia suelta una carcajada y también el bocado. Les coge una risa loca. Los cuatro pechos se agitan. Pero Nadine no ríe francamente; su mirada sigue angustiada. Noemia le pone tiernamente una mano en el hombro: ¿Tienes ganas de hacer el amor, Nadine?—. ¡No, no! ¿Por qué? —Sí, tienes ganas—. Sí, pero… no quiero; ahora no puedo, te lo ruego… Noemia vuelve a acostarse. En la voz de Nadine hay sollozos dispuestos a estallar. (…) Las dos cabezas en mis hombros. El aliento fresco de una, ardiente de la otra. Hace cinco años que no toco a un hombre, comprendedlo, os lo ruego. Cuando nos conozcamos mejor, os contaré. Ya no soy tan joven como vosotros. Se tapa con la sábana, busca con los ojos el *slip* que Noemia ha tirado encima de la cómoda. ¿Se atreverá a ir a buscarlo? No, vuelve a echarse. Resopla. Tecleteo distraídamente las dos espaldas. Silencio. Noemia está insatisfecha; los hechos se le escapan de las manos; lo noto en la vibración de sus flancos. Su regalo ha sido subestimado, de algún modo. (…) Tendrá su revancha. De pronto se sienta, me empuja, pone a Nadine entre los dos y le levanta los brazos por encima de la cabeza. Le besamos los ojos para hacérselos cerrar y la acariciamos. Noemia de las rodillas hasta la cintura, y yo de la cintura a los cabellos. Nadine

sonríe beatíficamente, entregada por fin. Inclina la cabeza hacia Noemia, le tiende los labios. Beso ligero. Luego hacia mí. Más apoyado. No me atrevo a prolongarlo. Los muslos se abren poco a poco. Noemia desliza un dedo, después dos; yo mamo los pechos. Ella ondula. Noemia me empuja. Me tumbo encima de Nadine. No hay reacción. Penetro suavemente y me quedo inmóvil. Noemia acaricia. Transcurren unos segundos. Nadine se libera amablemente con una sonrisa tierna. Otra vez. A cuatro manos. Goza hasta quedar sin aliento; de pronto, salta hacia el bidet: Perdonadme, pero tengo un miedo horrible a quedar preñada. (…) Después del té, terminamos con una figura de tres: yo acaricio a Nadine, quien lame a Noemia, quien me la chupa. Pero estamos incómodos y nadie goza a gusto; habrá que volver a empezar. Jamás se puede improvisar… (…) Nadine a Noemia: ¿Siempre tragas el… licor? Por supuesto, no voy a escupirlo como una uva podrida; ¿tú no? Perdona, yo… no puedo contestarte; ya te lo contaré… ¿No te molesta que te tutee?, pregunta Noemia. Nadine se había fijado: No olvides que Arnaud y yo estamos casados… y que Gillette está celosa. Es una niña, sabes, pero en el fondo tan tierna, tan frágil; también te hablaré de ella. Noemia se siente ofendida. Arnaud tiene que descansar un poco antes de cenar; ¿no te importa que nos vayamos, Nadine? ¡Animo, querido! Nos separamos tiernamente, con auténticos besos y caricias sinceras. Noemia ya no se siente ofendida.

No hace ni cinco minutos que me he acostado, con Noemia sentada a mi lado, cuando Nadine llama a la puerta y entra, con la cara seria: Hay algo importante que quiero deciros enseguida. Acabo de pasar con vosotros el mejor momento desde hace años. La vida no ha sido buena conmigo, pero ya os quiero a los dos como a viejos amigos. Confío en vosotros y vosotros podéis confiar en mí. No me dejéis caer; necesito terriblemente vuestra ayuda. Nos abraza a los dos a la vez y nos besa apasionadamente con los pómulos encendidos. Después de su partida, Noemia permanece un momento callada: Cuánta soledad por todas partes; creo que es sincera… ¿Y finalmente no le has

enseñado tus fotos? —En el momento en que lo recordé, no estábamos para estas cosas y, después, nos hubiera retrasado; tienes que descansar: estás verde.

(…) Lunes, 13. Ha llovido por la noche. He dormido mal y soñado sin parar con Noemia. ¿Mala conciencia? No. Nadine es un regalo que ella me ofrece; ¿puedo rehusarlo? Todos los problemas pueden resolverse fácilmente; basta con un poco de mala fe.

Jean-Michel Roland: Los médicos creen que puedo trabajar en el estado en que me encuentro. Collé no quiere que me quede aquí más allá del 15 de octubre, cuando, de hecho, debería quedarme por lo menos hasta la primavera. Si me niego, me darán por enfermo crónico; ¿qué será de mí? Mi mujer quiere venir a hablarme de una oficina que conoce su padre, cerca de Sochaux. ¿Me ve a mí encerrado diez horas diarias en un despacho? Sólo pensarlo, ya me pongo enfermo. Esta mañana tengo 37.3, cuando en general nunca tengo más de 36.5. ¿No se le ocurre nada para que me quede aquí hasta la primavera? Con todos los trabajos que tengo en curso, o a la vista… Irene siempre me habla de nuestro nidito; ¡vaya monada será nuestro nidito un año después, con cincuenta mil francos al mes! Etc. —Pensaré en el asunto a iré a verle.

Visita de Nadine: Esta mañana le he dicho a Gillete que Noemia había venido a tomar el té con su amigo. Si la conoces, sé prudente, por favor. Le tengo mucho cariño. Es celosa, es cierto, pero tiene grandes cualidades… además, es mi única auténtica amiga; lo era; las demás no son sino compañeras o simples vecinas.

Visita de Manuel Belaceque: Parece hecho polvo, amigo. ¡Esto le pasa por abusar escandalosamente del personal! Me gustaría estar en su lugar. —Precisamente quería verle: ¿podría reproducir cuatro fotos? Cita para el miércoles por la noche.

(…) 14-8-51. He convencido al pequeño Roland de que escriba a su mujer para que vaya primero ella misma a ver al jefe en cuya oficina «ellos» quieren colocarle para conseguir que le contraten en enero a media jornada. Si hay un

compromiso en firme, Collé aceptará dejarle aquí hasta el 15 de diciembre, por ejemplo. Es muy tímida, no sabrá cómo hacerlo. Que el suegro vaya con ella, pues. Ya me toma por un haragán. Entonces, ¿qué arriesga? Le obligo a escribir al acto y yo mismo echo la carta.

(…) Noemia: Nadine querría que las invitáramos a tomar el té. Gillette te verá acostado, enfermo. Jamás se le ocurriría que Nadine está un poco enamorada de ti. Lo cual no es cierto, además, pero si nos tiene afecto; en su momento, le gustará volver a pasar la tarde con nosotros, pero no está *enamorada*… o si lo está un poco, lo está de los dos, me parece. De acuerdo para mañana.

Un detalle que olvidé anotar: el domingo, Nadine vio la cadena de Noemia, la estudió de cerca y le pidió que se la prestara un momento. Noemia se negó con sencillez: No, Nadine, esto es sagrado. ¿Te imaginas pidiéndole la alianza a una recién casada?

(…) Noemia ha traído un saco lleno de moyuelo. Después de cenar, aplicamos CINCO apósitos: uno en la frente, otro en cada ceja, otro en una patilla y otro en el vientre. Para este último he tenido que insistir un poco.

(…) Visita médica. Ninguna mejora, pero tampoco agravamiento, salvo que el peso sigue bajando. Noemia no conoce a la secretaria médica, la señora Kaspers, más conocida como Señora Caspa. Va a tratar de «camelársela» para ver mi *dossier*. Ha vuelto el buen tiempo.

(…) Miércoles, 15. Té con Noemia, Nadine y Gillette. Nadine muy relajada, agradable y alegre. Noemia, discreta como siempre; de otra clase. La tal Gillette, poco simpática: de unos 25 años, rubia, bastante guapa, pero pretenciosa. Escribe versos a la manera de Anna de Noailles. Es evidente que se siente muy unida a Nadine. Finjo sin esfuerzo estar muy enfermo, cerrando los ojos unos segundos de vez en cuando y respirando mal… Gillette y Noemia salen las primeras al marcharse. Nadine se inclina, acaricia el tarugo por encima de la sábana con una sonrisa prometedora y me lanza un beso: ¡Gracias!

(…) Después de cenar, voy a la habitación de Belaceque.

Las cuatro fotos que había pedido Noemia están listas, una de ellas por duplicado. (Elegida por Noemia para Nadine. Extraña idea).

(…) Viernes, 17. Desmonte: buenos resultados en el «crespón», el pompón y la frente; mediocres, como había previsto, en las cejas. Volvemos a colocar una compresa en lo que queda del pompón y una en la frente. Dejemos descansar las cejas.

Nadine ha preguntado a Noemia si iremos a verla el domingo. Noemia ha dicho que no: Primero, porque no quiero que se acostumbre a que vayamos todas las semanas; y segundo, porque en este momento estás demasiado cansado. Además, porque nunca te tengo para mí. ¿Qué te parece? Has hecho bien. Parece aliviada.

Belaceque le ha preguntado si aceptaría eventualmente posar para fotografías. Le he dicho que en este momento no tenía tiempo, que volviera a hablarme del asunto en invierno. Todavía podemos necesitarlo y no he querido ofenderle. ¿He hecho bien? Sí.

(…) Sábado, 18 de agosto. Día libre de Noemia. Ya tiene hecho su programa: arreglar la casa, hacer la colada, estudiar, ocuparse de la señora Morey (que declina), ir a buscar plantas, hacer compras… Descansa un poco, ¿no? Por la mañana, descanso hasta las nueve. Pero pienso en ti sin parar. Sólo las manos trabajan; la cabeza y el corazón están aquí.

Visita de la señora Vallen después de la cura: Hoy no veremos a nuestra Noemia y quería saber cómo estaba. ¿Cuánto tiene de temperatura? ¿Me permites que haga un poco de café? No te molestes, lo encontraré todo solita. Tengo la impresión de que está desnuda debajo de la bata. Gillette está bastante bien, gracias. Está indispuesta por lo menos una semana al mes, y esto la pone nerviosa. ¿Con qué depilaste a Noemia? No será un secreto, ¿no? El resultado en el cuerpo es maravilloso. La frente despejada transforma completamente su rostro: ya no se le ven tanto los dientes; no se ven más que los ojos y la nariz, que son perfectos. ¡Qué ojos tiene! Yo prefiero las rubias con ojos claros [*como*

Gillete], pero reconozco que los suyos son espléndidos. Una longitud, las pestañas… Imagino que le modificará las cejas. —Sí, pero el procedimiento no es en absoluto secreto; es tan sólo bastante delicado aplicarlo. Hacen falta pecíolos de coriandro muy frescos (doy nombres al azar), mezclados con pequeñas raíces de orégano o de angélica, respetando siempre muy bien las proporciones. Normalmente, se hace en primavera, con plantas nuevas. ¿Te tienta la idea a ti también? Sí, para Gillette—. Deposita las dos tazas en la mesilla de noche y se sienta en la cama, a mi lado. El lugar de Noemia. —Si ella está de acuerdo, puede que todavía sea posible, pero sólo podremos hacerlo Noemia o yo; es imposible prepararlo uno mismo. —Si yo lo deseo realmente, ella aceptará… Etc. —Efectivamente, está desnuda debajo de la bata. No me atrevo siquiera a echar una mirada para no turbarme, pero noto con inquietud que la sábana se levanta poco a poco. —Figúrate que esta niña… etc. Abrevio: tiene 24 años, muy mona cuando está a solas con alguien (salvo diez o doce días al mes), pero salvaje cuando no conoce; ha debido parecerle un poco distante, no la juzgue por eso; cuando la conozca mejor… ¡Oh, Arnaud!, ya me lo decía Noemia: veo que la situación ha mejorado mucho, ¿puedo? Abre la cama con una mano y la bata con la otra; tengo el tiempo justo para detenerla: Nadine, tengo tantas ganas como tú, ya lo ves, pero amo a Noemia y ella me ama, y seguramente tú no querrás hacerle ningún daño. No quiero hacer nada sin su consentimiento. Bastará con pedírselo y aceptará de inmediato; siente mucha *simpatía* por ti. —La tomo por la cintura con ambas manos y la estrecho contra mí, pecho contra pecho. —Una mujer como tú sabe lo que es el afecto. Si fueras una desconocida me dejaría tentar, pero… estás lejos de serme indiferente, Nadine. —Le acaricio la espalda sin darme cuenta. —Arnaud, te lo ruego: sólo un minuto, sin moverme; te prometo retirarme cuando me lo digas. Lo necesito demasiado. ¿Lo juras? Lo juro. La suelto; se arrodilla, se la introduce y vuelve a apoyar su pecho contra el mío. Mejilla con mejilla. Boca a boca. Lengua a lengua. El vientre ondula. Nadine, por favor… Sale de inmediato,

descansa su cabeza en mi hombro y llora de nervios. La acaricio, y ella me empuja la mano entre las piernas. La «peino». Me detiene poco después, sin haber gozado a fondo. Bella sonrisa radiante, a pesar de los ojos húmedos: Gracias, querido. ¿Seguro de que no quieres nada? Vuelvo a tomarla en mis brazos: Échate un instante; no te muevas. Llaman a la puerta, abren; ella se pone de pie de un salto, se ajusta la bata; yo me tapo. Aparece Belaceque: Yo… oh, perdón, discúlpenme, era para… volveré más tarde. Sale. Ducha fría. Ella se peina, limpia las tazas, ordena en silencio, vuelve a sentarse: ¡Qué animal! ¿Quién es? ¿Te molesta mucho? No, no es grave. ¿No me guardas rencor? No, vuelve cuando quieras, pero… háblate a Noemia. ¿Le hablarás de lo de hoy? Por supuesto; tú también ¿no? Me besa en las mejillas, como a un viejo amigo, pero me susurra al oído: Adiós, querido.

(…) Domingo. A las ocho entra Noemia con los ojos brillantes, más guapa que nunca: ¡Mira! Se levanta la falda: ni un solo pelo. La frente y las cejas están cada vez más despejadas. No me canso de besarla por todas partes. Se siente feliz de verme gozar, me cuenta cómo pasó el día, la noche, sus idas y venidas, sus comidas, me interroga. Volvemos a encontrarnos siempre con la misma alegría que si hubiéramos estado separados durante un mes. Yo también te cuento, a mi manera, la visita de Nadine; en el júbilo del reencuentro, el incidente cuela mejor de lo que yo pensaba. No es eso todo: Imagínate que el viernes por la noche me siguió de tejos, caminando por mi izquierda, a unos cincuenta pasos, un gnomo que se deslizaba por detrás de los árboles. El jueves ya me había parecido verte, pero esta vez no estoy segura. Es muy claro; tiene el aspecto general del Abuelo, pero en más joven. No se acercaba en absoluto; simplemente me acompañaba de tejos. Así es cómo actúan cuando traen una buena noticia sin suscitar temor. Yo había agarrado mi cuchillo, sin levantarlo pero también sin ocultarlo. Durante todo el camino en el bosque, se mantuvo a mi izquierda. Yo pensaba en ti, en nuestra ofrenda en el altar ante el Sol, el día de su celebración, tu mano en mi cadena; escuchaba los movimientos de las ramas. Todo era maravillosamente

familiar y tranquilizante. Una excelente noticia se prepara para nosotros. A partir de mañana, vuelvo a ver a la señora Angeli; tengo que conseguir consultar al sacerdote. Normalmente, debería indisponerme en la primera semana de septiembre. Si puedo lograr que me den fiesta, mataré dos pájaros de un tiro. Maravillosa Noemia. (…) Vuelvo a verla durante el almuerzo; ni una palabra de Nadine; no debió ir al pabellón de mujeres; no digo nada.

Visita de Belaceque: Perdóneme por lo de ayer, entré más rápido de lo que deseaba, habría debido encerrarse. No tiene importancia. Sólo le ruego que no diga nada. De hecho, no he visto nada. Vaya hombre, pero ¿qué les hace usted? Pobre de mí, amigo, no gran cosa, ¡ay! Quería simplemente charlar un rato. Lo que él llama mis «éxitos femeninos» le impresiona: No es usted ni rico, ni pobre, ni guapo, ni tonto, ni fuerte, ni divertido. Son raras las mujeres. ¿Cómo lo explica? El azar; basta con estar allí en el momento oportuno. Ah, no, ¡siempre recae sobre los mismos! Como a cara y cruz… No, no es posible.

Noemia por la noche, antes de irse: He ido a ver a Nadine durante la cura. La pobre lloraba en la almohada. ¿Por qué? Porque está jodida. Tiene cuarenta años. Divorciada, o casi. Enferma. Sin oficio, sin casa, sin dinero, sin amigo, sin hijo, sin familia. Gillette es insolente. Sus vecinas son unas hijas de puta. Collé intenta meterle mano; Serret, el dentista, también. No hay más que cerdos por todas partes; haría bien reventando, etc. Le he dicho que nos olvidaba. No nos olvida, pero ayer ha hecho una tontería: Intentó violar a Arnaud quien la humilló diciéndole que, primero había que pedir permiso a mi menda. A estas alturas, me reí tanto que a ella también le cogió un ataque. Las vecinas fueron a ver qué ocurría. Nos entendemos muy bien ella y yo; eso le volvió a levantar la moral. Le expliqué que, en este momento, vale más que no te corras más de tres veces a la semana y que, si le dejo una de cada tres veces, me parece razonable; ¡no voy a darle ahora dos de tres! Me ha dado las gracias y nos hemos besado; hasta nos hemos magreado un poco; le había enseñado mi vientre. Querría que depiláramos también a

Gillette, pero todavía no ha podido hablarle. Es decir, todavía no se ha atrevido. Lo que no nos dijo el otro día es que es verdad que Gillette sale los domingos con gente de Evian o de Ginegra, ya no me acuerdo, pero que se lleva también a Colette Souché, tú no la conoces, es una especie de gran caballo que siempre lleva un cigarrillo en el pico, con un pecho enorme. Tienen la misma edad; ¡vaya gracia que le hace esto a Nadine! Etc. También me ha preguntado si nunca llevaba ropa interior. Le he dicho: raramente, pero dando a entender que nunca lo hago. Porque Arnaud así lo prefiere. Y los pijamas, ¿le gustan? No. ¿Y qué es lo que le gusta? Con una bata basta. Nos hemos entendido.

(…) Lunes. Después del almuerzo, Noemia irá a ver a la señora Angeli. Jean-Michel Roland ha recibido la respuesta de su mujer, quien había ido a ver a la gente de las Construcciones metálicas; están de acuerdo para enero, la media jornada; gracias a su padre, ganará 35 000 para empezar y 40 000 a los tres meses; no queda sino obtener el acuerdo de Collé y de la «Seguridad Social». Creí que iba a abrazarme.

(…) Noemia podrá tomarse la semana del 2 al 8 de septiembre por asuntos familiares. La señora Angeli ha sido «toda miel». Por otra parte, es imposible contar con la Señora Caspa, siempre más intragable, para que nos deje mi *dossier*. Noemia sabe cómo desviar el obstáculo: la señora Chénats va todos los días a la secretaría médica a por las radiografías. Una mañana, Noemia irá con ella hacia las ocho y tomará notas a toda velocidad; ya sabe cómo lo archivan.

(…) Martes, 21. Nadine viene durante el almuerzo. El domingo por la noche, Gillette y ella volvieron a pelearse. Ya no se acuestan. Si yo quisiera y esto no molestara a Noemia, yo podría por ejemplo pasar la noche con ella, sin que ella me pidiera nada; sería sólo por la compañía; está tan sola, nadie la quiere, le gustaría tanto y no molestaría a nadie… Ceder su turno, dar su parte, retirarse, son reacciones tan espontáneas en Noemia que enseguida está de acuerdo. Sobre todo cuando, efectivamente… En estas condiciones, no puedo hacer otra cosa que inclinarme, pero creo que lo que Nadine

quiere realmente es que Gillette lo sepa y se muera de celos. Está tan contenta de nuestro acuerdo que se va de la lengua: Gillette es una egoísta al estado puro; no ve más que su interés en todo y en todas partes; y, además, es una mentirosa: ella sabía que Colette tiene un amante, Reine-Viel, el prototipo del chulo de Toulon, que en un tiempo se entretenía con la hija del dueño del restaurante, y, cuando se lo he preguntado, ha hecho como si no supiera nada. Además, es incapaz de tomar una decisión: a sus veinticuatro años todavía es virgen. Hace ya cuatro años me dijo que estaba decidida a dejarse desflorar, pero nunca encuentra al hombre que le convenga. Y además es perezosa: se pasa los días arreglándose; no lee ni un libro al mes. Etc. En fin que la quiere.

(…) Antes de irse, Noemia me acompaña a la habitación de Nadine para pasar la noche. Generosa Noemia. Su única recomendación: Tiene derecho a un polvo por semana, pero uno solo, ¿entendido? Sobre todo trata de no preñarla. A Nadine: ¿No querrá hacer el amor enseguida? Yo preferiría estar. Nadine, turbada: No, gracias… de veras. Me acuesto. Noemia nos besa tiernamente, confiada y fuerte en su rectitud. Nadine la acompaña y charla un instante con ella en la puerta. Cierra con llave. Viene a tumbarse sobre mí. Querido, ¡qué mujer excepcional es Noemia! Os quiero a los dos como… a la vez como hermana y hermano, como amantes y como a mis mejores amigos.

Ha juntado las dos camas de 80 centímetros, convirtiéndolas en una grande y se ha hecho con un par de sábanas *ad hoc*. No hay mantas; hace calor. ¿Tengo derecho a un camisón? La mirada ríe. No. Si te lo pregunto es para darte el gusto de rehusar. Ha colgado una manta de la varilla de la ventana: Mi vecina de la derecha, Bénédictine, tiene a menudo la mirada curiosa; si mira, no verá más que el pie de la cama o de la cómoda. Pasa al cuarto de baño, se lava, se desnuda, se peina, vuelve, se desliza entre mis brazos, apaga la luz. ¿Por qué apagar? Por la vecina. Vuelvo a encender: Ánimo, gatita. Me toma una mano, la pone en su corazón. ¿Sientes cómo late? Estoy emocionada, querido… Cinco años.

La abrazo, la beso largamente, la acaricio. Querido, ¿podemos hacer el amor una vez? Por supuesto; mañana por la mañana o ahora mismo. Prefiero que seas tú quien decida; Noemia me ha dicho mil veces que te cuide. Entonces, querida, déjate hacer. Separo la sábana: ¡Manos a la cabeza! Ojos cerrados, piernas separadas. Entrégate. Respira hondo. Sonríe. No pienses ni en Bénédictine ni en… nadie. Estate entera en tu cuerpo. La acaricio ligeramente por todas partes. Entrégate del todo; el vientre está crispado. Sonríe mejor. Estoy de rodillas; acaricio la cara, los pezones, el ombligo, las piernas, vuelvo aquí y allí, hasta que el abandono sea realmente total. Entonces, beso ligeramente primero, y después con mayor firmeza, los ojos, la boca, el espacio entre los pechos, el vientre. La sonrisa se vuelve natural, plena. Cuando los muslos se abren de par en par, la magreo y la mamo. Murmura: Querido, déjame cogerla, te lo ruego. La dejo apretar y la hago gozar casi hasta el desvanecimiento. Si Bénédictine está al acecho, se lo debe estar pasando bomba. Nadine ronronea mientras goza, como Noemia, pero menos fuerte y no grita en el momento del paroxismo. También como Noemia, se aprieta enseguida contra mí, como si quisiera fundirse conmigo. Si mi Gaeleg estuviera allí, yo obtendría más placer y pondría más corazón en lo que hago. (…)

Se despierta por la noche: yo miraba las estrellas. Su mano busca enseguida mi vientre, aprieta, se pega a mí: ¡Ven, querido! Ven dentro, te lo ruego… Medio dormida, me monta, se la introduce con furor, se agita frenéticamente. No es nada bueno lo que hace. Ni siquiera me oye. Enciendo la luz, pero ni se entera. Los rasgos desfigurados, los muslos abiertos como una rana, los pechos temblorosos, los dientes apretados, las mandíbulas crispadas, las garras clavadas en mis hombros. Ojos en blanco. Me lo tomo con calma; va a caer en convulsiones, sin duda. Lima con furia. Cuando eyaculo, su gozo se duplica de golpe: los ojos, la boca y las manos se abren; su respiración cesa, se ahoga. Temo realmente que se desvanezca. Pega aún tres o cuatro riñonazos como para fracturarnos el pubis y cae de costado

sin una palabra. Ni ternura, ni delicadeza, ni medida, ni respeto por el otro; una máquina de joder. ¿Dónde estás, Gaeleg mía? Realmente tiene que ser como un favor. Recobra el aliento y va titubeante a lavarse. Apago la luz y doy media vuelta. Cuando se acuesta, finjo estar medio dormido. Se aprieta contra mí, con una mano en mi vientre: Querido, si tengo un hijo tuyo será seguramente el más hermoso del mundo; nunca había gozado tanto; ¿has estado bien? Etc. No respondo más que por onomatopeyas decrecientes. Me besa la espalda, me agarra la «vaina» y termina por dormirse. A mí me costó hacer lo mismo; ¡sería tan hermoso soñar al lado de mi Gaeleg!… No le diré nada, se sentiría herida en su amistad. Cuando me duermo el cielo empieza a palidecer.

Hacia las siete, llaman a la puerta. Nadine se levanta, abre, susurra, regresa: Una vecina. Vuelvo a dormirme. La señora Morey se ha curado. La camioneta del colmado tose y parte haciendo explosiones. Noemia, en camisa, ha preparado el té… El fuego crepita. Cuando abro los ojos, es ya pleno día y Noemia está allí; ha traído mi bandeja. La abrazo y la beso como si hubiera estado a punto de perderla. Su mentón tiembla. Desayuno rápidamente mientras ellas conversan. Parecen grandes amigas. Estoy ansioso por volver a mi habitación. Noemia me precede. Se abre la puerta de la vecina en el momento en que paso por delante. El pasillo. Mi habitación. La cama. Noemia sentada a mi lado. Sus manos cálidas apoyadas en mi torso, su cabeza en mi cuello. Mi mano en su pequeño vientre liso. ¡Qué bueno es estar otra vez contigo, mi Gaeleg! Respira hondo. Ha ganado.

(…) Viernes 24. Noemia ha llevado sus fotos a la habitación de Nadine para enseñárselas y regalarle la que le tiene destinada. Pero, mientras las miraban, ha llegado Gillette. ¡Hubieras visto su cara! ¡No le hubieras dado más de doce años! Ha confesado que eran las primeras fotos «eróticas» que veía. Se sentía contrariada por mostrar tanto interés por no saber nada, porque nos tuteábamos, porque todo había ocurrido sin ella. (También se ha enfadado con su Colette, quien la ha tratado de poetastra). Les hubiera dejado un rato las fotos, pero como no quieres… Además, eras sobre

todo tú quien las fascinaba. Gillette no conseguía tragar la saliva. Preguntan si podemos sacar más copias para ellas. No, una sola basta para las dos, y, ya no quiero molestar a Belaceque con este asunto. Esta noche llévatelas a tu casa y escóndelas. Son peligrosas. Recuerda también traer la hierba para terminar las cejas, la frente y los crespones antes de que te vayas de viaje.

(…) Sábado,
25-8
. Ha vuelto el buen tiempo. A la vez caluroso y ligero. Nunca me he sentido tan alegre. Ni cansancio, ni fiebre. Noemia descansa y me hace falta. Un día sin ella es un día muy largo.

Pellisseau debió haber oído a Noemia y a Nadine hablar en mi habitación. Se muestra cada vez más indignado con mi conducta. Mis sonrisas amables son consideradas irónicas y apenas contesta a mis saludos cuando nos encontramos. No me fío de este tipo.

Nadine viene antes del almuerzo y me pregunta si quiero ir a tomar el té con «ellas» después de la cura. Siempre muy gata. Por fortuna, estoy medio dormido, lo que me permite responder en el tono adecuado que estoy demasiado cansado. (Nos veremos mañana por la tarde con Noemia; basta). Está desnuda debajo de su bata. La abre. ¿Qué tal estoy hoy? ¡Un poco peluda para mi gusto, pero muy deseable! Tantea la sábana: ¿Empinada? Río: No, ya ves, todo en calma chicha. Sólo una caricia, ¿me dejas? Se buena, gatita, tengo que descansar; mañana. ¿Preferirías que estuviera depilada? Ya veremos cuando esté mejor. Si Gillette está de acuerdo, ¿podría, con Noemia, hacernos esto a las dos? ¿Por qué no?

A las cuatro y media, estoy escribiendo frente a la ventana cuando llaman a la puerta. ¿Vendrá a incitarme otra vez? Peor: traen una bandeja con el té y pastas para tres. Vuelvo a acostarme. Nadine me observa con ternura; Gillette desvía la mirada ¡e incluso se sonroja! Se instalan, Nadine en la cama, a mi lado, y Gillette en el sillón. Tengo precisamente el manuscrito de Gillette al alcance de la mano. Le hago mis «sugerencias». (Y no «correcciones»). Primero: demasiados adjetivos y adverbios. Segundo: demasiadas palabras inútiles.

Tercero: demasiadas asonancias involuntarias en las partes en prosa: Toma, lee este pasaje en voz alta, no muy fuerte a causa del vecino; primero tu texto, y luego lo mismo pero ya pulido. Al hablar, me doy cuenta de que la tuteo: Nadine abre ojos como manzanas; Gillette no rechista y lee. Nos detenemos en otra página y la discutimos. Ella sí me trata de usted. Te he tuteado sin pensarlo; si no te molesta… No, no, se lo ruego. La mirada de Nadine exclama: ¡con que éstas tenemos! Creo que más bien hay que traducirlo así: Viniendo de un viejo, ¡qué más da! Para ella, pertenezco a la generación de Nadine, que podría ser su madre…

Cada vez que Gillette baja los ojos hacia el texto, Nadine se divierte frotándome con la uña por encima de la sábana. Al cabo de un rato, me veo obligado a ponerme de lado. Cuando Gillette va a lavar las tazas, se saca un pecho y me acaricia maliciosamente los labios con el pezón. A las cinco y media, finjo de pronto estar agotado. El numerito está bien pensado. Se van.

(…) Domingo, 26. Antes de las ocho, Noemia llega, se desnuda y se acuesta. Largos mimos silenciosos para empezar. A ella también le han parecido interminables estas treinta y seis horas. Ha sonado la media sin que nos lo hayamos dicho todo. Deja su ropa interior en el armario y se va. Collé está de vacaciones; esta tarde estará a solas con Colinette; hay que trabajar duro desde muy pronto por la mañana.

Paso parte de la mañana trabajando en un plano de un hidroavión para el pequeño Roland. Este trabajo de cambio de escala y complementación de ángulos no requiere más que un poco de reflexión y algunos cálculos de nivel cuatro, más o menos. Sería perfectamente capaz de hacerlos si se decidiera, pero no tiene el valor, ni la voluntad de intentarlo. Necesita que alguien decida por él o le obligue a arrancar. ¿Cómo se espabilará en su profesión? ¿Será su joven esposa capaz de secundarlo, de guiarlo discretamente?

Durante una hora vuelvo a leer a Saint-Simon con deleite y exasperación. Noemia ha trabajado bien su clase: todos los capítulos previstos han sido completados, vueltos a copiar y

estudiados. Sólo quedan por revisar los dos últimos. Durante el almuerzo, me cuenta que ha oído decir a Grosjean un disparate sobre el intestino delgado: Te das cuenta, ¡sé de esto más que él!

A la una y media, a la habitación de la señora Vallen. Gillette se ha ido a pasar el día con sus amigos, pero sin Colette. Nadine está encantada. Vuelven a estar bien juntas. Además, están en Montreux en la propiedad de un banquero «donde conocerán a gente bien». Gillette está decidida a dejarse desflorar si encuentra a alguien digno de ella. Nadine quiere sugerirme algo: cuando me encuentre del todo bien, podríamos alquilarle a Richon un Volkswagen e ir de pic-nic los tres. Noemia objeta que no me encontraré del todo bien antes de quince días y que, a partir del 15 de septiembre, «se termina la estación»; que le gustaría, pero que le parece difícil que podamos. Pienso lo mismo y, además, temo los asaltos de Nadine en el campo, pero contesto que en principio estoy de acuerdo; decidiremos cuando esté realmente restablecido. Además, agrega Nadine como quien no quiere, los Volkswagen tienen cuatro plazas; si todo va bien, podríamos llevar a Gillette… Cambiamos rápidamente de tema.

Me acuesto. ¿Quién será la primera en decidirse? Pasan dos minutos; charlan; cierro los ojos. Noemia se quita la ropa: me echo un momento; a las tres, tengo que hacer un recorrido. Cada vez que se tumba pegada a mí, que su hermoso cuerpo liso se une al mío, que sus piernas me abrazan y sus manos me tocan, me invade el mismo bienestar profundo, visceral, como si me inyectaran sangre nueva. Nos besamos hasta perder el aliento. ¡Eh, enamorados, me olvidáis! Nadine se desliza al otro lado. La abrazo. Su abundante mata contra mi cadera. Sus manos en mis partes nobles. Fingen repartírselas, tironeando a un lado y a otro las pelotas, y luego se pellizcan los pezones y se hacen cosquillas. Imposible tenerlas tranquilas. Les recuerdo, señoras, que se supone que estamos en cura. Se hacen guiños. Nadine: ¿Me enseñas a hacerlo? Noemia: ¿No has cambiado

de idea? Nadine: ¡Jamás! Noemia: ¿Lo hacemos? Vale. ¿Qué conspiráis? Se ríen como niñas. Nadine quiere que le enseñe a mamar *con arte*. ¿Por qué? Porque ella no sabe. ¿Es cierto, muñeca? Sí. Antes de casarme, tuve dos amigos, después un marido y después un amante; pero sólo dos de los cuatro hombres intentaron enseñarme y no supieron hacerlo, o es que yo no estoy dotada; ¿quieres que Noemia me enseñe? Sí, quiere, interviene Noemia, pero seré yo quien termine. Entendido. Noemia está encantada de jugar a profesora. Beso los párpados y me ausento. Momento agradable. Las manos detrás de la nuca, las piernas separadas, el vientre blando; hago el vacío. Toda la intensidad se centra en el pirulí y en los huesos. Noemia emplea su léxico con tal naturalidad y autoridad que Nadine lo adopta de inmediato sin el menor atisbo de ironía. ¿Y qué hago con el nódulo mientras lamo el pirulí? Lo tienes en el hueco de la mano. Y el dedo ¿en qué momento lo meto? «Patina» tan sólo el ojete, o mete la punta por momentos, pero no lo dejes mucho tiempo; no se vuelve loco por eso. No tengo bastante con las dos manos. No hables tanto; te ves obligado a soltar el pirulí. Mima el palo separando los huevos. Ahora está muy duro el botijo ¿habría que airearlo un poco? Sí, mientras tanto chupa la vara; pon más saliva; todo tiene que quedar bien untado, desde la punta del nódulo hasta más allá del ojete. ¿Así? Sí, debes dar vueltas; haz rozar tus pechos al mismo tiempo contra el vientre y los muslos. ¡Pero eso me excita! No pienses en ello; para que una pipada salga bien, no hay que pensar en otra cosa sino en hacer gozar a muerte. ¿Así? Está bien; ahora, trágatela; más a fondo; más todavía, escucha su respiración; ya no sabe él mismo si sigue vivo; aprieta el nódulo contra el paladar; mira los músculos del vientre; ya no podrá retenerse por mucho tiempo; más despacio; pásamelo cuando estés cansada. —Vuelvo a abrir los ojos con esfuerzo para los fuegos de artificio: sus cuerpos entremezclados con mis piernas, las dos cabezas desmelenadas, los labios de Noemia que se adaptan q su vez, las cuatro manos relucientes que me palpan, la boca de Nadine que me besa el vientre y la raíz cuando Noemia retrocede. Mi garganta emite un sonido

ronco. Una granada me explota en el vientre. Cuando vuelvo a abrir los ojos están tumbadas de través a mis pies, se besan y se acarician. Vuelvo a las tinieblas… y no vuelvo a emerger sino cuando las oigo ronronear: han apartado a un costado mis piernas, se han echado pies contra cabeza, cada una con la cara y las manos entre los muslos de la otra. Demasiado agotado como para ir a ver más de cerca. La espalda resplandeciente de Nadine. Su larga grupa. Los hermosos cabellos rubios de mi Noemia entre las nalgas de Nadine. En cuanto terminan vuelven a mí, una a cada lado cambiando de lado, y se toman de la mano por encima de mi vientre. Se acarician las mejillas. Me duermo.

(…) Vuelvo a mi habitación para cenar. Nadine trae su bandeja y viene a comer con nosotros. Radiante.

(…) 27 de agosto. El doctor Noemia ha ordenado a sus pacientes una jornada de reposo absoluto: ayer, os habéis pasado; hoy no habrá ducha, ni caricias, ni visitas. Todos en los alrededores han sido advertidos. Pero, doctor. Nada de peros; he dicho; y si ponéis mala cara mañana tendréis lo mismo. De todos modos, no podría. No podrías nada en absoluto; callaros; reposo completo… Tal vez un besito después de cenar, ¡si os portáis muy bien! Sí, doctor. (…).

(…) Martes, 28. El bueno de Kirilenko, el jugador de ajedrez, ha muerto súbitamente anoche. La chiflada que estaba de guardia le oyó llamar hacia las dos, pero no subió hasta «más tarde». Según ella, ya estaba frío. Como si fuera posible. No se puede estar en todas partes a la vez ¿qué quiere?, con una operada, uno nuevo, las rondas, los gota-gota, etc., incluso si te quedas roque un instante, tampoco es un crimen, habría muerto igual un día u otro, eso sí que… mi pobre madre en el cuarenta y cuatro, si les contara, en el bombardeo de Caen, por mucho que corriéramos, etc. A mí me caía muy bien Kirilenko. La discreción, la delicadeza mismas. Tenía razón de estar siempre sobreaviso.

Nadine se encuentra mal; se queda en cama. Debería tener la regla muy pronto, pero a su edad es muy irregular y doloroso. Iré a verla.

Mañana por la mañana, Noemia irá a Secretaría con la señora Chénats y tratará de tomar notas de mi *dossier*. Hay que intentar que coincida el día en que la señora Kaspers no llega temprano con el día en que la Chénats tiene que ir allí para sus cosas.

Visita a Nadine. Debería haberle llegado el 29 o el 30 y sufre espantosamente cuando se levanta; en cama es soportable. La veo muy pálida; mala impresión; esperemos que no sea muy grave. Gillette interpreta el papel de la enfermera devota, lo que le da buena conciencia y la hace más afable. Noemia vuelve a verla antes de irse.

(…) Miércoles, 29. Noemia fue con la señora Chénats a Secretaría y encontró mi *dossier*. Pero estaba «lleno de papeles de todo tipo», no supo qué anotar, oyó ruidos en el laboratorio, tuvo miedo y lo guardó todo deprisa. Lo siente muchísimo, se excusa; mañana por la mañana, regresarán.

Visita a Nadine. Su estado es el mismo, salvo que le duelen también los riñones. No quiere ver al médico. Gillette empieza a inquietarse: ¿y si es apendicitis?, ¿un ataque nefrítico?, ¿peritonitis?, etc. Ha hablado del asunto con Colette, quien aconseja avisar a «la enfermera», quien, a su vez, avisará al médico. Pide también consejo a Noemia, quien aprueba. Dicho y hecho. Antes de irse, viene Grosjean. A Gillette le ruegan que se retire: se siente ofendida. Según la vieja Deuze, confirmado por Nadine, es un problema intestinal combinado con una pequeña infección renal. Análisis de orina. Está furiosa porque naturalmente Grosjean empezó a meterle mano por todas partes e incluso le hizo un tacto vaginal, cosa que detesta cuando se lo hace él, pero está también encantada porque Gillette, Noemia, Bénédicte, la vieja Deuze y yo nos ocupamos de ella. Omite a Colette.

Si todo se desarrolla según lo previsto, Noemia se irá el domingo 2 de septiembre, por la tarde en al autocar de «…?…» (nombre olvidado); luego, de allí *a su casa* y regresará cuando haya obtenido una respuesta *inteligente*, es decir conforme a su decisión. Si debe seguir con sus investigaciones una vez transcurrida la semana, avisará a la señora Angeli; estaremos al corriente por la vieja Deuze. En

mi opinión, todo será muy rápido, porque está absolutamente decidida a que el sacerdote le diga que el compromiso ya no la ata. Me confiesa también que «ha dado a entender a medias» a Nadine y a Gillette que, durante nuestro próximo fin de semana en Saint-Iriex, las invitará a ir a tomar el té con nosotros. Su reticencia me sorprende. Me la explico cinco minutos después, cuando habla de eventuales fotos… Contesto que un té nos llevará dos horas, mientras que una serie de fotos nos hará perder prácticamente un día entero y que, en esas condiciones, dos noches y una mañana no compensan el cansancio del desplazamiento. (No voy precisamente de buena fe: lo que me irrita es que nos haya comprometido «a medias» sin decírmelo antes. ¡No soy Jean-Michel!). Se bate en retirada y sabe hacerse perdonar; hacemos las paces. Ha ganado. Pedir otra vez el material prestado a Belaceque, hacerle revelar los negativos, ver caras nuevas… ¿Nadine y Gillette saben quién es el que los revela? ¿Sospecha Gillette el tipo de fotos a las que se refieren Noemia y Nadine? ¿Olvidan ellas que Gillette no sabe cuáles son exactamente estas relaciones de a tres? ¿Estaremos Nadine y yo restablecidos para el 15 y el 16? (o el 14 y el 15, según el tablero de servicio).

(…) Jueves, 30.

37,7

al despertar. Ganas de vomitar. Costado dolorido. La cabeza llena de niebla. Mal día en perspectiva.

Noemia y la señora Chénats han regresado a hurtadillas a Secretaría. Sin saber qué anotar exactamente, Noemia se ha llevado sencillamente el *dossier*. Inconsciente. Hago el inventario: correspondencia con el Dr. Rougier (Medicina general), el Dr. Trévouet (Neumotórax), el Dr. Celerini (cardiólogo), el Prof. Berquin (catedrático de Neumotórax) y el Prof. Salzmann (Cirugía torácica). Correspondencia con la Seguridad Social. Fotocopias de las hojas mensuales de temperatura y peso. Informe de antecedentes. Boletines de análisis. Comentarios de radiografías. Nota del dentista. Cuadro de punciones con observaciones de Grosjean. Si entiendo bien, jamás nadie se ha planteado que pudiera

curarme aquí, contrariamente a lo que me dijeron; no se trataba sino de un período de observación y aereación; las lesiones del pulmón y de la pleura están tan extendidas que sólo la exéresis puede resolver el problema, como se amputa un miembro gangrenado. Rougier y Celerini expresaban reservas por distintas razones, pero se pliegan a la opinión de los demás, Collé y Grosjean incluidos. Procuro tranquilizarme pensando que han pasado ya seis meses, que el estado general es mucho mejor, etc. En vano. Al contrario: se cita expresamente para una intervención los meses de septiembre u octubre. ¿Habrán informado a Elena? Debería anotar todo esto y volver a colocar el *dossier* en su lugar, pero Noemia no escribe lo suficientemente rápido, Nadine no está disponible, Gillette es poco segura y yo no estoy en forma para esto hoy. Acudo a Séreny, quien viene de inmediato y a quien dicto algunas páginas de notas. Angustia de ver aparecer a Grosjean mientras tengo el *dossier* abierto encima de la mesa. El bueno de Séreny está trastornado. Descubre de pronto, como yo, que dentro de unas semanas estaré en la mesa de operaciones para una mutilación profunda y que, además, según Celerini, hay dos posibilidades contra tres de que no vuelva a despertarme. Es preciso que Noemia no se entere de golpe. Viene a ver qué estamos haciendo: Más tarde, ya te explicaré. Discuto el asunto con Séreny. De pronto me doy cuenta que estoy sencillamente tratando de que me tranquilicen. Cuando se ha ido, me derrumbo. Ganas de morir al acto. Sobrevivir enfermo, en la miseria, o morir, ¿qué es peor? Pero ¿y dejar una mujer joven con dos hijos para mantener? ¿Y Noemia, sus estudios y su porvenir? ¿Qué hacer? ¿Cambiar de médico hasta encontrar a uno que diga lo contrario? Son siete ya los que han llegado a la misma conclusión; ¿por qué creer más a un octavo? La trampa se cierra. Me entrego. «En el fondo de la desesperación, hay un pequeño claro blanco en el que se está casi bien». Escondo el *dossier*. Tratemos de crear el vacío.

Le digo a Noemia que estoy muy cansado. Imposible tragar nada sólido. Por la tarde vomito. Hacia las seis, tengo 38,9

. Nadine también tiene fiebre y los riñones le duelen siempre más. Le dan Rimifon en pastillas y estreptomicina por vía endovenosa. Noemia se lleva el *dossier* para tranquilizarme y lo «suelta» en la séptima planta, no sé dónde. Mañana por la mañana, lo devolverá a su lugar. Si puede. Jean-Michel e Irene quieren saludarme antes de que ella se vaya. Los veo a través de una niebla. Visita de Gillette que «me da un besito» de parte de Nadine, y charla un momento, muy sonriente, insólita. ¿Porque estoy enfermo? ¿Porque Noemia se lo ha recomendado? ¿Porque Nadine le ha contado? ¿Por qué? Pensar en otra cosa. Me duele todo.

(…) Viernes

31-8

. Noche espantosa. Pesadillas ininterrumpidas. Al despertar, tengo

37,9

. Mi cerebro está en ebullición. Imposible razonar. Una sola idea: voy a morir. La desecho y reaparece en otra parte. La aplasto y renace. Le vuelvo la espalda y se disfraza. Está ahí, todo el tiempo. ¿Y Elena y los niños? ¿Y Noemia? ¿Quién tuvo la idea de mirar ese *dossier*? Le digo a Noemia que no había nada nuevo, que sobre todo me he enterado de que tenían prevista una operación para enero o febrero, pero que de momento la habían descartado, que estoy muy cansado, que se vaya tranquila el domingo y que, si nos trae una buena noticia, superaré rápidamente la crisis actual. Sin duda, una pequeña infección. Finge creerme, pero también debe haber mirado el *dossier* antes de devolverlo a su lugar.

Visita de Gillette y después de Séreny. No sé ni qué dicen, ni qué contesto. Nada, sin duda.

(…) Sábado, 1.º de septiembre. Noche bastante buena gracias al Gardenal. He conseguido formular el siguiente razonamiento: no se pueden resolver dos problemas a la vez. Primero, tengo que recuperar el ánimo y después decidir qué debo hacer. Mientras espero, hacerme el muerto, como un lobo herido en el fondo de su guarida: no pensar, no comer, no moverme, no hablar, dormir, crear el vacío, flotar. Ausentarse. Noemia me da calmantes. Floto. Gillette trae

noticias: Nadine se encuentra mejor. Los análisis no revelan nada anormal. Ha vomitado bilis. Sin duda una crisis hepática o algo así. Noemia le deja instrucciones por si no me recupero rápidamente. Le seguimos la corriente para que se vaya tranquila. Por otra parte, se va feliz porque su porvenir depende de este viaje, y desdichada porque tiene que dejamos. Esta semana no ha tenido su «mamada», pero no ha hecho alusión alguna a ello. Además, la señora Morey empieza a perder la chaveta. Si tiene tiempo, pasará a ver a su madre. Lágrimas en el momento de la partida. Las suyas, las mías. Tengo la impresión de que no ha leído o no ha comprendido mi *dossier*.

(…) Domingo, 2.

38,0

al despertarme. Rosa me ayuda con el desayuno y un aseo simbólico. Visita de Séreny. ¿No necesito nada? No, gracias. Gillette me ayuda con el almuerzo. No he comido casi nada. He dormido parte de la tarde. Imposible leer. La angustia de la muerte es como un absceso. Se consigue adormecerla, pero se sabe que está ahí. Noemia estará en al autobús con su maletita y el corazón oprimido. (…) Un día perdido. A las siete, tengo

38,8

.

(…) Lunes, 3.

38,4

al despertar. La cabeza llena de algodón. Grosjean me ausculta. Mañana rayos X y punción. Reaccione, hombre; ¡no se deje arrastrar! Su visita me ha irritado de tal modo que vuelvo a dormirme. Gillette y Colette me despiertan: ¿Quiere que la ayudemos a lavarse? En el estado en que me encuentro todo parece natural. Me agarro a ellas y voy a sentarme en una silla, en el cuarto de baño. Colette me lava la cara, los brazos, el torso. Paso al bidet: Colette sigue dirigiendo el ritual, pero es Gillette quien enjabona, es decir quien se divierte. Es sin duda la primera vez que manipula las partes de un hombre. Enjabona suavemente el saquito de las pelotas. Ahora, el palo; en toda su longitud; anda, aprieta

más, hasta la raíz.

… Mi inconsciencia es tal que tengo que apoyar la frente en la espalda de Gillette, pero me apoyo también con una mano en su muslo y voy subiéndola poco a poca hasta el *slip* de encaje de nylon… Basta así, decide Colette. Me secan y me acuestan. La cama permanece abierta largo rato. Las observo a través de mis pestañas. Muy excitadas: Colette cachonda y Gillette ansiosa.

Vuelven por la tarde. Se sientan al borde de la cama. Charlan. No necesito fingir agotamiento. Algo hay que las fascina debajo de la sábana, pero una inhibe a la otra. Se van como vinieron, riendo a carcajadas. A las cuatro, tengo
38,6
. No ceno. Otro día en las nubes.

(…) Martes, 4 de septiembre. Al despertar tengo
37,0
. Bebo mi té sin ayuda. ¿Dónele estás, mi Gaeleg? Todavía dos o tres día de soledad. Si al menos Nadine pudiera venir un poco en lugar de esos dos saltamontes. Punción: 300 cm^3. Estreptomicina. He recuperado 100 gramos. Observación de Grosjean, al foro: Mejor sería extirpar decididamente el pedazo, pero primero debe reponerse. La señora Chénats, siempre tan atenta, me devuelve a la habitación en silla de ruedas. Noemia debió darle instrucciones muy precisas. Tengo la impresión de que ahora todo el mundo está «al corriente». ¿Qué hacer? Descanso. Cabeza despejada. Después de la punción, el dolor ha desaparecido. Pero, cuando llegan los saltamontes, retomo el aspecto comatoso. ¿Quiere lavarse? Sí… (He oído el ruido del cerrojo). Esta vez, es Gillette quien lava la parte de arriba y Colette la de abajo, sin insistir. Palpo: no lleva braga. Un dedo entre las piernas: ninguna reacción, al menos de su parte. Pregunto con voz apagada: ¿Cómo está la señora Morey? Gillette: Te toma por Noemia. Mejor, gracias en su nombre. Me secan y me acuestan. Me estiro con el brazo levantado, una mano en la frente, lo cual me permite observar entre los dedos, con el cuerpo relajado. Se sientan. Colette se quita la bata y me agarra. Debajo, llevaba un sostén. Lame. Gillette mira

apasionadamente. ¡Ahora tú! Tenla recta, sólo por la base; ¡métetela más! A Gillette le da un vuelco y la suelta. ¡Qué tonta eres! Colette chupa. Cuando considera haber alcanzado la densidad adecuada, se arrodilla de espaldas a mí, se la introduce y atrae a Gillette hacia ella; la desabrocha, la magrea, y, al fin, la lame. Se tocan, se besan, se maman la lengua. De pronto, Colette se detiene, echa una mirada hacia mí, se quita el sostén. La grupa se le dispara. Ningún placer. Trato de acariciar un poco y recibo una palmada en la mano. De pronto se termina. Descansan. Mira, prueba tú ahora, está menos gorda. Esta vez, Gillette se divierte: acaricia, chupetea, lame. De pronto, Colette es presa de un frenesí, le arrebata el bocado y lo sacude a toda velocidad. Murmuro: Despacio, me haces daño. Espero que lo ponga en la boca para correrme. Se da cuenta demasiado tarde y escupe horrorizada. La una ríe con ganas; la otra, de dientes para afuera. Me desintereso totalmente del asunto. Van a lavarse, me tapan. Han olvidado secarme. Fuerte deseo de dejar de fingir para verlas. Vale más no decir nada de momento.

Tarde somnolienta. Angustia. La sala de operaciones detrás de la cortina, el ataúd detrás de la puerta. Elena, los niños, Noemia. Visita de Séreny: ¿Le hace falta algo? No, pero siéntese un minuto. Tengo más ganas de hablar que de cualquier otra cosa. Manuel Belaceque me ha pedido noticias suyas. Ese bueno de Manuel.

37,4

a las cinco de la tarde; lo peor de la crisis ha pasado. ¿Dónde estará mi Gaeleg a estas horas? Elaboro mil hipótesis. Imposible leer. Visita de los saltamontes después de la cena. No resisto al deseo de darles a entender que esta mañana había fingido mi estado de inconsciencia y que podría irme de la lengua. ¿Cómo reaccionarían Nadine y Henri Reine-Viel? Se lanzan una mirada inquieta, simulan la mayor amabilidad: ¿Quiere la bata para ir a dar un paseíto? ¿Un zumo de pomelo? Me vendrá bien que Gillette me ayude mañana durante el desayuno y que Colette me ayude a lavarme. Bueno, ¿a qué hora? Nadine mal de los riñones. No puede sostenerse en pie. Cuando ya no tenga fiebre, le haré

una visita. Tal vez mañana.

(…) Miércoles, 5. Dios sabe qué debió contarle Séreny a Belaceque para que éste venga a «levantarme la moral»; no tarda, por otra parte, en exponerme sus propias ansiedades: su hijo quiere abandonar el organismo estatal, en el que tan bien está, para ser «gran reportero». Es un oficio que es un *camelo*; hecho por periodistas que son un *camelo* para la prensa que es un *camelo*: lo peor es que, cuando has escrito un hermoso artículo Heno de brío, bien documentado, con un uno por ciento de información más un noventa y nueve por ciento de encantadora palabrería, este artículo influye en la opinión y, por lo tanto, en la administración; y no hablemos de los ministros, que son marionetas, sino de los que tiran de los hilos, los verdaderos dirigentes, los altos funcionarios, porque ahí el camelo se vuelve en cierta forma verdad. El periodista influye realmente sobre la situación. El público no imagina la ignorancia, la incompetencia, la vulgaridad de los «grandes de este mundo». ¡Si supiera las fotos que a veces he tenido que hacer! Las suyas, a su lado, eran estampas religiosas. ¡La grosería, la codicia, la pretensión de esa gente! Están totalmente podridos. Lo que los burgueses llaman *el gran mundo*, en el cual sueñan con ser recibidos, no es más que un puñado de estafadores y putas. No me gustaría vivirlo ni con una renta de un millón al mes. En fin, tan sólo unos meses… Etc.

Gillette me ayuda a desayunar, es decir, se sienta en el sillón y cacarea mientras yo desayuno. Llevo la conversación a versar sobre Colette; es exactamente lo que quiere. Por otra parte, no escucho más que de un sólo oído. Sin embargo, anotemos de paso que Henri tolera que ella tenga dos amigas, Jacqueline y Gillette, pero que se pondría loco furioso y sería incluso capaz de matarla si un hombre la tocara. ¿Quién es Jacqueline? La mujer de la pareja con la que salimos el domingo. Nadine debió contarle. Etc. Nunca la había visto tan afable. No obstante, se sienta bastante lejos. ¿Ha olvidado que ayer…?

Cuando Colette viene para el aseo, son cerca de las once. Dice que el dentista la ha retrasado. Ya no juego al enfermo

grave. Me lava la parte superior con aplicación y la inferior con un distanciamiento muy bien imitado. Pero, cuando deslizo la mano por debajo de la falda y la subo por las entrepiernas, da un salto: Oiga, ¿qué le pasa? Por favor, Colette, no olvides vuestros juegos de ayer; no iré a contárselos a Henri, ¡pero no se haga la inocente! No, no es que me escandalice, sino que me sorprende. Bueno, terminemos entonces antes de irnos los dos a descansar. Así pues, sabe más o menos lo que le espera. Me enjabona, me lava y me seca sin perder tiempo, y después me devuelve a la cama. Al pasar, observo que ha corrido el cerrojo. Me acuesto: Quítese todo eso y venga a echarse cinco minutos. No contesta nada y se va tranquilamente. Me quedo como un memo esperando su regreso durante unos diez minutos, antes de comprender que no volverá. Demasiado cansado como para encontrar una explicación. Decepcionado, pese a todo. Imbécil.

Tarde penosa. Malestar general. Ganas de vomitar. A las cuatro,
37,4
. Habría que tener el valor de levantarse y dar un paseo hasta la habitación de Belaceque o de la señora Vallen. Esto me despejaría y me cambiaría las ideas. Forcemos la máquina. La pobre Nadine. Bajada. Vestíbulo. ¡Cuánta gente en las tiendas! ¿Todos son pensionistas? Subida. Pasillo. No estoy seguro del número y primero llamo a la puerta de la vecina curiosa. Nadine me recibe con una sonrisa triste. Desfigurada, mal peinada, sin maquillaje, ojerosa, quince años más vieja. Yo mismo estoy tan agotado que tengo que echarme enseguida. Gillette llega antes de que me haya recuperado: ¡Vaya cara los dos! ¿Les hago té? Buena idea. Nos contamos nuestros males: debe tener algo en el hígado o en la vesícula biliar porque vomita sin parar. ¿No podrán llamar a un especialista al sanatorio? Teóricamente sí; en la práctica, no. Primero porque Collé y Grosjean se ofenderían y, después, porque no lo hay en los alrededores… Cuando Noemia regrese, pídele que se entere de la posibilidad de llamar a uno de Saint-Protais o incluso de Hélian; que venga como

visitante. Gillette sirve el té y sale. Nadine: Acércate un poco, querido; te he echado de menos esta semana, y es que sólo a ti o a Noemia puedo decirles ciertas cosas… Tiene la voz agarrotada. ¿Qué ocurre? Le tomo la mano. Creo que estoy embarazada. La beso tiernamente, poniendo una mano en su vientre: Pero gatita, ¿no tienes la regla?, ¿no debías tenerla desde hace ocho días? ¡Como Gillette no volvió a hablar del asunto, supuse que se había producido! Dice no con la cabeza sin poder hablar (…) Recapitulo: nunca ha tenido hijos y no sabe muy bien cómo funciona, pero se siente hinchada, se ahoga, se acalora por ráfagas, los riñones le «tiran», los pechos se entumecen, vomita todas las mañanas, etc. Ahora bien, siendo la que es su situación conyugal, no puede conservar el feto, pero tampoco sabe cómo deshacerse de él y, además están Gillette y Grosjean, etc. ¿No hay una ginecóloga que viene todas las semanas? Sí, pero no sé cuándo; además, no podrá hacer nada; ¿y si se entera Gillette? Llora. La tranquilizo. Primero: ver a la ginecóloga para estar segura; no decir nada a Gillette ni a Grosjean. Segundo: esperar al regreso de Noemia; ella conoce a todo el mundo aquí y seguramente habrá plantas para eso. Animo, ahora estoy mejor, y vendré a verte; Noemia llegará en dos o tres días. Ya no estás sola; todo se arreglará. Esboza una bella sonrisa entre las lágrimas: Siendo tuyo, sabes, me hubiera gustado mucho guardarlo… Termino el té, pero estoy realmente abatido. Este último golpe me ha liquidado. Vuelvo y me acuesto.

(…) Jueves, 6. Buena noche. Gillette llega cuando he terminado de desayunar. ¿Cómo está Nadine? Su visita la ha animado. Sufre menos y está más en forma. Mañana verá a la ginecóloga como medida preventiva. Si puede ir a verla hoy, se alegrará mucho. Procuraré hacerlo. Estoy a punto de avisarla, pero se va. ¿De qué tiene miedo? Ni una palabra de Colette.

Visita de Jean-Michel Roland. Ha vuelto Collé; le ha visto y le ha explicado el asunto. Acepta tenerlo hasta el 15 de diciembre. Mil gracias, etc. Por la señora Ferrier o por la señora Chénats, no sé por cuál, se ha enterado de que no me

encuentro bien y que estoy solo en este momento, así que si puede ayudarme… Ansioso por tranquilizarme. Esperemos el veredicto de la ginecóloga. ¿Podrá decir algo definitivo ya?

Me llama Grosjean. La señora Deuze me acompaña. Angustia. Exactamente lo que me temía: El señor Berquin y el señor Trévouet concuerdan conmigo; su estado general está ahora restablecido, está usted descansado y oxigenado; podemos operarle sin peligro. El señor Salzmann está de vacaciones, pero regresa el domingo. El lunes o el martes, su secretaria nos comunicará si le conviene el 17 o el 18. Es un gran maestro de la cirugía torácica; no puede estar en mejores manos. Lo que debe hacer ahora es escribir a su mujer para que venga a buscarle hacia el 13 o 14. Esperar más no tendría sentido. Al contrario, conviene aprovechar el buen estado físico y moral, la estación favorable, etc. El siguiente…

Me acuesto. Ni sufrimiento ni angustia ni tristeza. Imposible razonar. Las ideas, los seres, la palabras, me giran en la cabeza en un movimiento absurdo. Imposible detenerlas ni organizarías ni relacionarlas. Hacerse el lobo enfermo. Desearía hibernar hasta el mes de abril. La muerte está en el jardín, en el pasillo, en el cuarto de baño; por momentos, asoma la cabeza por encima del tabique, a la espera. Elena, los niños, Noemia, Nadine. Estoy hirviendo; hace frío. Me levanto, camino de la puerta al balcón, y luego al pasillo. La vieja Deuze viene hacia mí, me sonríe, me habla con dulzura, me empuja, me obliga a acostarme, a beber, a tragar una píldora. Se queda un momento. Tengo la impresión de que me habla. Noemia discute con ella. La acústica de esta habitación se ha modificado por completo. Noemia se recuesta contra mí. No, los cabellos son más finos que los de Noemia. Es Colette. La vieja Deuze debe haberse ido. Lloro. Noemia me acaricia, juega con los huevos como le gusta hacerlo. ¿Has podido ver a tu madre y a tu hermana? ¡Pero si no tengo hermana! Es Colette que ha vuelto, la amiga de Gillette; ¿qué hace allí? Me besa suavemente: ¿Qué te pasa?, querido, cuéntame. Quiero ver a Noemia. Pues cierra los ojos y piensa en ella con todas tus fuerzas. Separa la sábana y

masajea despacio.

Grosjean refunfuña algo y sale dando un portazo: Ella pega un brinco y nos tapa. Demasiado tarde. Recobra la sangre fría: Era Grosjean. ¿Qué ha dicho? No, era el español y nos ha visto; ¿crees que lo dirá? ¿Qué español? ¿Belaceque? El fotógrafo; ¿lo conoces? No lo he visto; si es Belaceque, no dirá nada. Conoce a Henri; sería terrible. Lo veré enseguida; todo se arreglará; ¿qué estábamos haciendo? Nada, ya no tengo ganas. Se arregla, permanece de pie. ¿Te encuentras mejor? He tenido un ataque de tristeza; ya pasará. ¿Todavía me necesitas? No, gracias.

Nadie me ayuda durante el almuerzo. Además, no tengo hambre. Iré a hacer cura con Nadine. Le contaré todo y lloraremos juntos. ¿Por qué no matarse? ¿Y por qué matarse? Elena, Noemia. ¿De dónde ha salido Colette? Recuerdo que no estaba en la habitación cuando he entrado. ¿Y por qué no? Cuando me despierto, son casi las cinco. Hay una nota sobre la mesilla de noche: *Procura venir cuanto puedas. N*. Por un instante he creído que era Noemia, pero no puede ser más que Nadine. Me tomo la temperatura:

38,7

. Contestó en el papel: *Demasiada fiebre. Tal vez mañana*… Se lo doy a la vieja Deuze para cuando reparta las bandejas. Habrá sido sin duda Gillette en ponerlo allí: ha venido hacia las cuatro y media. No como más que el potaje y la fruta. Gardenal. Pesadillas sin pies ni cabeza. Cine de terror. Richon y Grosjean luchan como traperos. Los liquido con una ametralladora. El autobús de Saint-Iriex.

(…) Viernes, 7 de septiembre. Llueve. Ganas de vomitar. Dolor de cabeza.

37,6

al despertar. Cuando vuelva Noemia, estaré mejor. Mañana en las nubes. Tengo que escribirle a Elena. Empiezo un borrador. Visita de Belaceque. Cree que todas las mujeres del sanatorio vienen a echarse un polvo aquí. Le explico: simple coincidencia. No me escucha. Está convencido de que es esto lo que me da fiebre. Estoy demasiado cansado como para entrar en detalles. Me pongo un pijama, zapatillas, un

pañuelo al cuello, mi bata y voy a la habitación de Nadine: ¡Es la primera vez que te veo vestido! Ha visto a la señora Rohm, la ginecóloga. Es probable que esté encinta, pero no se puede estar seguro sino hasta que se cumpla el mes. En todo caso, no la ayudará a librarse del niño. Gillette no sospecha nada. No se lo digas a nadie, salvo a Noemia. Que venga a verme cuando vuelva. Sufre menos de la zona lumbar cuando está de pie, pero sigue vomitando por las mañanas. Peinada y ligeramente maquillada, rejuvenece diez años de los quince que se había echado encima. Necesito una semana más. El 15 o 16 estaré mejor para ir a pasar una tarde con vosotros a Saint-Iriex. Mirada maliciosa: ¡Creo que tendré incluso un regalo muy bonito para haceros! O sea, ¿qué? ¿O sea que, si Gillette no está indispuesta, podremos hacer una serie de fotos como las que tú le has hecho a Noemia? Ella está de acuerdo, e incluso… Todo su rostro ríe. ¡Vamos, habla! Creo que la he decidido a hacerse desflorar para semejante ocasión. ¿Por quién? Todavía no lo sé. Ya veremos… ¿Y Noemia? Ella fue quien tuvo la idea… Le doy las gracias y la mimo, pero, ante su alegría, no tengo el valor de confesarle que, el 16, estaré probablemente muerto, o en todo caso me habré ido.

Almuerzo solo y me reprocho este silencio. De todas maneras, muy pronto Nadine sabrá lo que se prepara e imaginará que mi partida ha sido más o menos provocada por su estado. Vuelvo hacia la una y media. Gillette está allí. Vengo a hacer la cura contigo, si quieres. Gillette se va poco después. Tengo la impresión de que me evita. Sí. Acabamos de volver a hablar de «nuestros» proyectos para el próximo fin de semana con Noemia. Esta vez está bien decidida, pero la perturba hablar claramente de esto y verte de cerca. Tiene unas ganas horribles sabes, pero simplemente teme ser ridícula; por eso es por lo que la idea de hacerlo en público, delante de Noemia y de mí, la alivia y la excita a la vez, sobre todo si se fotografía la escena; ha precisado: en primer plano. Además… Perdona que te interrumpa, gatita. Hay algo nuevo. Me van a operar. Antes de ocho días me habré ido. ¿Por cuánto tiempo? Definitivamente. La boca abierta, las

manos en el vientre, los ojos cerrados. Le tomo una mano. Por unos momento somos incapaces de hablar. Pide detalles. Se lo cuento todo, de la A a la Z. Vuelve a preguntar con la mirada dura, la voz helada. Los nombres de los médicos, las fechas, los tratamientos anteriores, la clínica en la que opera Salzmann, los pronósticos, etc. ¿Tu mujer lo sabe? Acabo de empezar la carta. Se debilita poco a poco, y después llora. Has creído… Sí, por un momento he creído que querías simplemente dejarme de lado. Ausente o muerto, no te abandonaré; Noemia se ocupará de ti; lo hablaremos cuando vuelva. Mi Noemia. Qué golpe para ella. Y Gillette. Pobre chica, a quien le hacía tanta ilusión… Me dejo caer en la calma y nos dejamos deslizar en el desasosiego. Sin reacción, ni la una ni el otro. La trampa se ha cerrado a nuestras espaldas. Ella está encinta; yo, condenado. ¿Qué hacer? Discutimos. Intento analizar, señalizar; ella intenta sintetizar, integrar. El corazón destrozado. La ausencia de Noemia es una espantosa coincidencia. Nos parece que, si ella hubiera estado allí, nada habría ocurrido. No contamos con nadie. ¿Qué hacer? ¿Consultar a otro especialista? Para esto, hay que ir a París y, por lo tanto, dejar a Noemia y a Nadine. ¿Negarme a partir? ¿Qué explicación daría a Elena, a Grosjean, a Trévouet, a Berquin y compañía? ¿Huir, desaparecer? Peor. Terminamos por hablar de otra cosa.

He olvidado tomarme la temperatura. Anoto,
38,2
, el azar. La carta para Elena está terminada, pero no la he pasado a limpio.

(…) Sábado.
8-9
. Se me ha metido en la cabeza la idea de que es hoy cuando vuelve Noemia. ¿Será porque la deseo, o porque mi cerebro ha recibido un mensaje del suyo? Me inclino por la segunda hipótesis. Al despertar,
37,9
. Grosjean sube a verme hacia el mediodía: He hablado por teléfono con mi amigo Berquin; antes de la operación, le hará un chequeo completo; no se preocupe; estas técnicas están

muy perfeccionadas; después, quedará como nuevo; tranquilo por veinte años más, etc.

Al mediodía, me llama Elena. Valiente, pero sin ilusión. Fue Trévouet quien la puso al corriente. Si puede colocar rápido a los niños, vendrá el miércoles. Si no, el jueves. Esta vez, el proceso se ha desatado. No hay esperanza. Paso a limpio y envío la carta preparada, para tranquilizar mi conciencia.

(…) Después del almuerzo, Nadine viene a hacer la cura. Ha recobrado sus ánimos. Es un capítulo concluido, borrón y cuenta nueva. Le cuento la visita de Grosjean y la conversación telefónica con Elena. Me ve tan desesperado que corre el cerrojo y se acuesta en la cama. Me mima, me mece; en vano. Termino por dormirme en sus brazos, la mejilla en su pecho, en plena regresión. Al despertar, hay un perfume en mi cabeza: ¡Llega Noemia! Nadine se toma la temperatura con mi termómetro y después me lo pasa; me lo pongo delante de ella sin limpiarlo, como si fuera un símbolo de intimidad afectuosa… A mis ojos todo adquiere un carácter desgarrador.
38,8
. Vuelve a su habitación; hay que informar a Gillette. Floto. Estoy seguro de que Noemia se acerca; hay una señal que va en aumento. Tengo ganas de levantarme. (…) Llega a las cinco. Siento como un golpe en el corazón al verla tan guapa. Ha corrido el cerrojo, me toma en sus brazos, me besa con locura. Lloro. Mira mi hoja de temperaturas. Le cuento todo, sin orden. Se derrumba. La cabeza en la almohada, los ojos secos. Las manos en el corazón. Sufre demasiado para poder llorar. Yo ya no puedo hablar. Cuando llaman a la puerta para traer la cena, no contestamos. Espera a que el ruido del carrito se haya alejado para ir a buscar la bandeja. Imposible comer. Las lágrimas de Noemia corren en silencio. Nos cogemos las manos. Pasa el tiempo. De pronto se levanta: Voy a ver a Nadine y vuelvo.

Hacia las ocho, Colette ha sabido por la señora Kaspers, a quien conoce, que según Berquin ni siquiera soportaré la operación. (La señora Kaspers no sabía que Colette me

conocía). Noemia ha sido informada por Gillette y Nadine. Me cuenta los detalles. Gillette también sabe ahora que Nadine está embarazada. El desastre más absoluto. ¿Podrás ayudar a Nadine? No lo sé; me informaré. Para empezar le pregunto sobre su viaje: Oh, ahora… Abrevió: vio a dos sacerdotes, uno joven y otro viejo. Les explicó todo y lo entendieron muy bien. Pero no puede retractarse del juramento. ¿Qué hacer? Casarnos. Aunque infrecuente, la poligamia sigue siendo posible. Pero ¿Y la primera esposa? Ningún problema. Bastaría con que fuéramos los dos a ver al sacerdote, etc. Se va a descansar. Mañana por la mañana tiene que volver al trabajo.

(…) Domingo, 9. Todo un cantón de Arnaud ha estado agonizando estos últimos días y ha muerto ayer. Ya no me importa nada. Ya no me desespero. Ya no lloro. Sencillamente, ya no vivo. Espero. El dolor que, al morirme voy a causar a Noemia me anonada. Por no hablar del mío. En cuanto al de Nadine… (…)

38,0

, al despertar. Noemia me ayuda a lavarme. Ni bromas ni caricias. Me habla siempre con ternura, pero no debe poder evitar pensar que soy el único responsable de todo este lío. Y es cierto. No vuelvo a verla hasta después de la cura.

38,9

. Incapaz de pensar. Visita de Belaceque. Cinco minutos. Visita de Gillette: Nadine y Noemia hablan de la situación. A mis espaldas, sin tenerme al corriente: ya no cuento para nada. Me besa suavemente con la punta de los labios, por culpa de la barba, y se sienta a mi lado. ¿Ya no tiene miedo? Me habría gustado mucho que fuera usted quien me iniciara; le echaré de menos. Acaricio la rodilla, dejo la mano en el muslo. El día en que tenía tanta fiebre, cuando vine a lavarle con Colette, ¿es verdad que fingió estar inconsciente? Sí. ¿Te lo dijo Colette? Sí. Ríe. ¿Me vio desnuda? Claro. ¿Nos vio haciéndolo? Sí. ¡Mire! Se levanta la falda: ¿Le gusto? Mucho. ¿Más que Colette? Mucho más. ¿Más que Nadine? Físicamente, sí. ¿Puedo acariciarme un poco encima de usted? Es peligroso, gatita… Va a correr el cerrojo, vuelve, se

arrodilla, se frota. La detengo unos segundos después: Me haces daño; va a llegar Noemia. Se aprieta despacito el himen, vacila, me mira intensamente. Cierro los ojos. Se levanta, me tapa, me besa. Se ha ido. Ya no volveré a verla. Ya me es igual. Mi Gaeleg.

(…) Lunes.

37,8

al despertar. Muy tenso. Tiempo gris. Si instalaran un cuentagotas permanente de suero fisiológico en la base de la cavidad pleural y un trocar arriba, con instalación permanente de antibióticos, sin interrupción durante por ejemplo una semana, estoy convencido de que se aliviarían las lesiones. Se lo sugiero a Grosjean. Descanse, no piense en nada. La operación será el 18 a las diez. Salzmann será secundado por Edward y la señora Castelnary, su anestesista-reanimadora. Tengo que ir a París para un congreso el 30 y el 1; iré a verle… ¡si todavía está internado! Los enfermos deberían crear un sindicato, elegir a delegados para discutir con los médicos, las clínicas, la Seguridad Social. Transcurre el día. Mi pobre cabeza se confunde siempre más. Noemia viene y vuelve a salir sin cesar.

(…) Martes, 11.

38,6

al despertar. Transporte en camilla. Punción. Ya no quiero beber ni comer ni abrir los ojos. Las visitas están prohibidas. Me gustaría morir con Noemia. Le hablo de Nadine, pero no entiendo la respuesta. Demasiado cansado para repetir la pregunta. Ella también está enferma: le duele la garganta y la barriga. Pone orden a mi ropa, mis libros, mis papeles, y llora. Yo no lloro en absoluto. No sufro. En nuestro próximo fin de semana, Richon nos llevará al altar del Sol; estoy seguro de que podría curarme. Noemia me obliga a beber caldo. Se queda después de la cena. Me habla mucho, a media voz, a causa de su garganta. Me cuesta seguirla. Son varias las cosas que no debo olvidar. Repito sus palabras, pero ya no sé de qué se trata. Elena, los niños, Elena, los niños, Dijon, Noemia, su «clase». La enfermera de guardia trae una tumbona e instala un transfusor. Noemia llora sin

parar; es irritante. La enfermera de guardia duerme. La cabeza de Pellisseau.

(…) Miércoles, 12. De golpe pienso que Noemia ya no volverá; la llamo con todas mis fuerzas. La enfermera enciende la luz, toca el timbre, me obliga a acostarme. La muy chiflada me mira mal. Me agarran, me pinchan, me hablan de la señora Rohm. ¿Para el parto de Nadine? Imposible. ¿Qué tiene que ver la señora Rohm con todo esto? Discuto solo.

37,8

al despertar. La barba está cada vez más dura. La vieja Deuze me enseña mi jeta en su espejo. Noemia está enferma; hoy no vendrá. ¿La señora Rohm tiene que venir a examinarme? Ríe; yo río con ella. Si solamente pudiera morir un poco. Grosjean me impide hablar. Me gustaría salir a tomar el aire. Elena ha venido sin los niños. Me hace mil preguntas, pero no sé nada. Trévouet le ha dicho que no corro peligro alguno, que ahora se han perfeccionado este tipo de operaciones. Encuentra que Richon no es nada simpático. Por la tarde, mi confusión se disipa. Elena ha venido realmente a buscarme; la abrazo y lloro. Ella también llora. Si pudiera hablarle de Noemia y de Nadine, me sentiría muy aliviado. ¿Veré a los niños antes de ingresar en la clínica? No. Abandono. Oigo a medias lo que me cuenta. Me lava en la cama, me pone agua de Colonia, me obliga a ponerme una chaqueta de pijama.

(…) Jueves, 13. Elena ha dormido en una cama colocada contra el tabique del cuarto de baño; ha traído un camisón corto transparenté, como los de las películas americanas, pero no se ha dejado tocar. En cuanto se despierta, termina las maletas y luego va a ver a la señora Kaspers, al doctor Collé, a la contable, a la bibliotecaria. Vuelvo a dormirme, sin rastro de Noemia. El carrito viene a buscarme; me ponen montones de ropa, calcetines, una bufanda. Desde el ascensor veo a Nadine y a Gillette sentadas en el vestíbulo. El aire está frío; veo por un instante más a Gillette mientras me atan en la ambulancia. Tiene los ojos rojos. Ella también debe tener frío. Elena y Richon llevan las maletas. Me molesta no tener nada que hacer. Si tan sólo Richon, por descuido, nos llevará

a Saint-Iriex. La carretera, la estación. Tiemblo. Cierro los ojos para que la gente no me mire. Elena me sostiene la cabeza. Silla de ruedas. Cruz Roja. Sala de espera. Vómitos. Palangana. Sueño. Ambulancia. Clínica. Inyección. Temperatura. Naufragio.

(…) Viernes, 14. No me dejan tranquilo ni un minuto. No hubiera debido dejar que me trajeran. No dejo de pensar en el Jean-Mercier. ¿Qué hará Noemia? ¿Qué dirá, qué pensará? La pobre Nadine, con su intruso en la barriga. La pequeña Gillette. Ni siquiera saludé a Séreny. Es absolutamente necesario que pueda hablarle a alguien de Belaceque, de Jean-Michel, de Séreny.

Mi Noemia. Debo enterarme de si la señora Morey se ha restablecido. ¿Qué era lo que no debía olvidar? ¿Qué más da, si muero la próxima semana?

Operación, el 18: ablación de ambos lóbulos. Sobreinfección. Hemorragias. Reapertura el 2 de octubre: ablación del resto del pulmón y la pleura. Resección de las costillas. Tres meses de clínica. Lesión del pulmón izquierdo. Rimifon, P. A. A., Estreptomicina. Crisis cardíaca. Cinco meses en el Centro de Lèques para enfermos contagiosos. Un año entre la vida y la muerte, sin tocar la pluma.

(…) 21-10-52: Estimado señor: no se sorprenda de la devolución de su carta a la señorita Hermaz, porque ésta ha dejado la casa, por razones de salud, el 30 de noviembre de 1951. He preguntado de su parte a sus antiguas colegas, las señoras y señoritas Chénats, Deuze, Ferreri, Ferrier, Di Tonti, Thomé, etc…, pero todas me han confirmado que no sabían más de lo que la interesada les dijo al partir, es decir que «regresaba a la casa familiar». Creo recordar que tenía una hermana en el Dauphiné, pero ignoro dónde. Tal vez el registro civil de Saint-Iriex pueda ayudarle en su investigación. Espero que su salud, (*etc*.). María Degli Angeli.

(…) Querido Arnaud, me entero apenada de tus

tribulaciones desde hace un año. Debo confesarte que me creía olvidada. (…) Formábamos en efecto, como dices, un buen equipo, y muchas veces he recordado con emoción los agradables momentos pasados juntos. (…) Tal vez recuerdes que, el día de tu partida, yo tampoco me encontraba del todo bien. La especialista local no había podido dar sino un diagnóstico provisional, que, poco después por desgracia resultó exacto. Pocas semanas después, tuvo no obstante un desenlace feliz. Debo decir que nuestra amiga Noemia me prestó en esas circunstancias una gran ayuda material y afectiva, pese al estado en el que ella misma se encontraba (…) En cuanto a Noemia, tras atravesar un período espantoso, por las razones que conoces, durante el cual hemos creído que iba realmente a perder la razón, se le abrió otra caverna en el pulmón y tuvo que dejar su empleo. Creo que tenía también un problema de alojamiento. No sé qué ha sido de ella. (…)

En cuanto a mi pequeña vecina Gillette, es estudiante en Lyon y no la veo más que de vez en cuando, más guapa que nunca y siempre en el mismo estado… Si pasas por aquí, no dejes de avisarme (*etc.*), Nadine.

Señor, en respuesta a su pregunta del 16 del corriente, lamento decirle lo que sigue: la señorita Hermaz, Valentina, abandonó este municipio en el mes de marzo último sin dejar dirección. Quedo de usted (*etc.*). Grandjo Luden, secretario del alcalde.

Señor, en efecto, la señorita Hermaz se trasladó, después del fallecimiento de la señora Morey y vivió un tiempo en casa de los esposos Collery, pero, al encontrase otra vez enferma, tuvo que regresar al hospital. Al parecer, regresó después a su casa, cerca de Grenoble o de Vienne. Lamento no poder (*etc.*), Señora Renaudin, empleada de correos.

Señor, la señora Wollmer, mi suegra, recibió su carta y le agradece sus buenos deseos, pero desde la muerte de la señora Morey ya no ve a nadie y nada sabe de su antigua inquilina. Le ruego que la excuse (*etc*.), R. Matthieu.

Estimado señor, su primera carta, con la indicación de «Remítase al destinatario» y enviada al Jean-Mercier, me llegó efectivamente, pero la perdí y no supe qué hacer. Por suerte, la segunda me ha refrescado la memoria. Esto es lo que ocurrió: cuando usted se marchó, Noemia estaba enferma y no se restableció rápidamente. Cuando yo me marché a mi vez, ella ya se había ido y nunca volví a tener noticias suyas. (…) Mi mujer le envía sus mejores recuerdos. Créame que si llegara a saber (*etc*.), Jean-Michel Roland.

Querido Arnaud, me he enterado por la señora Vallen de que ha perdido contacto con su amiga Noemia y que está intentando restablecerlo. Por desgracia, pese a que me quedé en el Jean-Mercier hasta julio, no supe nada positivo, salvo que una de las mujeres de servicio contó que Noemia había muerto en Saint-Iriex. Preguntamos entonces a la señora Angeli si era cierto, pero era una confusión: en efecto, su patrona había muerto, pero Noemia simplemente se había marchado. (…) Además, no debe olvidar que ella conocía su apellido y su dirección y que, si no se ha puesto en contacto con usted, tiene que ser sin duda por razones de fuerza mayor. (…) Este verano pasaré por Dijon y será un placer volver a verle (*etc*.). Gillette.

Querido amigo, nuestra común Amiga, Gillette A., me ha contado por Casualidad, durante las últimas Vacaciones, su escrúpulo para con una de las Empleadas del Sanatorio. Permítame aconsejarle que lo deje correr. Este Tipo de Cosas no causan sino Decepciones, ¡cuando ya no se tiene ni el Tiempo de ver a los Seres queridos! (…) He conservado el

mejor de los Recuerdos de nuestros Encuentro y nuestros Juegos de Sociedad, por desdicha siempre apresurados. Pero resulta que estaré también en París, donde no conozco a casi Nadie, por un período de 5 meses a partir de finales de Enero. Si usted aún vive allí por entonces, comuníquemelo enseguida a la siguiente Dirección (*etc*.), Colette Souché.

Señor, nos apresuramos a responder a su pregunta. Al fallecer nuestra pobre amiga, la señora Morey, durante el invierno
51-52
y al estar su inquilina, la señorita Valentina, ya enferma y muy afectada por su soledad, vino ésta a vivir con nosotros, porque los herederos habían puesto la casa en venta. No se ha vendido, de todos modos. La hubiéramos tenido con gusto con nosotros más tiempo, pero su estado se agravó y regresó a casa de su hermana; después, fue con las Hermanas del Buen Socorro, en Bellay-du-Rion, donde ya había estado. Una dama de Saint-Iriex, que ha estado en el Buen-Socorro y que tiene su hija en Bellay, nos dice que la señorita Valentina se casó allí con un jubilado. En esas condiciones, tal vez fuese lo mejor (*etc*.), Señor y Sra. Collery.

Señor. No hemos tenido a ninguna alumna-enfermera con este nombre por lo que le devolvemos su carta. Quedo de usted (*etc*.), La secretaria.

Señor, sí hemos albergado a una enferma llamada Hermaz durante, aproximadamente, medio año. Su piedad, su modestia y su cortesía, han suscitado la admiración de sus compañeras. Nos dejó, físicamente curada, el 19 de agosto de 1952. Pero el Señor la destinaba aparentemente a funciones más altas que aquellas a las que la habían obligado las circunstancias, porque eligió ir a llevar el socorro de sus cuidados a los paralíticos de Mont Saint-Vicent. Faltaríamos a

nuestro deber para con su memoria de no señalar aquí la particular devoción que profesó por nuestra Capilla de los Afligidos. Ahora bien, ésta amenaza ruina. Nos permitimos hacer un llamamiento (*etc.*), Hermana Irenea, Tesorera del Buen-Socorro.

Señor, el único rastro que tenemos de una tal señorita Hermaz (Valentina Noemia) se remonta a noviembre de 1952. De la correspondencia que entonces intercambiamos tan sólo se deduce que, «habiendo producido un gran trastorno en su vida privada», ella no podía atender a la solicitud que había hecho. No hemos conservado su dirección. Lamentamos (*etc.*), Dr. Génerau, director.

Señor, hace mucho tiempo que la señorita Valentina se marchó de Saint-Iriex y la extrañamos mucho a causa de los enfermos a la que podía ayudar a menudo con las inyecciones pero cuando murió la señora Morey no podía seguir se fue con su hermana como había estado tanto tiempo sin noticias no hemos sabido nada desde entonces pero si vuelve por ejemplo a casa de los Collery (*etc.*), Colombet Jean, panadero, y su mujer.

Estimado señor, su amable carta me encuentra convaleciente después de una seria bronquitis (también a los médicos les cuesta recuperarse cuando han superado los setenta), y me ha alegrado, en primer lugar porque me prueba que está usted en camino de curarse y en segundo lugar porque me recuerda a nuestra pobre Valentina. En efecto, conocí muy bien a la señorita Hermaz entre 1944 y 1949, a un tiempo como vecina, como paciente y como enfermera, y después, a partir de 1949, como amiga de nuestra casa. Nos ha hablado mil veces de usted, de ella y de sus relaciones, con la franqueza que usted conoce, ¡al extremo de que le conozco a usted mucho más de lo que usted podría imaginar! Por desgracia, abandonó súbitamente la región en febrero de 1952. Nunca más oí hablar de ella y

no sé siquiera si vive aún.

Todo lo que puedo decirle se limita a algunas frases que me recuerda mi agenda.

Septiembre del 51: se va usted para «la operación de la última esperanza». La señorita Valentina me mantiene al corriente cuando visito a la señora Morey. (Telefonea todos los días a la clínica, fingiendo llamar de parte del señor Grosjean, para tener noticias suyas). Octubre: se entera de que la operación no ha tenido éxito y que se le da por muerto. Va a recoger sus plantas somníferas, pero se equivoca en la dosis. Por fortuna, la señora Morey la llama la noche siguiente, sube, la descubre estertorosa, me manda llamar. Hospitalización, lavado de estómago, transfusión… Noviembre: pide el despido y ya no abandona su habitación, donde vive como una reclusa, aunque sigue cuidando de su patrona. Diciembre: adelgaza, se debilita, no llama más que de vez en cuando, fabula y declina desde todos los puntos de vista. Enero de 1952: la señora Morey muere de una embolia. Valentina no va al entierro. Se enclaustra, ya no duerme, no come. Febrero: segundo error en la dosis. Nueva hospitalización. 15 días más tarde, me entero de que ha ido a Saint-Iriex, ha recogido sus cosas y se ha hecho llevar a la estación. No sé nada más. Ni la Dirección del Jean-Mercier ni sus vecinos de Saint-Iriex han sabido nada más. Pienso que habrá vuelto con su familia, ¿pero dónde? Tiene una hermana casada en el Mediodía, pero ¿cómo se llama? ¿Tal vez podría usted, de ser necesario, preguntar en la Prefectura? Pero… han pasado muchos meses desde estos hechos. ¿No cree que, si ella hubiera querido encontrarle, lo habría hecho? ¿No teme usted asestarle un terrible golpe, si es que está todavía con vida? ¿Y, si no lo está, de sufrir usted otro, absolutamente inútil? Volver la página es a veces una forma de valor… Espere al menos a estar totalmente restablecido. En todo caso, deseo que la evolución de su salud sea (*etc.*), Dr. Víctor Saurillon.

Muy estimado Hermano en Nuestro Señor.

Le ruego que permita a un modesto cura de aldea, aunque no haya tenido el honor de conocerle, cumplir con un deber que le interesa mucho. Se trata de nuestra común amiga, la señora de Eugène Pacaud, de soltera Valentine Hermaz.

La conocí en 1953 cuando fui destinado a Moulin-Vieux. Su casa estaba junto a la sacristía. Conoce usted su diligencia: páginas y páginas no bastarían para enumerar todos los servicios que se las ingenió para prestarme, pese a que su salud era ya delicada. Se sentía sola y necesitaba a un Confidente. Me habló de usted en términos que no repetiré para respetar su modestia. Era usted «más que un padre», aquel a quien le debía todo, entre otras cosas los conocimientos que le habían permitido conseguir su puesto de secretaria del médico director del Hospicio de Ancianos.

Al año siguiente, le presenté al señor Pacaud, que había quedado viudo y padecía de soledad. Ella aceptó casarse, pese a que él tuviera veinticinco años más que ella y fuera inválido. Sin embargo, me dijeron que ella había rechazado varias ofertas halagadoras, de las cuales una por lo menos habría parecido inesperada a una mujer que no fuese ella. Debo decir que tuve que defender durante largo tiempo la causa del señor Pacaud. Ella puso condiciones, que fueron aceptadas: la primera era que los descendientes de éste (algo mayores que ella) no quedaran en absoluto frustrados en sus legítimas esperanzas; la segunda, que la ceremonia de la boda quedara reducida a la mínima expresión. En cuanto a la tercera, no la conocí hasta más tarde y por boca de mi amigo Pacaud. Se refería a un asunto de alcoba y no suscitó objeción alguna ya que el futuro esposo tenía 60 años y ya no era demasiado vital.

Tuve la alegría de unirlos ante Dios el 6 de marzo de 1954. Fue, puedo testificarlo, un excelente matrimonio. El señor Pacaud tiene un corazón de oro, gozaba de una buena renta y nuestra amiga era tan poco exigente que él se veía obligado a forzarla a comprarse un vestido. Podría citarse este ejemplo a muchas mujeres de hoy…

Por desgracia, en el mes de diciembre de 1955, se produjo una nueva recaída y muy pronto su marido me informó,

desesperado, el veredicto del facultativo: no le quedaba más de un año de vida y era inútil atormentarla. La vimos, ay, declinar ante nuestros ojos desolados. Fue en el curso de esos últimos meses cuando se multiplicaron sus confidencias. Me confió igualmente sus últimas voluntades, que son las que respeto hoy: confirmarle a usted su eterno afecto, repetirle una vez más que su ternura ha sido la alegría más profunda de su vida, enviarle para su hija un largo collar de oro fino que ella ha llevado hasta sus últimos días y decirle que le espera en la Casa del Padre. Nos dejó el 11 de junio de 1956, con gran serenidad, sin añorar nada, como me dijo muchas veces, porque había tenido en esta vida mucho más que la mayoría de mujeres. A petición suya, la enterramos vestida con una camisa blanca que había preparado para tal fin. Está enterrada en el Cementerio de Moulin-Vieux, sección norte. Da pena ver a su desdichado esposo. Ha envejecido diez años y temo que no tardará en reunirse con ella. Permítame añadir que él ignoraba su existencia y que una carta de pésame podría herirle.

Disculpe esta larga carta y crea, le ruego, en este servidor de Nuestro Señor. Que Él lo tenga en su Santa Guardia y que nos permita reencontrar en su seno a nuestra generosa Amiga.

Francisco Javier